



AMOR VENDADO.

NARRACION POR SALVATORE FARINA.

VERSION ESPAÑOLA POR MARÍA DE LA PEÑA.

(Continuacion)

IV.

EN EL QUE SE HACE UNA REVELACION Y SE ENSEÑA UN MODELO.

EL doctor Agenor debe haber dado de sí una idea más solemne de lo necesario: sus maneras, y lo sentencioso de su aserto le pueden haber prestado apariencias de coloso. Tiempo es de reducirlo á sus verdaderas dimensiones. Sabed, pues, que no era un *mal* sujeto.

Toda su filosofía materialista, aprendida en el anfiteatro anatómico de la Universidad de *Pavía*, no había podido endurecerle una fibra ni entorpecerle un nervio; médico-cirujano-comadron, salvo algun cánon científico de más y mucha ingenuidad de ménos, había quedado orgánicamente como cuando traducía los *tristes de Ovidio* en los bancos del Liceo. Es natural y lógico segun su misma filosofía.

Y así como el doctor Agenor estudió medicina por amor á la teoría, se había limitado, en la práctica, á los resfriados de los amigos; no sería, pues, temerario asegurar que era una criatura inofensiva.

Era tambien célebre en el café Cova por sus aventuras ga-

lantes, comenzadas siempre con una lección de anatomía con la mira de obtener la cura radical de las opiniones y de los sentimientos de sus beldades. Se decía de él que una vez, después de haber conducido á la enamorada hasta las últimas trincheras y obligarla á la rendición, renunció á la victoria porque el general en jefe del ejército enemigo —*vulgo* el marido— que había entrado en sospechas, se hubiese enterado y habría tenido gran disgusto. La clientela del doctor se reía mucho del gran sacrificio, como él lo llamaba con locución Dantesca. Agenor dejaba reír y replicaba invariablemente:

«Es cuestión de principios. El adulterio es cosa insignificante; la fisiología no lo veda, ántes bien lo aconseja: es el único remedio encontrado por la naturaleza contra la enfermedad social, que es el matrimonio; á condición, sin embargo, de que el marido lo ignore. Si lo sabe (frágil é imperfecto como siempre es el organismo), si él lo sabe tendrá gran disgusto, dolor egoísta si se quiere, pero sacrosanto; y el que sabiéndolo hace algo que ocasione dolor á su semejante, éste, señores míos, comete una picardía.»

Sus clientes se miraban entre sí y acababan por reírse, preguntándose en secreto si aquel materialista implacable no valía más que ciertos espiritualistas que hacen cómplice á la retórica de sus empresas galantes.

El doctor Agenor no era, pues, un mal sujeto; no lo habían permitido así la sangre, la bilis ni la complexión, á despecho del anfiteatro anatómico.

No se vanagloriaba de ello, no; sabía que no tenía mérito, como otros no tenían culpa de lo contrario; pero al ménos lo confesaba él mismo con modesta complacencia. No era un mal sujeto.

En cuanto á lo que proyectaba, era por acaso... por suerte impulsado por los acontecimientos. Meditadlo. Una mujer hermosa, jóven, sola, abandonada á la monotonía del campo: un marido que no se ocupa de ella y que cierra los ojos agradecido. Seguramente la virtuosa esposa se dará una expansión honestamente: esto es, sin escándalo... ¡Ah! por mi fe, aquello que el doctor Agenor pensaba hacer, era sugerido por el acaso y por el curso de los acontecimientos.

¿Y qué era lo que pensaba hacer? Esperar algunos días, los suficientes para dejar desvanecer los primeros entusiasmos campestres de aquella cábecita bizarra, partir, llegar en un momento de fastidio con el pretexto de visitarla, de informarse de su salud, y comenzar una cura radical.

Esperó, partió y llegó á Bellagio. Es inútil decir que la mañana del viaje no se olvidó de afeitarse.

V.

EL DOCTOR AGENOR EMPRENDE UNA CURA RADICAL.

La casita, que parecía hecha expresamente para ser nido de un amor clandestino, estaba situada á alguna distancia de Bellagio á dos tercios del collado.

Desde allí se veían los tres brazos del lago, pero mejor el que avanza hácia Lecco. La idea de nido nacía espontánea viendo blanquear la casa á través del bosquecillo que por aquel lado cubre la empinada falda de la colina.

El doctor Agenor llegó al medio día, á pié, sufriendo el sol de Mayo, que para tan fausto acontecimiento se había hecho anticipar los ardientes rayos de Julio, inundado de sudor, cubierto de polvo, jadeante. Hubiese podido subir en coche—y tal fué su intencion al principio—pero junto á la falda del nido tuvo una inspiracion: hacer la entrada á pié, llegar ante la bella rendido, empolvado; golpe de maestro.

Cuando estuvo en el primer escalon de mármol, se detuvo á mirarlo todo en torno. Las ventanas de la casita estaban cerradas. No se veía alma viva; despues oyó como batir de alas y un par de espantadas palomas le pasaron sobre la cabeza: siguió con los ojos la pareja alada, y vió bajo una planta, en el linde del bosquecillo cercano, un traje de muselina blanco y una cabellera negra cayendo á rizos sobre el ovalado y bello rostro más blanco que la muselina... ella, ella misma, ¡Ernesta!

La encantadora dama tenía en torno suyo un bando de palomas á quienes daba de comer obligándolas alguna vez á to-

mar el alpiste sobre la palma de la mano. Cuando vió al médico no se levantó: le indicó con la mano y un ademán que esperase un poco y no se moviese.

El doctor quedó estático, sin respiración.

Por fin el pasto concluyó y la bella despidió las palomas, que levantaron vuelo hácia el llano. También Ernesta levantó vuelo, y se cercó á Agenor con festivo aspecto.

—¡El buen doctor! ¡El buen doctor! ¡Agradable visita! Perdóneme V. si no dejé al momento las palomas; pero lo hubiesen llevado á mal y habría perdido ocho días de paciencia.

Las domesticó para que vengán á comer el alpiste y los cañamones sobre la palma de la mano... me cuesta mucho trabajo, porque no son héroes realmente mis discípulas... pero tanta da: hasta ahora hay dos educadas... Es preciso verlas cómo me miran á la cara á cada picotazo tirando hácia atrás el cuello como quien decide si debe fiarse. Y me interrogan también; me dicen algo.

¡Oh! ¡oh! Dentro de una semana vendrán tras de mí como perritos. Perdóneme V.; pero ellas han de ser mis compañeras de soledad.

El doctor Agenor apretó entre sus gruesas manos la manita que se le presentaba; bajó la canosa cabeza, levantó al cielo la reluciente cara, y dijo: «Los... los...» para declarar con su voz más bella de falsete que la suerte de aquellas palomas era envidiable y que él hubiese querido, por lo ménos, ser un pichón. Pero se dijo á sí mismo, que poner la *moción de los afectos* ántes de cualquier exordio sería invertir todas las reglas de la retórica y hacer traición á su sistema de seducción.

Se calló á tiempo, y no sólo guardó silencio, sino que tuvo el valor de darse un aire casi indiferente y de asegurar á la bella que venía en calidad de médico y de amigo de la casa para ver cómo... si tal vez... en suma, *para ver*. Ernesta le dió gracias con sonrisa ingenua, se colgó del brazo del poderoso caballero, y se dirigió hácia el hotel diciendo con la más jovial sonoridad de acento:

—¿Quiere V. saber si soy feliz? ¿Cuánto? Mucho, demasiado, tanto, que temo alguna desgracia. He hallado en el campo todos mis días de infancia uno por uno... aquel en que

escuchaba el canto del ruiseñor desde mi cama; aquel en que asedié la galería de un grillo encastillado con un tallo de paja é hice salir fuera al castellano; aquel en que seguía las procesiones de las hormigas; otro en que me cogió un aguacero, salvo que entónçes gozaba sin pensarlo, y hoy, al contrario, pienso en mis goces, y cuando no los centuplico no los desperdicio.

¿Se quedará V. aquí todo el dia? Eso confío. ¿Almorzará conmigo? No diga V. que no: de otra suerte, hago que me dé el ataque y le obligo á quedarse para curar mis nervios... ¿Ha oido V..? Permanecerá aquí hasta la noche. Si teme V. fastidiarse se engaña, yo no tengo tiempo de fastidiarme, no lo encontrará V. tampoco; le haré ver el jardin, la huerta, el gallinero, el palomar... ya ha visto V. los nuevos inquilinos; preferieren vagar por el bosque, pero de tiempo en tiempo vuelven á picotear los cañamones; acabarán por amar su casa cuando sepan que es toda suya.

Ernesta se interrumpió de pronto y soltó una carcajada: había hablado con tanta volubilidad que el doctor Agenor, queriendo excusarse y dar las gracias, había en vano abierto los labios para cojer un momento de intervalo que llenar con un *pero*.

—Pero, empezó á decir, no sé si debo...

—Lo sé yo, y basta; le secuestro; le declaro prisionero; está V. en mis dominios.

El doctor Agenor tambien esta vez estuvo á punto de suplicar á la bella que mitigase la pena de muerte que le imponía con su belleza, en prisiones perpetuas; pero áun esta vez la atrevida metáfora le pareció prematura.

Estaban junto á la casa, y á su arribo un bando de pájaros levantó vuelo del tejado, oscureciendo el cielo como una nube negra. Ernesta batió las palmas gritando alegremente:

—¡Cuántos! ¡Cuántos! Son estorninos, lo reconozco en el vuelo; mire V. cómo se mueven en giros por el aire: al momento se posarán. En Milan había una colonia que habitaba los techos de mi vecindad y hacían la guerra á los mochuelos. Hacia la puesta del sol era una diversion seguir su vuelo: el cielo parecía un mosaico. Ahora se han parado; ¡oiga V. cómo se hablan! parecen decir:

«Nosotros somos las criaturas más felices de la tierra.

Nuestros viajes circulares son los más económicos y los más rápidos.»

Esta burlona opinión del doctor hizo reír á la bella, la cual replicó con gracia infantil:

—¿Y por qué no? ¿Será V. acaso uno de esos doctores que han descubierto que habla sólo el hombre para que lo entiendan? ¿Y que los estorninos cantan para ensordecerse mutuamente en agradable vecindad? Apuesto que nó.

El doctor le aseguró que había ganado la apuesta.

—Los hombres y las aves, añadió, son escoria animada en la misma madre comun; la naturaleza, áun cuando parece madrina, es madre imparcial: el pólipo mismo, que vive agarrado al escollo, debe tener grandes satisfacciones enteramente propias de su vida contemplativa. Es una especie de filósofo práctico, el cual ha reducido lo esencial de la vida á esta máxima: *Agarra cuanto pase á tu alcance y trágalo*. Observe usted la profundidad de la máxima que en pocas palabras compendia el fin de la vida y los medios de conseguirlo.

El pulpo tiene costumbres de filósofo sedentario; pero desgraciadamente el filósofo sedentario no tiene tantos brazos como el pulpo.

Este parangon causó risa á Ernesta, pero el doctor había entrado en materia y no quiso desistir: así es que prosiguió aferrándose en su teoría con cierta solemnidad, y sin dejar el brazo de la hermosa.

—Lo comprendo; V. quiere decirme que el parangon es extraño, irreverente, que el hombre es el rey de la creacion... y qué sé yo; pues es él quien lo dice, y á la naturaleza, querida señora, no le importa ni poco ni mucho de su reino. Por eso todos los seres son iguales, como igual es la obra principal que á todos exige; filosofía, ciencia, artes, átomos fosforescentes... No estamos aquí para esto, querida señora.

—¿Y para qué estamos entónces? preguntó Ernesta levantando la mirada con cierto burlesco asombro.

—Para cierto motivo que se le esconde y para cierta verdad que es... que es... el amor.

En otra ocasion Agenor habría dicho *la reproduccion de*

la especie, pero su sistema de seducción se redujo al sistema de otro cualquiera, al amor... sustantivo comun del género masculino.

Ernesta alzó sus hermosos ojos mirando al doctor y dijo asombrada:

—¿Dice V. que el arte, la ciencia, el pensamiento, nada importan?

—A la naturaleza no, lo digo y lo sostengo: si le importase mi pensamiento, debería importarle también el pensamiento de otro enteramente contrario al mío; eso es absurdo; la infinita variedad de ideas nos conduce al caos.

—Diga V. al choque, de que nace el orden.

—Choque de átomos, confusión con apariencias de orden; considerado a fondo lo que parece ordenado no es sino pequeño y forma en el infinito el caos. Créame V., nada de nuestro ser es necesario sino... sino... el amor.

—Virtud, afectos, sentimientos, obras, pensamientos ¿todo es vano? preguntó Ernesta agitando graciosamente la cabeza a cada palabra.

—La virtud es convencional; sólo existen los afectos, y son buenos ó malos según la condición de los vasos, de los nervios, de los tejidos. Los pensamientos está probado que son relámpago fosforescente: las obras (giosattoli) con que nos engañamos a nosotros mismos, respetables si nos sirven para mejorar nuestra vida y la de nuestros hijos: en cuanto al bien en sí es fatal como el mal; igual es el organismo del asesino que el organismo del mártir; variedad es de la infinita raza de egoistas lisa y llanamente.

—¿Usted qué organismo tiene? preguntó Ernesta riendo.

—Un organismo que entra en la gran categoría, quiero ser sincero.

—¿Egoista liso y llano?

—Egoista, sí, por mi parte; liso y llano tal vez no. Tengo máximas virtuosas.

—¿Usted lo cree?

—¡Sí, lo creo! Soy así; de la gran variedad de todo lo humano he experimentado una sensación única, verdadera, profunda, sacrosanta después del amor el dolor. Toda mi me-

ral se encierra en esta máxima : *gozar sin causar dolor al prógimo.*

Ernesta no habló más ; empujó la puerta y entró en un salon : saludáronla desde su jaula los canarios en incesante revolotear ; pero la hermosa mujer no contestó como solía al cariñoso piar de las avecillas y se dejó caer sobre un divan con ademan fatigado.

Agenor sentóse junto á ella , la contempló en silencio un rato , y despues le tomó una mano que no le fué negada.

La enardecida sangre del doctor se agolpó al rostro.

Estaban solos : por la entornada puerta penetraba un rayo de sol ; los canarios callaban en el hueco de una ventana , cuyos cristales estaban cubiertos de cortinas azules que dejaban filtrar pálida y fantástica luz ; había llegado la hora . Ya no faltaba el exordio , pero sí la ocasion de aventurar una metáfora . Agenor miró en torno , despues miró una vez más á Ernesta , que seguía inmóvil y conmovida .

—Escúcheme V. , comenzó á decir estrechando la mano que retenía entre las suyas . Escúcheme V. En vano quiso proseguir . Ernesta no levantó la cabeza ; estaba pensativa .

—Oígame V. , repitió por tercera vez rompiendo el silencio con ímpetu . El amor es la única necesidad de la naturaleza : sólo en las fiebres amorosas encuentra consuelo el hombre á la crueldad de las otras fiebres , se olvida , se pierde , revive á su modo... ¡Afrontemos el amor!

La última frase , que realmente era una invocacion filosófica á toda criatura del universo , hubiera podido tener aplicacion más práctica y mejor determinada , pero Ernesta no la oyó . No oyó la frase y no vió una paloma , probablemente una de las dos audaces que se habían posado en el umbral y asomaba la cabecita mirando curiosamente , primero con un ojo , despues con el otro . El doctor lo vió .

—¡Ah! suspiró melancólicamente hablándole . ¡Cómo envidio tu suerte!...

Pero oyendo aquel falsete que no le era familiar , la paloma alzó la cabecita hácia atras , miró asombrada al incógnito y á su señora ; la interrogó varias veces con su ¡oh! ¡oh! , y luégo , tal vez tranquila ya , alzó el vuelo .

Al rumor de sus alas la bella levantó lentamente la cabeza, y sacando la diestra de las manos del doctor, intentó levantarse, cayó de nuevo sobre el sofá y rompió á llorar.

En vano pretendió contenerse: sus lágrimas corrían abundantes. Agenor se aproximó más hácia ella, estaba agitado, no sabía qué pensar, no sabía qué decir...

—¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

Por fin Ernesta secó el llanto y dijo melancólicamente:

—Ha sido V., han sido sus máximas, su ciencia. ¡Ah! si el mundo, si el hombre, si la vida fuesen eso que V. dice, cien veces mejor la muerte... Estoy loca, casi tanto como V., añadió probando á sonreír, no es nada, un desahogo de las glándulas lacrimales; ahora ha pasado; espéreme V. aquí; voy á borrar las huellas con agua fresca, despues le enseñaré el jardín, la huerta y el palomar.

El doctor acompañó con la mirada á la hermosa, y cuando desapareció se golpeó la frente con cierto aire como del hombre que ha encontrado lo que buscaba.

VI.

«¡NO ES ÉL!» «¡NO ES ÉL!»

¡Lo había encontrado! Las ideas de Ernesta entre jocosas y románticas, aquel espasmo nervioso terminado en un sollozo, la misma estudiada indiferencia con que le había recibido, todo se reunía para la gran revelacion.

Agenor no era un bribon; aunque cedía á las lisonjas de aquella ilusion nó lo atribuía tontamente al mérito de su cabeza canosa ni al de su afilada nariz, ántes al contrario, convenía con extraña modestia en que la cosa había así sucedido porque no podía suceder de otra suerte: lo cual equivale á decir que Ernesta estaba en la edad en que se necesita de aquel engaño del pericardio, que los profanos llaman amor, y debía necesariamente paracerle su canosa cabeza la más bella de la humanidad masculina, puesto que no veía otro. Y no cesaba de agradecer al acaso la inspiracion de llegar tan á tiempo,

cuando tal vez entre las fantasías inocentes de la naturaleza campestre comenzaba á invadir la sangre y los nervios de la bellísima criatura un poco de cansancio, necesariamente conducido por la fantasía no inocente de la naturaleza íntima y fisiológica. Recordaba con pasmo cómo habían despreciado las ocasiones en que la hermosa Ernesta había estado como él alegre y romántica: recordaba una palabra oscura que ahora se iluminaba de pronto; un apretón de manos, una mirada lánguida, acariciadora, charadas que él no había sabido adivinar. Y se golpeaba la frente con el mismo aire de ántes, tanto más fuerte cuanto más crecía su admiración.

Acabó por la conclusion de que él había puesto sitio á una fortaleza desmantelada, imponiendo un trabajo estratégico la pena de la espectacion y del ayuno á un ejército impaciente y á una guarnicion dispuesta á la entrega. Y cuando Ernesta reapareció, Agenor había deliberado, con un relámpago de ingenio, mudar el plan de batalla.

La bella dama, no sé por qué capricho, había cambiado el vestido enteramente blanco por uno enteramente negro, de un tejido transparente que dejaba adivinar dos espaldas y dos brazos torneados. De las lágrimas derramadas no quedaban trazas, ántes bien sus maliciosos ojos centelleaban con inusitada luz; los labios color cereza mostraban sonrisas que hacían estremecer como besos. Al doctor, sabio como era en la ciencia de las debilidades femeniles, no se le ocultaba que aquello era inocente coquetería, la cual se propone únicamente parecer bien tan sólo por gustar á no importa quién, al médico, al tendero, al espejo; pero aquella mudanza del blanco al negro, le daba, con justicia, en qué pensar. De todas las figuras retóricas la antítesis es la más astuta, la más formidable: tú empleas una hipérbole por el gusto de llamar la atencion, una metáfora á manera de burla; pero la antítesis que aturde á la víctima dándole dos golpes en uno, la sacas sólo á plaza en las grandes ocasiones. Agenor aplicaba estas y otras ideas acerca de la antítesis de aquel brusco cambio del blanco al negro que no podía creer falto de significacion.

Como hombre seguro de su suerte concedió un armisticio á la bella, y como ya le había dicho que estaba encantadora así

vestida, de lo cual, aún á su pesar, no era posible prescindir, se mostró despreocupado é indolente; sólo cuidadoso de vigorizar la potencia fascinadora que encerraba del propio flúido. Fué dócil como un niño, la dejó decir, la dejó hacer, y de lo alto de su colosal persona miraba aquel cuerpecito, todo gracia, con cierta solemnidad que debía poner en ascuas á una mujercita un poco curiosa. ¡Pero Ernesta era curiosa?!

Hizo los hõnores del hotel como había prometido: presentó al doctor la variedad de legumbres, las hortensias, los claveles, los conejos; y el doctor manifestó cada vez y cada instante incesantemente cara de quien es dichoso de adquirir un nuevo conocimiento. Cuando terminó esta inspeccion era hora de almorzar. Olimpia vino á decir que la señora estaba servida.

En la mesa, el doctor Agenor, acordándose de ciertas furtivas miradas que Ernesta le dirigía alguna vez, se vió obligado á medir los bocados, y puso este sacrificio como deuda de la bella mujer en el libro maestro del amor.

No había, pues, lugar á dudas; la señora dejaba leer claro su propia turbacion; era como leve inquietud, como un deseo de decir algo, por lo cual no encontraba palabras y por consiguiente enmudecía. Obligado á sostener la conversacion que decaía un par de veces en cada tentativa, Agenor hablaba de todo y de todos á boca llena, desechaba viejos argumentos y los creaba de nuevo. Y así fué que, en el entusiasmo de una narracion, se le escapó sin darse cuenta de ello: *Leon...* Era un gran despropósito; cuando lo advirtió el nombre había salido á medias: tanto valía acabarlo, como lo hizo entre dientes... *Leonardo*. La bella alzó la cabeza y miró al comensal á la cara con cierto aire que no se explicó el doctor.

—¿Qué hace Leonardo? preguntó Ernesta mordiendo un pastelillo á modo de quien enseña los dientes.

—Lo que acostumbra hacer, repuso Agenor con acento conmisericordioso... nada... pasa la vida en el café y en el círculo, se enferma, se acaba, lo sabe y ni siquiera se ocupa de ello.

—¿Y qué se hace en el café y en el círculo?

—Se fuma, se charla, se juega, se envejece ántes de hora, como mi amigo Leonardo, se entumescen los sentidos en la

inercia y el desorden. V. sabe que su marido está amenazado en los ojos; podría citarle al conde S... á quien una parálisis ha quitado el tacto: del gusto no hablemos; los hay que no saben ya qué comer y morirían de hambre sin buscar de nuevo el apetito. En general son gente que vive con un par de sentidos solamente. Los más bien equiparados conservan tres.

—Entonces ¿el círculo es un hospital?

—Casi, casi... yo, gracias al cielo...

Aquí Agenor se interrumpió pareciéndole haber demostrado que él, gracias al cielo, era un hombre ordenado.

Después del almuerzo y sólo cuando concluyeron las funciones de chimificación, se debía dar por terminada la digestión, y entonces opinó el doctor que podía, sin perjuicio de la higiene, poner por obra su nuevo sistema.

Habían salido de casa y se encaminaron paso á paso por una extensa alameda. Agenor ofreció el brazo á la señora, se miró varias veces alrededor, y por fin exhaló un dilatado suspiro.

—¿De qué deriva el suspiro después de comer? preguntó Ernesta alzando los ojos para mirar á la cara á su caballero.

—¡Ah! repuso el doctor con cierta vocecita de flauta; no me mortifique V.; créame, no me perdonaré haberle metido en la cabeza esas ideas.

—No me ha metido en la cabeza nada; ya he olvidado sus ideas.

—Hace V. bien, hace V. bien.

Pausa.

—¡Yo mismo, cuánto más feliz sería si pudiese aceptar la fantasía que está amoldada á su encantadora cabecita! á veces...

El doctor, con una mirada fugitiva, notó que la bella lo miraba á la cara con los labios entreabiertos como asombrada.

—Algunas veces siento como una necesidad indefinida, como un desaliento impotente... entonces me causan pavor mis propias máximas, mi ciencia me repugna... sueño, á mi pesar, despierto como tantos otros, y digo para mí: ¡Si yo pudiese creer en sus extravagancias! ¿qué fruto logro de estos juicios anticipados? Tanto da la muerte, que nos ha de dar la ra-

zon á todos. ¡Puédese creer que nuestra individualidad es preciosa y no se pierde. Que el *yo* no se destruye y permanece. Resumen del pasado y del misterio de la vida, porque está destinado á vagar por el espacio, alma ligera entre las nubes... y que lo que llamamos vida es una prueba de que más allá está la verdadera vida y se espera un organismo más perfecto y un mundo mejor!

—Eso es, eso es, exclamó Ernesta ruborosa de placer. ¡Oh! ¿por qué si V. piensa esas cosas no las cree?

Agenor cogió de nuevo el hilo de su discurso, y habló del peri-espíritu, del presentimiento, de los espíritus familiares, de la comunicacion de pensamientos, de los vivos con los muertos, con acento entre complaciente é incrédulo, y finalmente torció la cabeza en señal de desconfianza.

Ernesta era una buena muchacha, y llevándola al terreno de los espíritus era una chiquilla. Invadida como de apostólico celo para convertir á la religion á un incrédulo, no sabía ella misma lo que hubiese hecho. Atrajo al doctor sobre un banco al pié de una magnolia, le ordenó jovialmente que se sentara y que la escuchase, y comenzó á hablar acerca del espíritu, del presentimiento, de los espíritus familiares, de la comunicacion del pensamiento entre vivos y muertos.

Agenor fingía enardecerse y calmarse, y su predicador crecía en fervor: para convencerlo posaba sus ojillos en el semblante del incrédulo, estrechaba sus gruesas manos que estremecían todas sus fibras, inoculando en sus venas un calor nada espiritual por cierto.

Dirá el lector: — «¿El desdichado doctor no pensaba en la bajeza que estaba cometiendo?—Sí, señor, lo pensaba y se decía:—El vulgo profano diría que yo cometo una bajeza; pero ¡á quién! ¡Por Dios misericordioso! ¿A quién puede ocasionar dolor esta *bajeza* que ha de darme mi pequeña porcion de paraíso?

Antes de descender tras los montes el sol, mostrándose entre nube y nube, envió el último rayo á través del follaje luciente de la magnolia para saludar á la parlera pareja que permanecía muda.

Agenor estrechaba entre las suyas la mano de la hermosa,

y ella lo toleraba, al parecer distraída. Meditaba sin duda; de vez en cuando pasaba la mano que tenía libre por su frente, como quien aleja un pensamiento insistente, no importuno; se adivinaba por la benigna languidez del acto con que se le desechaba.

Por vez primera despues del desencanto matrimonial aparecía á sus ojos el problema del porvenir en forma distinta. Sujeta por los lazos del decoro al hombre á quien se había ligado voluntariamente por los odiosos vínculos del Código. ¿Debía algo al que había sido su marido y de quien llevaba el nombre? Nada, nada. Una voz firme, segura, espontánea como el instinto, una voz que no podía engañarla le repetía desdeñosamente: Nada, nada. Hacer de una casa un nido; hé ahí lo esencial de los matrimonios: lo demas es ficcion, fórmula y aparato para añadir solemnidad al vínculo. Vuelta la espalda al nido, solo y frio el hogar que debía arder en amor, nada os debeis recíprocamente, sois libres. Leonardo ha muerto para tí: ¿deberás tú reducirte á una vida monástica, no palpar á ningun afecto por no empañar el decoro? ¡Y qué decoro! ¿El de un rico vagabundo, ocioso, en el café y en el Casino, que bosteza ó duerme ó cena con las bailarinas? ¡Ah! ¡esto es! ¡La sociedad se declara herida en el corazon si tú profanas un nombre tan respetable, una vida tan preciosa!

Ernesta pasaba una mano por la frente. Agenor sonreía como un mendigo que espera.

Y un eco del mundo, acallando la voz despechada de su conciencia, llegó hasta ella diciéndole:

¡Ah! No á Leonardo, á tí misma te debes...

Callaba el eco.

«Cierto, replicaba una voz burlona: en nombre de la virtud te debes á tí misma un suplicio lento, dominante, debes vencer, contener al corazon con un freno, retorcerte los nervios, helar tu sangre, olvidar tus veinte años y que á los veinte años se amá, y que la belleza es un dón para hacerse amar. Esto debes á tí misma. Deberás enseñar tambien al brillo de tu mirada y de tu sonrisa á velarse, á esconderse, ó bien á inflamar fuegos que se han de extinguir por falta de combustion. Si el tiempo es pesado, te lo parecerá ménos ocupándote en

fingidas luchas de amor, en los juegos de la coquetería. Eres jóven, bella, ardiente, romántica. Sepas, pues, arreglar tu juventud á una senilidad avanzada, haz de tu belleza una enseña, un juguete de tu vanidad; da al fuego apariencias de hielo y sueña en otro mundo. Así serás reverenciada, honrada, estimada por los hombres, y las mujeres mundanas repetirán tu nombre como el de una penitente digna de citarse como modelo... para los demas.»

Todavía Ernesta pasaba la mano por la frente, y todavía Agenor sonreía.

«Loca que ries y sufres, que desmayas cuando ries y dudas y temes, miéntras me rio de tus dudas y de tus temores. No. Nada debes al hombre que te abandona, nada al mundo que te tiraniza indiferente, á tí misma únicamente la vida, el amor, la juventud debes. No has nacido para consumirte en la soledad, para envejecer en la aridez del corazon, para atrofiarle en vaga contemplacion.

»¡Eres bella!... Mira en torno; te lo dicen cien ojos codiciosos; busca un corazon sano entre la juventud loca; á tu vez enloquece, escoje un hombre entre todos y muéstralo sin rubor al mundo, gritando: ¡Él es! ¡Él es!»

Por vez primera los ojos de Ernesta se encontraron con cierto espanto con los del doctor Agenor que continuaba sonriendo como un mendigo que aguarda... Pero una voz aguda, más bien un silbido que una voz, gritó de lo alto de la magnolia dos veces, tres, con insistencia. Y en lo que el doctor oyó tan sólo una nota aguda del estornino, Ernesta entendió clara y distintamente:

«¡No es él! ¡No es él! ¡No es él!»

Se puso en pié desfigurado el semblante; presa de súbita y profunda emocion hizo signo de silencio á Agenor, y buscó con la mirada entre el follaje al alado consejero hasta que lo vió...

«¡No es él! ¡No es él! ¡No es él!» repitió el estornino, y levantó el vuelo para reunirse al bando de sus compañeros que giraba en torno como una nube.

—¡Es singular! dijo Ernesta angustiada, lo mismo que en Milán.

—¿Qué hay de singular? preguntó Agenor un tanto mal humorado por el frívolo desenlace de la situación.

Ernesta nada repuso.

Una hora despues ella misma despedía con mucha gracia á su doctor, encomendándole que se apresurase para llegar á Bellagio ántes de la noche.

VII.

VOCES DEL CAMPO.

Cuando estuvo sola quedó un instante inmóvil, con los ojos cerrados, con una mano sobre el pecho, como para reconcentrarse; despues sentóse sobre un banco de madera en un pabellon que dominaba la casa. Meditaba... Nunca aquella idea se le había presentado con tanta evidencia como ahora: solía más bien ante ella sonreír como de una fantasía supersticiosa y acojerla como á un amigo extraño á quien no se sabe rechazar. Ya había dicho: «¿Quién sabe? Puede ser...» Despues sus labios balbuceaban: «¿Es ella? ¡Ella es!» Es decir, su madre, á quien se había concedido comunicarse con su hija por medio de un estornino.

¡Era la revelacion tantas veces prometida por su genio familiar! Era la duda halagadora convertida en preciosa certeza... porque había sentido vibrar en el fondo del alma la desconocida voz. Latía violento su corazon; sentíase fuerte por un valor desusado que se unía á una ternura desconocida, y miraba ante sí fantaseando.

Una abeja retrasada se elevaba, y descendió sobre el cáliz de las flores; se le aproximaba y se alejó contenta con su botin: un verderon trasnochador cruzaba el aire friolento sin pararse en bagatelas; una alondra cayó del alto como cuerpo sin vida, y abriendo sus alas, corrió á esconderse entre la maleza; los murciélagos salían de las grutas y dibujaban como quimeras en las sombras.

Allí donde fijaba Ernesta los ojos encendíase una luz, una por una asomaban las estrellas. En cada terron de los campos relucía la señal amorosa de las luciérnagas; los grillos llega-

ban al umbral de sus galerías á trinar á voz en cuello, como las chicharras desde lo alto de los árboles, parodiando á los jilgueros, y en lontananza el cuco ensayaba su canto.

Y la avispa y el verderon, y la luciérnaga y el grillo, y hasta las ranas y los murciélagos eran los *mediums* de la naturaleza que repetían la misma embajada.

«¡Salve!»—el mismo consejo:—«Permanece entre nosotros;»—el mismo consuelo:—«Aquí reside la paz infinita; aquí se abrevia el camino que de la tierra conduce al cielo.» «Aquí se vive con amor eterno, se contempla la belleza eterna, se oye eterna armonía.»

Los estorninos aún se dibujaban en el azul del cielo con sus giros circulares ó bien triangulares, rectangulares ó cuadrados; á cada viaje se posaban sobre el tejado del hotel; se veía que se agitaban sus alas; se oía confuso murmullo: «Ven aquí,» «no allá abajo,» «tras de esta teja,» «en este hueco,» «tú ahí...» y luégo una explosion como de risas seguida de otro vuelo de la caravana, algo diezmada, y cada vez eran más breves sus excursiones y las figuras geométricas más reducidas.

Por fin los pájaros, por última vez se posaron sobre el tejado y ninguno alzó más el vuelo.

«¿Estás ahí? «Aquí estoy.» «¡ Buenas noches!»

Y se condensaron las sombras, y las estrellas brillaron más fulgentes, y los grillos trinaron con mayor fuerza y repitió con mayor frecuencia el cuclillo sus monotonos cantos. Y cuando aquellas voces enmudecieron un instante, la naturaleza soltaba otras mil para enviar á Ernesta un mensaje:—*¡Salud!*—decíale el céfiro blando besando sus mejillas é intentando desliar sus cabellos: «Permanece aquí» repetía el follaje suspendido sobre la alameda: y la solemne voz que se alzaba del lago y la voz solemne de los bosques que se remontaba por el monte se unían para decir: «Aquí se contempla la belleza eterna; aquí se oye la eterna armonía.»

Ernesta seguía fantaseando: ¡Oh! ¡Vivir bajo el techo que sirve de nido á los estorninos, en la soledad que afina los sentidos, hacer de la avispa la amiga del crepúsculo, de los grillos y las ranas los amigos de la noche, del ruiseñor el amigo de todas horas; escuchar á los gorriones parlanchines, al cuco

armonista; recibir la visita de las mariposas y de los moscones y pasar así la vida...!

—Hasta hoy he vejetado, acabó por decirse á sí misma; he estado ciega, sorda, muda; comenzaré desde mañana á vivir, no perderé ni una nota, ni un color, y gritaré á toda criatura que pase junto á mí: *¡Salud, soy una mujer feliz!*.. . . .

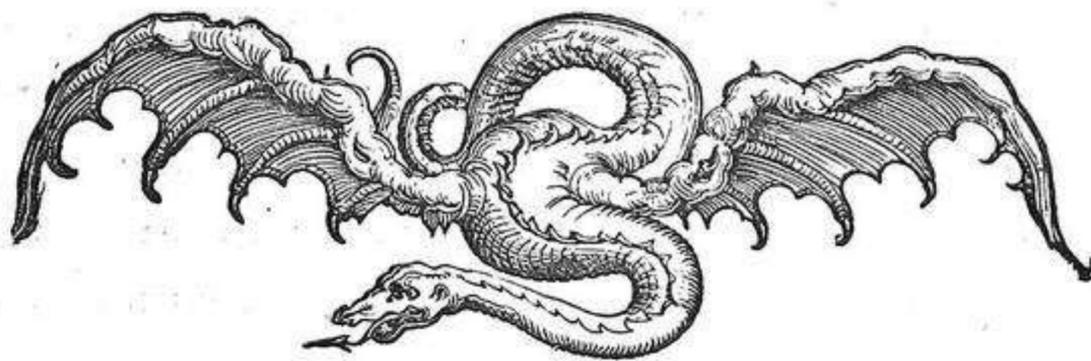
.

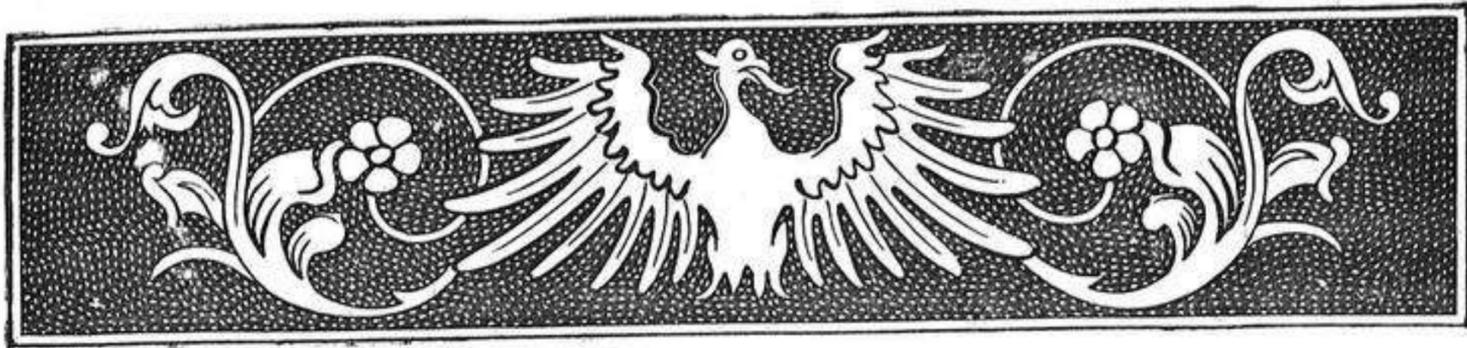
Ocho dias despues, con fecha del 6 de Junio, Ernesta escribía al doctor Agenor :

«Querido doctor: me fastidio mortalmente. ¿Le es imposible anticipar la órden de baños á su amigo Leonardo y enviarlo á Spa para que yo pueda pasar una quincena de dias en Milan?»

Y con la fecha del 10 el doctor contestaba :

«Queridísima señora : Leonardo , mi amigo , parte mañana en el primer tren.»





EL MODERNO DISENTIMIENTO

ENTRE

LA IGLESIA Y LA ITALIA

POR C. M. CURCI.

CAPÍTULO PRIMERO.



LOS DOGMAS Y LAS VERDADES QUE CON ELLOS SE CONEXIONAN.



Todo hombre que desembarazada de preocupaciones la mente y libre de desordenadas pasiones el corazón, dirija sobre sí mismo la mirada, debe sin duda alguna hallar en su naturaleza racional una deliberada y casi instintiva inclinación á creer alguna cosa superior á su propia naturaleza. Tenemos tantos argumentos de este hecho universal y constante, que constituye una especie de ley de nuestro sér moral, cuantos fueron y son los hombres en el órden del espacio y del tiempo; de modo que si por imperio de inveterada barbarie se hallase, en efecto, alguno ageno á aquel sentimiento, ó que por exceso de falseada cultura lo hubiese sofocado, deberíamos mirarle como cosa del todo innatural y monstruosa. Ahora bien, si no existiese un objeto real, ordenado, para responder y satisfacer aquella tendencia no puesta en nuestro sér por nosotros mismos, deberíamos ver una incoherencia, casi una mentira de la naturaleza, semejante á la que resultaría si admirando la maravillosa estructura de los ojos con tan estupenda maestría organizados con el único fin

de ver la luz, no existiese á la vez una luz que pudiese ser vista con ellos. Existe, pues, sí, un objeto amplio y segurísimo que responde á aquella nuestra natural tendencia, y lo tenemos en la verdad revelada á la cual, adhiriéndose la criatura racional, completa y al mismo tiempo perfecciona su propio sér intelectual y moral, y rinde á su Criador el mayor obsequio que rendirle puede, por un acto que procede de sus dos más sublimes facultades: el entendimiento que próximamente lo ejecuta, y la libre voluntad que como reina lo impera. De lo cual se hace patente que el privar á la humana naturaleza de la creencia en lo sobrenatural, no sólo no sería perfeccionarla, sino mutilarla; rompiendo el único lazo que puede dignamente mantenerla unida á la verdad eterna á quien en un principio debió su sér, y á la cual *por el gran mar de la existencia* deberá tornar como á su último fin. Por esta causa, entre los infelices me parecerán siempre infelicísimos aquellos que pasen la vida sin pronunciar jamás de veras aquellas palabras del símbolo: *Credo in Deum, Patrem Omnipotentem*. La fe tiene ciertamente sus dificultades no sólo de parte del entendimiento, sino también de parte de la voluntad, y mucho más de parte de esta segunda que de la primera; porque esa fe, en último término, no es una ciencia, sino una virtud, y el que pretendiese en ella evidencia científica, la destruiría. Sin embargo, si difícil es el creer, mucho más lo es el no creer, como deben experimentarlo, principalmente en las grandes pruebas de la vida, aquellos que, á las agitaciones de su mente y á las tempestades del corazón no tienen más dique que oponer que la duda, ó lo que es aún más espantoso que ella, la nada.

Y justamente porque se trataba de un obsequio tan excelso para el Criador y de salvaguardia tan necesaria para la vida moral de la criatura, al imponernos Dios el deber, procedió con nosotros, no sólo con delicadísimos miramientos, sino también *con reverencia y con reverencia grande*. No hubiese osado usurpar esta palabra si no fuese de la Escritura: *cum magna reverentia* (1). ¡Tan razonables y mesuradas fueron sus dispo-

(1) Sap. XII, 18. Tu autem dominator virtutis, cum tranquillitate iudicas, et cum magna reverentia disponis nos; subest enim tibi, cum volueris, posse.

siciones! En cuanto al *objeto formal*, como los teólogos llaman á los motivos por los cuales podemos certificarnos de que realmente Dios ha hablado, poseemos muchos, variados y muy sólidos, por más que la posibilidad de la duda deba siempre permanecer para que permanezca con la libertad del asenso el mérito de haberlo prestado. El *objeto material*, ó sean las verdades propuestas á nuestra creencia, si se habla de las absolutamente necesarias para la salvacion, se reducen á muy pocas. Hay quien piensa que basta acercarse á Dios creyendo *que existe y que es remunerador* (1). Pero teniendo por indispensable para la salvacion la fe explícita en la Redencion, se puede decir que *la vida eterna* (esto es, el estado apto *per se* para conseguirla) *consiste en el conocer un solo Dios verdadero y su enviado Jesucristo* (2). En todo caso, siempre que se crea cuanto contiene el Símbolo de los Apóstoles, y se esté firme en él, no se requiere para la salvacion como de absoluta necesidad otra cosa alguna. En doce breves articulitos que podrían recitarse en un solo aliento, se contienen todas las verdades que *per se*, segun enseña Santo Tomás (3), *ducunt ad vitam*, y ofrecen alguna peculiar dificultad para ser creidas (*aliquid specialiter non visum.*) Estas son las dos condiciones esenciales que constituyen, segun el santo Doctor, *el Artículo de Fe* propiamente dicho. Todas las otras verdades reveladas, y en especial la Escritura divina, de un modo ó de otro se refieren á la vida eterna mediante algunos de los predichos Artículos.

Ahora bien; la revelacion en cuanto se halla comprendida en la Escritura y se transmite por la tradicion, no fué consignada en un libro para ser depositada como cosa muerta en algun archivo, biblioteca ó museo; sino que, como cosa viva, fué inserta en las inteligencias vivas de los hombres, los cuales hubieran trabajado sin tregua ni fatiga sobre cada una de las verdades por ella propuestas, sondando su fondo é inquiriendo las relaciones que aquéllas tienen entre sí y con las verdades ra-

(1) Hebr. XI, 6.

(2) Joan XVII, 3. Hœc est., vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.

(3) Summa theologica, 2. 2 q. 1 á 1.

cionales ó empíricas; lo cual manifiesta cuántos y cuán grandes tesoros de ciencia se hubieran podido por esta vía sacar á luz; pero es igualmente manifiesto que por este camino, atendida la natural flaqueza de las inteligencias humanas, agravada frecuentemente por el importuno soplo de pasiones no siempre nobles, se hubiera topado con innumerables errores, segun acontece en los varios sistemas filosóficos que, por no reconocer más norma que la razon se llaman racionalistas. En el presente caso aquellos errores serían tanto más perjudiciales cuanto que hubieran puesto en peligro á los mismos primeros principios revelados en que estriba el raciocinio. Síguease de aquí la indeclinable necesidad de un magisterio vivo que guíe las inteligencias, ó mejor dicho, vele por ellas en su noble y arriesgadísima marcha en busca de la verdad y de su más amplio conocimiento. Y pues que como la naturaleza, así la gracia *non deficit in necessariis*, encontramos ya constituido y en actividad aquel magisterio en la Iglesia y en su Cabeza visible, que en nuestros dias se nos presenta investido de aquella infalibilidad que hasta ahora y desde tiempos inmemoriales era ya universalmente profesada en el Cristianismo como indudable doctrina católica.

Ni debemos conmovernos mucho ante las aprensiones más ó ménos sinceras que preocuparon á Gladstone, Bismark y no sé cuántos otros, tanto compatriotas nuestros como extranjeros, por los grandes desórdenes que el dogma de la infalibilidad había de acarrear al mundo, y principalmente á las sociedades civiles, como consecuencia de las nuevas revelaciones y nuevos dogmas que habrían de aparecer. No hay duda que en el mundo y en las sociedades existen variados y muy graves desórdenes; pero hasta hoy no se ha oido que alguno de ellos haya nacido ni se haya agravado por las nuevas verdades definidas como infalibles. No recibe del cielo nuevas revelaciones la Iglesia, ni fábrica nuevos dogmas como se inventan nuevos sistemas filosóficos; sino que, habiendo recibido una sola y única vez de su divino fundador el depósito de la revelacion, tiene por oficio el custodiarlo con grandísimo celo para la salvacion del mundo; y puesto que, como ántes dije, esta institucion es viva, como vivas son las inteligencias que á ella

se adhieren, debe tener, y de hecho tiene, la facultad de declarar con la asistencia prometida por el Espíritu Santo, que implícitamente se contiene en aquel depósito alguna verdad, que desde este punto comienza á ser tenida como verdad explícita de fe. Este es un género de sucesivo desenvolvimiento que constituye, como hoy se dice, un verdadero progreso de la fe, si no en sí misma, al ménos con respecto á nosotros, que comenzamos á creer en acto lo que hasta entónces creíamos en potencia. Ni se crea que es diverso el procedimiento en las mismas ciencias racionales, cuyo trabajo se reduce en último término á deducir de pocos principios las verdades que en estos virtualmente se contenían; de suerte que si una inteligencia pudiese ver en toda su fecundidad uno de aquellos principios, como lo hacen las inteligencias *separadas* (así llama Santo Tomás á las inteligencias angélicas) abrazaría de una sola mirada toda una ciencia.

Mas sea lo que fuere de este sucesivo desenvolvimiento de la fe, el hecho es que la Iglesia no llega á las definiciones dogmáticas sino en casos en extremo raros y casi siempre para condenar graves errores contra la fe: de modo que la pertinaz adhesión á éstos comenzaría á constituir el hereje propiamente dicho ó *formal*. En el actual prolongadísimo Pontificado esto se ha hecho con solemnidad en dos ocasiones, á saber: en la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción y en la de la misma Infalibilidad de que tratamos.

Es cierto que la primera de estas dos declaraciones no parecía enderezada á proscribir ningun error pernicioso á la fe; pero, segun demostré en una disertación (1) sobre el asunto, publicada en el año inmediato á la definición, esto sólo es cierto si se entiende de una condenación directa; pero con aquella declaración quedó nuevamente proscrito el error capitalísimo de nuestros dias, raíz quizá poco conocida de todos los demas, segun llamó aquel cristiano y grande conocedor de nuestro tiempo, Donoso Cortés, á la negación del pecado original.

(1) El trabajo á que me refiero fué intitulado: *Congruencias sociales de una Definición dogmática de la Inmaculada Concepción*.

Si una sola criatura fué por suma gracia de Dios conservada inmune de la culpa de Adán, fácil era inferir: *Ergo omnes in Adam moriuntur* (1). Habiéndose por otra parte definido *sacro approbante concilio* la infabilidad, parece que debía haberse inclinado ante ella el resto aún existente de Galicanos, á quienes quizá se tuvo presente al definirla, pero segun noticias parece que aún no lo han hecho. Mas ¡ay! ¿cuándo se vió en el mundo que los herejes que apelaban á los futuros Concilios se inclinasen ante los Concilios presentes?

Ahora bien, debe observarse que por lo mismo que son tan raras las definiciones dogmáticas solemnes, no pueden ellas constituir la manera ordinaria con que la Iglesia, y por ella los Pontífices, ejerzan aquella saludable vigilancia, que há poco dije, sobre las inteligencias en su arriesgado avance hácia el exámen é inquisicion de lo verdadero, máxime cuando se trata de lo revelado ó de lo que con ello se conexas. ¡ Dos solas definiciones en treinta años, fecundos como ningun otro en errores de toda especie y medida! En realidad de verdad, si la Iglesia no contase con otros medios, serían los dichos poca cosa. Mas por esta misma razon, á más de aquella manera tan poco frecuente de magisterio, los Romanos Pontífices lo ejercitan tambien con *Constituciones*, con *Decretos* y otros autorizados *Documentos* á los cuales todo cristiano está obligado en conciencia á prestar plena y sincera obediencia, entendiéndolos segun la misma Iglesia los entiende. En efecto, en la *Constitucion De Fide Catholica*, promulgada en la *Sesion III* del Concilio Vaticano, se declara la obligacion que tienen todos y cada uno de los fieles de *observar* (servandi) *los Decretos y las constituciones de los Pontífices, á fin de esquivar los errores que más ó menos se aproximan á la herejía*. En cuya última frase (más ó menos se aproximan) manifestamente se significa que las proposiciones que hablan de aquellos errores son en diverso grado graves, segun la mayor ó menor afinidad que tengan con la herejía, á la cual siempre acompaña el naufragio total en la fe. Con diversas denominaciones han calificado los teólogos (2) los diversos grados de gravedad en los er-

(1) Cor. XV, 22.

(2) Todos pueden consultar á Vives que compiló un especial y conoci-

rores, llamándolos *errores* en general, *próximos á la herejía, mal sonantes, escandalosos, ofensivos á los oídos piadosos etc.*; mas al llegar á la práctica, el calificar segun su merecido esta ó aquella proposicion es negocio más arduo de lo que parece; y aún los sabios más versados en la ciencia sagrada tienen que pensarlo más de una vez ántes de pronunciar su juicio. Por fortuna los simples fieles, por más instruidos que sean en las disciplinas profanas, no tienen necesidad alguna de esto: para ellos basta que permanezcan adheridos al símbolo, creyendo en general todo aquello que la Iglesia propone para ser creído, y estando dispuestos á hacer lo mismo con todo lo que se les proponga en lo porvenir. Con esto tienen cuanto es necesario, con respecto á la fe, para la salvacion, quedando sin embargo por ordenar la moral, puesto que en ésta, considerándola con relacion á la fe, lo que no es fácil decir es todavía más difícil practicar.

Dejando así á cubierto todo cuanto más ó ménos estrechamente mira á las creencias, queda abierto al entendimiento un campo vastísimo en el que puede moverse y espaciarse libremente en busca de la verdad. Y no sólo en lo natural, sino tambien en lo sobrenatural en sí mismo, no ménos que en las múltiples y variadísimas relaciones que éste tiene con aquél. Mezclándose las verdades racionales y tambien algunos hechos naturales é históricos con las verdades reveladas, por vía de raciocinio se deducen innumerables ilaciones que, segun la regla de los dialécticos, *la consecuencia sigue siempre á la parte más débil de las dos premisas* (1), no son ciertamente de fe, sino racionales ó experimentales. Sin embargo, siendo tenida una de las premisas como de fe divina, aquellas ilaciones, sin poder parangonarlas con la firmeza de las reveladas, traen consigo una solidez más firme que la que ten-

dísimo libro intitulado: *Damnatorum Thesium Theologica Trutina* (Padua 1717), é hizo de él la aplicacion, examinando las proposiciones condenadas por Alejandro VII, Inocencio XI y Alejandro VIII. Aquella gradacion, llamémosla así, de errores, segun se aproximen más ó ménos á la herejía, se expone por él con gran exactitud en el artículo *Quæstio Prodroma*.

(1) Dicha regla, segun se encuentra en las *Pequeñas sumas*, se expresa así: *Peiorem sequitur semper conclusio partem*.

drían si ambas premisas fuesen naturales. Segun ántes dije, en tanto que la Iglesia no juzgue oportuno intervenir con su autoridad, gozan los católicos en este campo, no ménos que en el de la simple razon, de plenísima libertad para profundizar, examinar y disputar á medida de su capacidad y voluntad; y aquí podría aplicarse el segundo inciso de la consabida fórmula: *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. Sé bien que en una polémica algun tanto porfiada se negó que las sobredichas fuesen palabras de San Agustin, á quien comunmente se atribuyen: ahora bien, para afirmar que una frase sea ó no de San Agustin, basta haber leído una media página; mas para negarlo habría que leerlo todo: lo cual pocos poseerán el mérito de haberlo hecho. Pero si en efecto no se halla aquella fórmula en San Agustin, es ciertamente muy digna de él. Pues qué, ¿no es digno de aquel gran Padre el querer la unidad en las cosas necesarias para la salvacion y la caridad en todas? En cuanto á las cosas dudosas, ó sea aquellas sobre las cuales ningun juicio autorizado se ha pronunciado, ¿qué persona privada podrá abrogarse el derecho de limitar la agena libertad de pensar como mejor le plazca? Así la Iglesia, depositaria de aquella potestad única, pero formidable, sobre las inteligencias, emulando la respetuosa reverencia con que, segun al principio dejo notado, las trata su mismo Autor, fué siempre en este punto custodia celosísima y sábia vindicadora de la libertad humana. Mas, habiéndola salvado ella sola entre todas las comuniones cristianas de las embestidas dadas por parte de muchas herejías como la más noble facultad humana, protegió siempre, áun en las cuestiones científicas, su ejercicio de todos los ataques, cualquiera que fuese su origen.

No sé si hay alguno que haya notado, á pesar de que es muy digno de notarse, que llevadas semejantes controversias á la Santa Sede, uno de los más acostumbrados sesgos que á ellas se da consiste en determinar que se dejen las cosas en el mismo estado, ó lo que es lo mismo, que cada una de las partes contendientes permanezca libre para sostener su propia sentencia, salvando, se entiende, la caridad que en todas las cosas debe ser escrupulosamente mantenida. Tenemos un memora-

ble testimonio de esto en las célebres controversias *De Auxiliis*, que no sé por cuántos años se disputaron en el siglo xvii ante muchos Pontífices, manteniendo suspendida á la Europa cristiana casi lo mismo que lo está hoy la profana por la guerra ruso-turca, ó por las crisis políticas, quizá sociales de Francia. Ahora bien ¿sabeis cuál fué la última consecuencia de aquellas tan grandes disputas cuyas *Actas* han quedado consignadas en dos enormes volúmenes? Pues precisamente la misma que ántes apunté, á saber, que cada una de las partes pudiese libremente sostener su opinion, guardándose, sin embargo, de ofender en manera alguna á los sustentadores de la contraria. Ni carecemos tampoco de algun ejemplo reciente que pruebe nuestro aserto. En un *Breve* dado el dia 23 de Julio de 1874 al Presidente de una *Academia Médico-Filosófica*, había hecho el Pontífice mencion, como de doctrina propuesta por los sacrosantos Concilios (evidentemente el Vienense en el Pontificado de Clemente V, y el Lateranense en el de Leon X) y por la Santa Sede, de la doctrina que respecta á la union del alma humana, como forma sustancial, inmediata y *per se* del cuerpo. Ahora bien, el Vicepresidente de la sobre dicha Academia, en un grueso comentario que de aquel *Breve* publicó, se propuso demostrar que las doctrinas de los Concilios acerca del compuesto humano se podían en todo el rigor del discurso hacer extensivas á los otros cuerpos orgánicos y á los inorgánicos; infiriendo que todos los cuerpos se componen de materia prima y forma sustancial, como de dos principios: el uno potencial, y activo ó actuante el otro, segun doctrina de todos los escolásticos, incluso el mismo Santo Tomás. No sé si fueron los defensores del sistema molecular ó si los que en absoluto niegan el sistema escolástico los que elevaron sus quejas por la ofensa que en aquellas deducciones creían se irrogaban á su opinion; pero el hecho es que á los comienzos del presente año copiaron los periódicos una gravísima carta de Monseñor Czaski, *Secretario de los asuntos eclesiásticos extraordinarios*, á un Profesor de Lila, en la cual se afirmaba que las enseñanzas de la Iglesia en esta materia miran extrictamente á la naturaleza humana, sin que definan nada en cuanto á los otros cuerpos, permaneciendo, por lo

tanto, para todos íntegra la libertad de pensar sobre aquella cuestión como mejor les pluguiese. Y esto tanto es así, que en el sistema molecular se puede dar el absurdo científico, que yo con toda el alma creo existe en él, mas no puede atribuírsele nota alguna, por levisima que sea, ménos conforme á las enseñanzas de la Iglesia. Así, pues, aquella autoridad eclesiástica, que por engaño ó por malicia tantas veces se representa como intolerable yugo y tiranía del libre pensamiento, se trueca con harta frecuencia en su fidelísima garantía y en su defensa.

De este modo á nosotros católicos se confiere y mantiene una *libertad de exámen* muy racional y segura, que de ningun modo es la importada por el protestantismo al mundo, y con la cual á veces se muestran los sectarios tan hinchados como si á ellos tocase la gloria de una tan gran conquista. La sola profesion de la nueva libertad de exámen como absoluta é ilimitada, pretendiendo que se extiende á los mismos principios, que para la revelacion son los dogmas y para la ciencia las primeras verdades, tiene por efecto propio el derrumbamiento de toda revelacion y el hacer imposible toda ciencia. Los preámbulos para aquélla y los adelantos para ésta no se pueden obtener sino por el discurso; mas éste, segun nos lo dice su etimología (discurrir), es un movimiento, y todo lo que se mueve supone esencialmente algo inmóvil en que se inicie. De suerte que sin esta condicion sería imposible todo movimiento. Síguese de aquí que el discurso, en cuanto es un movimiento de la razon, tiene absoluta necesidad de firmes principios en que estribe su movimiento.

Por esta razon enseñó Santo Tomás que con quien lo negase todo y nada concediese, no puede en modo alguno disputarse si no es, añade, que se le pudiese quizá demostrar lo irracional de su proceder. Por lo que á mi respecta, creo que ni aun esto sería posible; porque teniéndose que obtener por vía de discurso, éste no puede iniciarse si no se le da como punto de partida un punto fijo. Así el protestantismo, pretendiendo examinar libremente el mismo principio de autoridad, que es el punto inmóvil de la revelacion, llegó á desechar toda revelacion; y de idéntico modo la duda universal en la ciencia no puede tener por último resultado más que el dudar univer-

salmente de todas las ciencias. Nosotros por el contrario, manteniéndonos firmes en los dogmas, que no se examinan sino que se creen, y en los primeros principios de la razón, que no se demuestran sino que se ven, podemos enlazarlos entre sí con íntima armonía, y con ellos y por ellos lanzarnos aún por mares desconocidos en busca de la verdad, sin miedo de dar en bajíos ó de estrellarnos contra los escollos; porque en el magisterio de la Iglesia tenemos un faro siempre encendido que nos amoneste del peligro y en dadas circunstancias nos invite á volver atrás. Esta es la libertad de exámen de que tan profusamente se ayudaron aquellos acres é infatigables ingenios de los escolásticos, los cuales examinaron, sondearon, desentrañaron con todas las veras posibles la ciencia y la revelación con una desenvoltura tan indecible que ahora se llamaría espantosa audacia. Al príncipe de ellos debe el mundo en la *Suma teológica* la más vasta síntesis que jamás haya ideado ó quizá pueda nunca idear el humano saber. Hasta aquí hemos hablado de los dogmas en sí, y de la autoridad que fué constituida por Dios custodia de aquéllos y de las otras verdades que les son afines, no para que cortase las alas del ingenio, sino para contener nuestro vuelo y defendernos de los precipicios que pudieran oponerse á nuestro paso.

No ignoro las extrañas opiniones que acerca de la persona investida de lo alto con tal autoridad se han emitido, especialmente por el estadista inglés ántes nombrado, el cual hubiera hecho algo más por su honor permaneciendo en el campo de la política sin inmiscuirse tanto en el de la Teología. Se escandalizó terriblemente porque nosotros los católicos hubiésemos convertido por el nuevo dogma á un hombre en Dios, como si nosotros admitiésemos la infalibilidad del Pontífice como atributo esencial á su naturaleza; lo cual es tan sólo propio de Dios, siendo como es la misma verdad por esencia. Mas la respuesta á esta fábula, me duele el decirlo, tan indigna de un hombre grave, se halla en las palabras de la misma Bula que definió esta prerogativa de los romanos Pontífices, las cuales dicen así: *Enseñamos y definimos ser un dogma divinamente revelado que el romano Pontífice cuando habla EX-CATHEDRA, posee aquella infalibilidad que el divino Reden-*

tor quiso conceder á su Iglesia en el definir las doctrinas concernientes á la fe y á la moral.

Qué signifique hablar EX-CATHEDRA lo explica en un como paréntesis la misma Bula en los siguientes términos: *O sea cuando, ejercitando el oficio de Pastor y Doctor de todos los cristianos, define con su suprema autoridad apostólica que una doctrina concerniente á la fe y á la moral debe creerse por toda la Iglesia, á causa de la asistencia que le fué prometida en la persona del B. Pedro* (1). Con esto es evidente que estamos muy lejos del Dios imaginado por Gladstone: aquí no tenemos más que una prerogativa indispensable para la conservación del Verbo revelado al mundo, la cual, circunscrita á límites muy angostos y bien definidos en cuanto al modo de ejercitarla y en cuanto á la materia en que se ejercite, fué siempre reconocida y confesada por la Iglesia teniendo á la cabeza al supremo Pastor. Hoy no hay más de nuevo que el haberse declarado (nótese que no decimos *opinado* y mucho menos *inventado*) que aquella prerogativa pertenece también á la persona del Pontífice en cuanto está investida de la suprema potestad pastoral, y precisamente en los casos en que de hecho la ejercita.

Y puesto que aquella asistencia de lo alto, asegurada en el modo ántes explicado á la referida enseñanza doctrinal, no excluye el que se busquen y empleen humanos auxilios; con la mayor parte de los teólogos afirma el P. Suarez (2) que ántes de llegar á ese paso solemne se debe consultar tanto al sacro Colegio de los Cardenales como á los doctos y ejercitados en las ciencias sagradas. Siempre ha puesto en práctica estas precauciones la sabiduría romana, con tan lenta madurez, que, pareciendo tal vez demasiada, hizo que los impacientes se quejasen de la *ciudad eterna*, siendo tal, que los profanos apenas podrían formarse una idea. Quizá no desconozca el lector un hecho que á este propósito suele contarse de Be-

(1) He aquí las palabras segun se leen en el texto de la citada Bula: *Definimos; Romanum Pontificem, cum ex Cathedra loquitur, id est, cum omnium christianorum Pastoris et Doctoris munere fungens, pro suprema sua Apostolica auctoritate, doctrinam de fide vel moribus ab universa Ecclesia tenendam definit per assistentiam divinam, ipsi in beato Petro promissam, ea infallibilitate pollere, etc.*

(2) *Defensio Fidei Catholicæ contra Regem Angliæ*, Lib. II, cap. v.

nedicto XIV, y que yo no omitiré recordar por venirme aquí como de molde. Estando aquel Pontífice razonando familiarmente, como solía, con un eterodoxo, ilustre por su nombre y por su doctrina, manifestóle éste cuánta era su extrañeza, por no decir su escándalo, por la ligereza con que se aprobaban en Roma los milagros para la *Canonización de los Santos*. El Papa respondió sonriendo: Puede ser; tomad entre tanto este proceso compilado justamente para uno de esos casos; estudiadlo, juzgad de él y decidme despues si os parece ó no bien demostrado el milagro. Habiendo vuelto despues de algunos dias aquel personaje al Papa, declaróle que la cosa le parecía evidentísima y demostrada cuanto puede serlo por argumentos humanos un hecho. «Pues sabed, dijo entónces el Pontífice, que ese milagro ha sido dos veces examinado por la *Congregacion de Ritos*, y dos veces, como no suficientemente probado, se desechó con prohibicion de volverlo de nuevo á presentar.» Es de suponer que á tal noticia nuestro buen eterodoxo desistiría de volver á acusar á la Santa Sede de ligereza.

Al adherirnos nosotros, sin embargo, á las enseñanzas de la Iglesia y de su Cabeza visible, más que á los humanos auxilios que concurren en las definiciones, debemos atender á la asistencia divina bajo cuyo amparo se pronuncian. Yo no puedo comprender cómo se asombrasen algunos católicos de la definida infalibilidad, como si se tratase de una ofensa hecha á su entendimiento, cuando precisamente es verdad todo lo contrario, puesto que hubieran debido alegrarse y noblemente enorgullecerse de la sobredicha definicion. En efecto, supuesto que en la natural igualdad que reina entre todos los hombres ninguno tiene el derecho de imponer sus juicios al entendimiento de los otros, ya que á solo Dios, que es el autor de éste, debemos tal obsequio, se sigue que tanto más asegurada está nuestra dignidad de hombres y de cristianos, cuanto más indudable se nos hace que nosotros, inclinándonos exteriormente á la palabra de un hombre, no nos inclinamos en realidad sino ante la autoridad de Dios, el cual en aquel caso toma al hombre como instrumento para una peculiar manifestacion, ó hablando con más precision, para una más completa explanacion de la verdad increada. De modo que bajo este pun-

to de vista, la infalibilidad, prerrogativa nobilísima reconocida en el maestro universal de los cristianos, es al mismo tiempo un no menos noble privilegio concedido á toda la cristiandad.

Con esto se excluyen todas las exorbitancias que para hacer absurdo y odioso aquel dogma se han propalado entre el vulgo, prevenido é ignorante, acerca de las divinas prerrogativas que se pretendía haber sido atribuidas á un hombre que, por condicion de su naturaleza, queda siempre expuesto á errar. Ya se dijo en qué materias y con qué condiciones se pone en acto la infalibilidad: fuera de aquéllas y de éstas, los teólogos (1) ántes mencionados expresamente enseñan que como doctores privados y personas particulares en cosas ajenas á la fe y á la moral, pueden los Pontífices engañarse y asimismo engañar. Y aunque no lo dijese los teólogos lo diría la historia, sin que por esto aminore en lo más mínimo la asistencia divina con que los creemos privilegiados para el gobierno universal de la Iglesia. Así, pues, bajo cierto respeto, la posibilidad y áun el hecho de engañarse, si alguna vez tuviese lugar en un hombre que por otra parte como Vicario de Cristo es infalible, léjos de infirmar nuestra fe, puede valer, y no poco, para asegurarnos en ella; por este motivo no han dejado de hacer la anterior advertencia todos nuestros apologistas, considerándola como nuevo y robusto argumento de la divinidad de la Iglesia. Y en realidad de verdad, en esa estupenda y única serie no interrumpida en diez y nueve siglos, de casi 260 Pontífices, de los cuales los 30 primeros fueron mártires, muchos santos canonizados y casi todos los demas de gran inteligencia y virtuosísima vida—podía Dios ciertamente hacer que no hubiese ninguno de escaso entendimiento y de vida ménos buena, lo cual hubiera sido á la verdad un milagro digno de su omnipotencia. Dios siguió, sin embargo, otro camino, que aunque por sí mismo no sea milagroso, nos revela la alta sabiduría con que próvida, procura su bondad la salud del mundo. Dejando por lo tanto que las cosas humanas marchasen por la acostumbrada vía, ha permitido que alguna rara vez, máxime á los principios de los tiempos medios, las *supremas llaves* cayesen en manos de

(1) Vives. Obra ántes citada, *Quæstio Prodoma*, pár. V.

hombres harto inferiores á su dignidad y áun de depravadas costumbres. No ignoro que los infames odios anti-religiosos se han fijado en aquellas raras y apénas perceptibles manchas para afeár con la calumnia y áun con falsificaciones históricas el fulgidísimo y puro manto de la Iglesia. Y es digno de la piedad filial rectificar los hechos, desmentir las calumnias y confundir con la verdad histórica á los detractores. En esta obra reparadora fué de gran consuelo para los católicos el tener en estos últimos tiempos como compañeros y alguna vez también como caudillos, en casos particulares, algunos leales y eruditos protestantes, cuyos servicios en tal ocasión eran tanto más eficaces cuanto aparecieron ser desinteresados y únicamente inspirados por el amor á la verdad y por el respeto á la justicia. Si alguna vez no se consiguiese purgar enteramente la memoria de algun Pontífice de las faltas que se le atribuían, no por eso deberíamos perder el ánimo, porque en ello tendríamos un nuevo argumento para demostrar la divinidad de una institución que, aunque gobernada por manos ménos dignas, no por eso irrogó ofensa alguna, siquiera fuese levísima, ni á la integridad de la fe ni á la pureza inmaculada de la moral. Estos son los dos quicios capitalísimos en que estriba casi todo el edificio de la Iglesia. Gran maravilla es, pues, que en contraposición á los mencionados, se cuenten dos centenares y medio de Pontífices santos que no fueron lo que hubieran podido ser.

No dejaré, por último, de notar que salva la unidad en las cosas necesarias para la salvación, y la libertad en las dudosas, esto es, en las que para la propia salvación no son en manera alguna exigidas, puede haber gran variedad en el objeto material de la fe, pudiendo acontecer alguna vez que se tenga por algunos como de fe alguna proposición que á otros no parece como tal; y esto depende de la mayor ó menor facilidad que se tenga para creer. Ahora bien, este es á mi juicio el caso en que debe tenerse presente aquel *in omnibus charitas*; que quiere decir, que se deje á cada uno pensar como mejor le plazca, mientras no intervenga ofensa de Dios y no hable nuestra comun Madre y maestra la Iglesia por boca de sus legítimos Pastores. Es cierto que la fe cristiana pide una dosis

y no mediana de simplicidad, y á ésta debe tambien referirse aquel *effici sicut parvuli* que el Redentor puso como condicion *sine qua non* para entrar en el reino de los cielos (1). Toda vez que Dios hable, la criatura racional certificada de aquel hecho no debe hacer más que adherirse simplemente á su palabra por sola la absoluta y esencial veracidad de quien habla, en lo cual consiste la simplicidad de la fe. Agudeza de ingenio, amplitud de conocimientos, práctica en las cosas humanas son bellas y excelentes dotes; pero que, segun queda dicho, no entran para nada, ni directa ni indirectamente en el decir del *Credo in Deum*, para lo cual es necesario derechamente prescindir de aquéllas para colocarnos todos en aquella dichosa igualdad ante la cual Santo Tomás de Aquino, con su mente angélica, no es más que el rústico aldeano, y el creador entendimiento del Dante Alighicri se halla al par de la ignorante y sencilla vejezuela. Mas rendido á Dios por todos igualmente aquel nobilísimo obsequio del entendimiento en las cosas necesarias, cuanto á las otras que podrían reputarse de fe ó como más ó ménos pertenecientes á ella, natural es que exista gran variedad entre los hombres, segun la diversa disposicion de cada uno. Las personas dedicadas á la piedad deben experimentar una gran flexibilidad en la voluntad para creer, y si son de escaso entendimiento y de no gran cultura, es harto difícil que hallen algun obstáculo por parte del entendimiento. Al oír éstas ó leer que la Iglesia ó el Papa han dicho esto ó lo otro, creen sin más, y en ello pueden tener mérito de fe sobrenatural, aunque las cosas no se realizan despues precisamente como se dicen ó leen. Por el contrario, los hombres dados á las cosas del mundo, y que en materia de piedad apénas si saben lo extrictamente necesario, máxime si son de mente perspicaz y algun tanto cultos, van mucho más despacio, y ántes de asentir á una doctrina que vagamente se dice provenir de la Iglesia, querrán certificarse (y para ello tienen siempre derecho y alguna vez tambien el deber de hacerlo) de que aquello es en realidad tal cual se afirma; querrán conocer el conducto por donde ha llegado á ellos y áun saber con precision su valor.

(1) Math. xviii, 3.

Ahora bien, sin enojarse demasiado contra la pretendida superstición de los primeros ó contra el supuesto escándalo de la terquedad de los segundos, sería lo mejor dejar á cada uno que vaya libre y tranquilamente por su camino, al ménos hasta tanto que no se llegue á aquel *excessum* ó aquel *defectum* que, segun Santo Tomás, son dos opuestos términos que menguan las perfecciones de todas las virtudes, perfecciones que consisten propiamente en el medio.

Por esta última advertencia el lector podrá ya comenzar á ver el enlace con que las cosas hasta aquí tratadas se relacionan con el concepto general de mi escrito; obtendrá, sin embargo, de todo un pleno conocimiento, cuando hayamos llegado al Capítulo III y mejor aún al Capítulo VII.





GALLEGOS ILUSTRES.

EL SABIO BENEDICTINO FRAY MARTIN SARMIENTO.

*Laudem attribui utile est inferiore bono,
ut ad altius, et melius provocetur.*

S. ALBERT. MAGN. ETH. 1.

No vamos á ocupar gran espacio en este estudio : únicamente lo preciso para dar á conocer al Rmo. P. Sarmiento tal como era, considerado bajo el concepto de un individuo cualquiera de la sociedad, como hombre, segun suele decirse, y como literato y escritor. Para esto nos servirán sus mismos autógrafos, cuya sencillez é ingenuidad generalmente encantan, y los datos de personas muy en contacto con él. No están, por otra parte, tan lejanos los sucesos que vamos á referir que puedan temerse fundadamente ninguna impostura ó superchería que fácilmente podría desmentirse.

Hay quien asegura que nuestro héroe nació en Villafranca; pero la verdad es que nació en Pontevedra, la bella *Helenes* de los griegos, la de los campos alfombrados de magníficas flores, lindas como los lirios de Stambul. Y esto lo acredita el testimonio de distinguidos escritores, cuyo suceso tuvo lugar en la noche del 9 de Marzo, de 1695.

Allí estuvo, pues, hasta que se dirigió á Madrid en 1710, con objeto de tomar el hábito.

Su padre, que ejercía la profesion de arquitecto, se llamaba

Don Alonso García Gosende de Figueroa, era natural de Cerdedo, en la expresada provincia, y su madre era Doña Clara Balboa Sarmiento, natural de Pascais, en la provincia de Lugo, jurisdicción de Samos.

Por tanto, deberíamos reconocer al sabio reverendísimo como Pedro José García y Balboa.

Hé aquí la explicación real y verdadera de este cambio de nombres.

Cuando nuestro reverendísimo tomó el hábito, trocó su nombre de pila por el de Martín, pero siguió con el apellido de García, hasta que encontrándose otros mismos del propio apellido, como que es tan común, tomó el de Sarmiento que ya no abandonó jamás; y así vino á llamarse Fr. Martín Sarmiento.

Parecerá raro, sin embargo, que no haya elegido ni el primer apellido de su madre ni el segundo de su padre, que era Gosende, del cual parecía hacer cierto aprecio, pues de él habla con especialidad en uno de sus papeles.

El no escoger el de Balboa dicen fué por no confundirse con otro hermano de hábito; pero basta ya de esto y continuemos.

Digimos que consideraríamos al P. Sarmiento como hombre y como literato y escritor.

Bajó el primer concepto, sin ocuparnos principalmente en sus cualidades físicas, que hacen poco á nuestro propósito, diremos algo de sus cualidades morales, sin seguir precisamente á sus panegiristas ni á sus detractores, pues de unos y otros tuvo, sino juzgándole imparcialmente tal cual debió ser, puesto que nadie ignora que con harta razón se ha dicho: «El estilo es el hombre.»

Oigamos al mismo padre, en uno de sus escritos, resumir todos los cargos que se dirigían á su carácter: «¿Quién habrá, dice, que no tenga alguna noticia de mi persona, que no esté imbuido al mismo tiempo de mil mentiras, necedades é imposturas contra ella? Yo soy en boca de todos un hombre *ridículo, duro, adusto, tétrico, hipocondriaco, insociable, seco, serio, desabrido, incomunicable, melancólico, intratable, indómito, terco, tenaz, testarudo, uraño, incivil, inurbano, descortés y grosero, inmanejable, voluntarioso* { no se dirá que escaseo los

epítetos); y en fin, otro *Timon Ateniense*, nuevo misántropo en Madrid.

A estas dos docenas de lisonjas... se añaden las reprensibles acciones que el mismo lenguaje retórico y político me atribuye: que no visito á nadie; que cierro la puerta á toda visita; que si admito alguna, no la pago; que no salgo de casa ni aun de la celda; que rarísima vez se me vé en la calle ó en el campo; que no recibo cartas; que si las recibo, las más no las abro, y á las más de las que leo no respondo, ó si respondo, que es con tanta sequedad que se quitan las ganas de repetir; que á veces devuelvo las cartas cerradas con sobrescrito al que las escribió; que despues de cuarenta y ocho años que conozco á Madrid no tengo comunicacion alguna ni alta, ni media, ni baja; que por lo mismo soy muy inútil para un empeño en la corte; que afecto no querer comer fuera de casa; que me niego á algunos convites honrados para espaciarme fuera de Madrid; que convidado por esquelas para algunas funciones eclesiásticas ó seculares jamás asisto á ellas; que ni aun á funciones literarias quiero asistir; que si me dan alguna esquela para uno, ó no la admito ó no la entrego; que si alguna señora me llama en la iglesia ó en la portería no quiero bajar. A este tenor me cargan de otros muchos QUES.

Hasta aquí el mismo P. Sarmiento: y no se dirá que ha ocultado ni disfrazado cosa alguna de las que contra él decian. A la verdad, aunque á la mayor parte las diésemos por ciertas, no por eso padecería el nombre del P. Sarmiento. Cosa es bien sabida y muy natural que todas aquellas personas que á las letras y á las ciencias se dedican con intensidad, que todos los que hacen del estudio su principal ocupacion y su delicia, no sean lo que vulgarmente se llama personas de sociedad, y se vean embarazados y fastidiados en medio de todas esas pequeñeces convencionales que constituyen en su mayor parte el trato del gran mundo. Nada tiene de extraño, pues, que para los elegantes de entonces, para las personas frívolas que hacen consistir toda la ciencia en vestirse á la moda y hasta en hablar y andar conforme al ritual, nuestro sábio merece todas las calificaciones que hemos visto.

No para éstos, á quienes despreciaba como merecían, sino

para algunas personas de buena intencion y que puedan hallarse preocupadas, escribió nuestro Sarmiento un gracioso papel titulado: *El por qué sí y el por qué no*.

No vamos aquí á insertar todo lo que el reverendo dice en su justificacion, porque para nuestros lectores seguramente casi no la necesita. Todo el que haya leído alguna obra del maestro Sarmiento conocerá desde luego que su autor, al par que sencillo é ingénuo hasta no poder más, tiene un carácter harto independiente para doblegarse á agenos gustos y exigencias.

Hé aquí á nuestro modo de ver el fondo del carácter del padre Sarmiento: con él se puede á veces ofender la susceptibilidad de las personas de mundo; y hé aquí sin duda lo que fué causa de las acusaciones lanzadas contra él.

La verdad es generalmente amarga, y rara vez es grata á aquel á quien se la dice con la franqueza y sencillez que lo haría nuestro sábio.

Por lo demás, como buena respuesta á algunas ocupaciones, copiaremos alguna otra frase del «por qué sí y por qué nó.»

Para justificar, por ejemplo, que no merece los epítetos de *intratable*, *uraño*, etc., dice: «Siempre he tenido ingenio afable, sociable y divertido, cuando no se habla de conciencias, de pretensiones y de embudos. Los que vienen á visitarme á la celda dirán que se están las tres y cuatro horas seguidas, ya conversando, ya hablando de *libros ó de diversiones*; y sé que algunos dicen que todo el dichoso tiempo se les ha hecho un instante. ¿Y cómo se compondrá esto con la impostura de que soy intratable, uraño, etc.?»

Si dicen que todo lo que alego en mi favor se puede componer con que yo sea terco, tenaz en mi dictámen y voluntario, digo que no he visto hombres más zalameros, aduladores, y condescendientes de estudio, que los que son soberbios de orgullo y de génio dominante. Estos se abaten hasta el vilipendio cuando necesitan á alguno; y se dán un baño de Luciferes cuando los necesitan á ellos, acaso para cobrarse de lo que se han abatido. En este estado todo son voluntad y capricho y antojo, y no hay razon para ellos, más entendimiento ni razon que su misma voluntad.»

Su vida retirada la explica también muy satisfactoriamente. «Si desde que conozco á Madrid, escribe, hubiese dado en la tuna y zuna de visitar, sería preciso que el año fuese el año grande de Platon, para cumplir con las visitas.» Y en otra parte: «Volví á Madrid ágil y robusto á tomar posesion de mi celda y de mi retiro. Ahora vuelvo á repetir: *ó todo celda, ó todo calle*. No es posible que yo encuentre medio entre los dos extremos, siendo así que ninguno me es repugnante. Y porque no me conviene el extremo de *todo calle*, estoy precisado á abrazar el extremo de *todo celda*. Dirá alguno que el medio sería *medio celda y medio calle*; que podía escoger tal número de visitas y paseos, y de este modo visitaba, paseaba y vivía retirado como hacen otros muchos. Esos muchos no sé cómo se acomodan, ni yo me puedo acomodar con ellos.

Es insoluble este argumento, siendo v. gr. veinte el número de las vistas; ó jamás he de tener más que estas, ó se deben añadir las que sobrevienen. Si sólo visito á esos veinte, vuelve la censura de que soy *grosero*, porque *no visito*. Y si he de visitar á todos los demás, vuelve el extremo de *todo calle*. Visitando á unos y no á otros, saltan á los ojos las justas quejas: luego para el equilibrio de que todos queden iguales, me es forzoso abrazar el extremo de *todo celda*.

De un modo igualmente satisfactorio contestó á todos los injustos cargos que se le dirigian.

Para completar la síntesis moral del P. Sarmiento, nos bastará añadir que como religioso fué siempre ejemplar en el cumplimiento de todos sus deberes, ya como súbdito ó como superior; lo mismo gobernando como abad el gran monasterio de San Martin de Madrid, ó electo general de la órden, que como novicio, como colegial, etc.; siempre humilde y resignado, siempre irrepreensible, siempre modelo y ejemplar de virtudes monásticas.

Pasemos ya á reseñar la vida del P. Sarmiento, conforme al principal objeto que nos proponemos, esto es, como literato, escritor y sabio distinguido.

Podríamos para ello valernos de copiar aquí una pequeña biografía que de sí mismo dejó escrita nuestro reverendo padre.

No lo haremos así, pues contiene algunas particularidades que no nos hacen al caso; pero sí la tendremos muy presente, pues lleva el sello de verdad é ingenuidad que tienen todos sus escritos.

No nos detendremos en contar las ocupaciones de sus primeros años, ni emplearemos expresiones hiperbólicas para decir que ya desde su más tierna edad era prodigio de sabiduría, etc., etc.

En nada se distinguió muy especialmente nuestro héroe, hasta que hechos sus estudios de gramática latina, según entonces se acostumbraba, ántes de cumplir quince años fué á tomar el hábito en el monasterio de San Martín de Madrid.

Habiendo profesado á los diez y seis años, siguió con gran brillantez su carrera de artes y teología en Irache, Salamanca, y Eslonza; y cual si su genio de repente se hubiese desplegado, demuestra muy pronto y áun en temprana edad, lo que había de ser más tarde.

Una afición hasta desmedida al estudio, con una memoria extraordinaria, y una comprensión é inteligencia muy claras, han hecho desde luego de Sarmiento un verdadero sabio enciclopédico; no uno de esos que llaman *eruditos á la violeta*, que saben de todo un poquito, y nada con profundidad, sino un hombre extraordinario, verdaderamente instruido, y que pronto sirve de oráculo en muy diferentes ramos del saber humano; que todos los posee con igual perfección (1).

Organización de hierro necesitaba sin duda nuestro reverendísimo para dedicar doce y catorce horas diarias al estudio, como lo hizo hasta poco antes de su muerte; y esta vida tan sedentaria le produjo una obesidad perjudicial, y le privó en los últimos años del uso de sus piernas.

Con tanto estudio y con la prodigiosa memoria que todos le concedían, unido esto á un juicio recto y un ingenio agudo, no hay ya que estrañar lo que ha sido nuestro sabio.

Pasma tanta erudición, y de ningún modo podríamos de-

(1) Respecto del saber de nuestro héroe, es aún proverbial en Madrid, la gráfica frase de: *Sabe más que el Padre Sarmiento*.

mostrarlo mejor que dando razon, como vamos á hacérlo, de todo cuanto escribió sobre diversas materias.

Es extraordinario y parece increíble, á no ser con más facultades y un método de vida como el del padre Sarmiento, haber escrito lo ménos 3.000 pliegos sobre historia natural, geografía, matemáticas, historia y arqueología, filología y etnografía, literatura, política y gobierno y otros asuntos varios en que no cabe clasificacion.

Véase más abajo la relacion de todo lo que escribió el maestro Sarmiento, no comprendiendo alguno de sus primeros trabajos, ya por haberlos perdido, ó por haberlos abandonado, etc.

En los años de 1718, 19 y 20, hizo:

Varios extractos de bibliotecas y alfabéticos exóticos.

Omitiremos en lo sucesivo las fechas de las obras, si bien su lista seguirá el órden cronológico en aquellos en que esté bien averiguado.

Romance á la caida de la torre de la catedral de Oviedo.

Diógenes contra Demócrito, papel burlesco contra una compañía de mineros de Guadalcanal.

Indices del archivo y biblioteca de la catedral de Toledo.

Martinus contra Martinus: es un papel contra un médico llamado Lesaca que había criticado al P. Feijóo sobre medicina.

Sobre el cuadro de San Roman.

Catálogo de los códices de la biblioteca de Toledo.

Indice de los tomos de Feijóo.

Diario ó Efemérides de todos los sucesos más notables desde 1729 á 1754.

Etimologías castellanas; obra en que iba trabajando poco á poco y de que quedaron 40 pliegos.

Costumbres, etiquetas, ceremonias, etc., de España.

Estromaton ó tapíz artificioso de toda la lengua castellana.

Estas dos obras se quedaron poco más que en proyecto, pues no pasaron del primer pliego.

Extractos de *Gacetas* desde el año 1731 al 1745.

Papel jocoso irónico contra D. Cárlos Montoya, que había escrito contra el P. Feijóo.

Demostracion crítico-apologética del Teatro crítico.

(El que quiera comprender á fondo la obra magna del padre Feijóo necesita leer la demostracion expresada: sólo por esto es grande el P. Sarmiento.)

Empresas curiosas y motes latinos.

Voto á la Junta de caudales de América.

Sobre monedas romanas, griegas, políticas, etc., que tenía en su poder.

Carta al general de su órden para que le exonere del depósito de Quindenios.

Principio de un plan de estudios á su general.

Ayuntamientos para el Memorial sobre las Abadías Benedictinas.

Dictámen remitido al Consejo de Castilla sobre la *España primitiva*, de Huerta.

Combinaciones capitulares al Rdmo. é Ilmo. Marín.

Carta á Monseñor Valenti, sobre la poesía española.

Proyectos monásticos al Rdmo. Mariño.

Sobre una real Biblioteca y proyectos literarios, á D. Juan de Iriarte.

Carta á uno que le escribió en griego.

Cartas sobre el 8 por 100 que pagaba la religion benedictina.

Sobre adornos del real Palacio escribió más de 100 pliegos, en diferentes ocasiones.

Sobre el privilegio de Santa María de Arras.

Al Rdmo. Mariño, sobre votos capitulares.

Sobre códices de la liturgia española, al padre Blanchino.

Diario de un viaje á Galicia.

Nos parece tan interesante lo que acerca de esto dice el padre Sarmiento en la nota que dejó escrita de su vida, viajes, etc., que no podemos resistir á la tentacion de copiarlo aquí, y creemos que nuestros lectores no nos reñirán por ello.

Dice, pues: «Pasé á divertirme á Galicia y tomé y llevé conmigo un libro en cuarto y en blanco, para ir escribiendo en él mi *Diario* y todos mis viajes. Apuntados los lugares por donde pasaba y todas las inscripciones con que tropezaba, tambien apunté todos los vegetales que veía, con sus nombres ga-

llegos de frutos y frutas, todos los pescados, conchas y mariscos, todas las aves y animales. También me fecundé de muchas voces gallegas vulgares, y el *Diario* ocupó 20 pliegos: ocupé otros 20, en cuatro cuadernos, de las voces gallegas que oí en Pontevedra y Galicia.

Con esta ocasión me aficioné infinito á la historia natural, á la botánica y á la lengua gallega, y á averiguar el origen y etimología de cada voz gallega, reduciéndola al latín. El año de 1730 escribí sobre la etimología de las voces gallegas hasta 1745.

Por mi sola curiosidad he atravesado todos cuantos arenales marítimos hay desde la boca del *Miño* hasta el cabo de Ortegá, así del mar bravo como los de las rias. Por el gozo con que transitaba se me imprimieron vivísimamente en la fantasía los vegetales que ví en ellos, además de las conchas que cogía de paso. Procuraba recoger los nombres gallegos y me costó poco averiguar despues los latinos correspondientes en los libros.

Paseando por el arenal que está en el camino del Colegio del Poyo, al lugar y puerto de Combarro, vi á la izquierda un *Gramen* pequeñito, de tres ó cuatro dedos de alto, pues aún no tenía las espigas. Noté al arrancarla, y no sin admiracion, que sin violencia la saqué con casi un pié de largo de raíz, y esta era como una madeja de algodón ó de hebras de hilo. Averigüé que en el libro 18, página 460, de Juan Colmino, está pintado el mismo *Gramen*, y que le llaman *Gramen Scoparium*, porque de aquellas madejas de hilos, ó raíces capilares, hacen las señoras unas escobitas muy delicadas para el uso de sus afeites. He oido que las hay en Madrid, pero que se traen de fuera. No dudo que se hallará mucho en los arenales de Galicia, si se busca, ó que sembrándolo se multiplicará ese género, y se podrán hacer escobillas de señoras que se deberán traer á Madrid por el comercio, como hoy se traen de fuera y no se dan de valde.»

Hasta aquí lo que nos ha parecido oportuno copiar, y que prueba el interes con que miraba á Galicia el Rdm. Sarmiento.

Continuemos la lista de sus escritos.

Carta al general y abades de San Benito, para que no defiendan á un autor de la órden, sobre la prohibicion de una obra suya.

Sobre la planta « Coscora. »

Mil doscientas coplas gallegas, sobre las cuales pone nuestro reverendísimo la siguiente curiosa nota: «A primero de Febrero me restituí á Madrid con ocasion de la muerte de Felipe V y la exaltacion de su sucesor, en que salieron á luz varias poesías en varias lenguas. Yo, que me hallaba con una infinidad de voces y frases gallegas, quise tratar coordinarlas en un metro pueril y claro. Armé un coloquio entre dos niños y dos niñas gallegas, que servian en Madrid. Sin salir del asonante en *eo*, formé sin trabajo 1.200 coplitas gallegas pueriles, en el metro de Perico y Marica, ó la gallega de Peruche é Maruxa.

No hay en ese coloquio erudicion alguna, que sería impropia en boca de niños; pero he procurado guardar la propiedad con todo rigor en las frases, voces y comparaciones. El coloquio cuenta exactamente las fechas de la historia, en la muerte y exaltacion de los dos reyes.

El coloquio habia de proseguir con veinte gallegos segadores; pero lo dejé en las 1.200 coplas de cuatro niños. Y habiéndolas leído á algunos gallegos, dijeron que no entendían muchas voces si yo no hacía algun comentario ó glosario de ellas, y no hallé dificultad en darles gusto. Así comencé ese glosario repasando palabra por palabra y frase por frase todas las coplas, y sólo llegué á la copla 70, y en eso ocupé 57 pliegos de marquilla en 4.º Si prosigo ese glosario, será una obra de las más selecta crítica y profunda erudicion, para desentrañar las voces y frases gallegas y muchas castellanas.

Bien sensible es que el P. Sarmiento no haya continuado el glosario, dejando así incompleta una obra de tanto interes.

Al P. Rávago, contra la supresion de las monjas Comendadoras.

Sobre portear las columnas de Fonseca.

Sobre el sudor de cierto militar despues de muerto.

Plática á los cofrades de la sacramental de San Martin.

Ayuntamientos para una divisa de la Academia Médico-matritense.

Catálogo de libros para uso del marqués de Aranda.

Carta al marqués de la Ensenada, sobre perfeccion de los collares en el escudo real.

Carta sobre la competencia entre San Martín de Madrid y Santo Domingo de Silos.

Sobre la abadía de Bandino.

Dos cartas al P. Rávago sobre publicar códigos de concilios, leyes y obras antiguas de España, etc.

Plática á sus monjes en el lunes de Cuaresma.

Sobre el cerco de sardinas en Pontevedra y geografía antigua de esta villa, sin concluir.

Sobre el origen de los gigantes ó gigantes.

Índice de su copiosa librería que llegó á constar de 6.500 volúmenes.

Ayuntamientos para formar una empresa de la Real Hermandad de los hospitales de Madrid.

Tres cartas al P. Rávago sobre códigos originales del Escorial.

Descripción del reino de Galicia por partidos y jurisdicciones.

Sobre la administración del Teatro crítico, en Samos.

Apuntamientos para un sistema botánico de España.

Sobre formación de un buen catastro en España escribió 10 ú 11 pliegos; pero quedó incompleto el asunto.

Sobre el origen de las Academias.

Sobre las pizarras, dentrites ó arborizadas de Mondoñedo.

Sobre una descripción de América escribió al marqués de Valdelirios, así como también á D. Gaspar Urquizu.

Extracto de algunos instrumentos antiguos.

Sobre el archivo de Samos y archiveros, así como también sobre el de Celanova.

Sobre una espada de Peñafiel.

Correspondencia epistolar literaria, con el duque de Medina-Sidonia.

Pensamientos crítico-botánicos.

Diario de un viaje hecho á Galicia en 1754, parecido al de 1745.

Sobre voces gallegas.

Compendio ó extracto del sistema de Tournefort.

Sobre las ficciones de Miguel de Luna.

Carta al P. Terreros sobre el origen de la lengua gallega y sobre paleografía española (1).

Sobre la planta llamada *Bangue*.

Al P. Rávago, sobre códices góticos y arábigos ú orientales.

Sobre el árbol Feixo ó Tillo.

Sobre el árbol venenoso Azedarach.

Origen de las voces *Pontega*, *Puga* y *Pua*.

A D. José Quer, sobre vegetables extremos.

A D. Juan Antonio Arias, natural de Pontevedra, acerca de varias curiosidades de Galicia y sobre sosa y barillas, etc.

Al boticario de Corias, sobre unas plantas de Asturias.

Sobre un camino real desde Pontevedra á Sanabria y Castilla, por Rivadavia.

Sobre caminos vecinales de toda España, al conde de Aranda.

Sobre el autor mahometano Albrumasar.

Sobre las brujas, al duque de Medina-Sidonia.

Al mismo, sobre el ave *Flamenco* ó *Fenicóptero*.

Al mismo, sobre atunes y almadrabas.

Sobre el chasco del Meco.

Sobre el Mostajo.

El porque sí y porque no. «Apestado de moscones que me censuraban, dice el P. Sarmiento, porque no salía de casa y no imprimía mis escritos, escribí estos 10 pliegos.

Sobre la cuadratura del círculo.

Apuntes para un discurso apologético etimológico.

Sobre la planta *Gaspora* ó *Wa-ursi*.

Varias cartas al duque de Medina-Sidonia sobre historia natural, sobre antigüedades, sobre el ave del Paraiso, sobre un gigante y sobre la medicina.

Sobre el verdadero Miño.

Sobre los castellanos de Orense.

(1) Este trabajo inédito del P. Sarmiento, saldrá á luz próximamente en la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Sobre el nombre de *Cigarrosa*.

Etimología de sacar de Bueis ó de Bois.

Sobre los Maragatos.

Sobre una inscripción romana hallada en la Limia.

Sobre el Rinoceronte.

Sobre la *Vetula*, *Vidueiro* ó *Abedul*.

Sobre las cuatro vías militares romanas.

Sobre un *Lignum-Crucis* del duque del Infantado.

Sobre el Lobo-cerval, Lince ó Lubican.

Sobre la Berdana ó Lampazo.

Sobre el Papion ó Cinocéfaló.

Sobre las escrofularias.

Sobre las Orcas.

Carta sobre la patria de Prisciliano.

Sobre la planta llamada Tiraña de Liébana.

Sobre la *Coscôxa*, ó *Geun* de Touruefort.

Sobre la Zebra.

Sobre el origen de la voz *Mixiriqueiro*.

Sobre el nombre *Sámos* ó *Samanos*.

Sobre la Carqueixa.

Sobre el origen de las Bubas.

Resúmen de la obra precedente.

Sobre la patria de Cervantes.

En realidad se debe al P. Sarmiento un descubrimiento importante. Él mismo nos cuenta con la mayor sencillez, cómo en un libro del Padre Haedo, benedictino, leyó que dicho Cervantes era un hidalgo principal de Alcalá de Henares; pero no queriendo monopolizar la importancia del descubrimiento, hé aquí su conducta:

«Así que tropecé, dice, con la noticia de la verdadera patria de Cervantes, la comuniqué, y con franqueza, al librero Francisco Manuel de Mena, que viene á mi celda con frecuencia. Señaléle el libro y el fólío 185 de Haedo; encarguéle que esparciese esa noticia de que Alcalá era la patria de Cervantes en la Real Biblioteca y en otros congresos de literatos. Mi fin era para que si alguno quisiese tratar ese punto, buscase antes en Alcalá la fe de bautismo de Cervantes. Creo que algunos hicieron la diligencia; pero quien más se esmeró en hacerla

fué D. Agustin Montiano y Luyando. Este discreto y erudito caballero solicitó que en Alcalá se buscara la fe de bautismo: buscóse, se halló y se le remitió; y habiéndola copiado, la imprimió á la letra, en la página primera de su *Discurso sobre las tragedias españolas...*»

Sobre plantas de Toledo.

Apuntes para una historia general de Galicia.

Sobre el árbol Santo de Aranjuez.

Sobre la manzanilla.

Problema corográfico, para describir todo el reino de Galicia.

Antigüedad del papel.

Sobre el *Áloes*.

Sobre la vía militar de Braga.

Sobre la *Sey xebra*.

Sobre foros empezó á escribir ligeramente; pero continuando en tan interesante materia llegó á componer su obra más extensa, aunque no está completa, pues abraza 660 pliegos. Bien es verdad, que trata de muchos asuntos más ó menos ajenos del principal, pero todos de interes para Galicia.

Sobre cortar las uñas en menguante.

Sobre historia natural á un inglés.

Sobre el estado de Pontevedra.

Sobre un onomástico gallego, de historia natural.

Sobre unos elementos etimológicos, segun el método de Euclides.

Sobre desmonta y cultivo de tierras en Galicia.

Orígen de la Mesta y daños que ocasiona.

Carta á Grimaldi sobre las láminas de Granada.

Sobre una Academia de Agricultura establecida en Galicia (1).

Memorias á S. M. sobre impresion de Feijóo.

Sobre el *Cardo santo* de Monardos.

Sobre la *Malaquita* de España.

Sobre un privilegio del rey Fernando II de Leon.

Observaciones sobre torrentes del Océano.

Censura del libro de un carmelita.

(1) Aquella Academia inició el pensamiento que hoy se ha traducido en conferencias agrícolas, y que están sólo una imitacion de ella.

- Sobre la gramínea olorosa, llamada *Lesta*.
- Sobre el espejo de piedra durísima y cristalina que vino de la América, y que es igual á la piedra de ara de Lugo.
- Sobre el fenómeno vulgar llamado Castor ó Polux, ó Fuego de San Telmo.
- Sobre la púrpura y grana de los antiguos.
- Noticia de unas monedas antiguas.
- Dictámen sobre un libro inglés.
- Sobre una reliquia de Santiago en el convento de Veloz.
- Dictámen sobre la monarquía española, de Salazar.
- Educacion de la juventud.
- Dictámen sobre el proyecto de creacion de censores de libros.
- El *Perico ligero*, á cuyo papel precedía un discurso sobre la invencion del papel de imprenta.
- Discurso apologético para rastrear etimologías.
- Carta al general de la Religion que le consultó sobre estudios.
- Sobre el libro *Becerro*, de Celanova.
- Descripcion del principado de Asturias.
- Idem del partido de Astorga.
- Dedicatoria para la obra de Quer.
- Yerba del cabron.
- Apuntes sobre el cultivo del cáñamo.
- Nombre de la planta acuática *pata de buey*.
- Sobre la *Malagueta* mixto.
- Sobre el pajarito burla-pastores.
- Sobre el origen de la voz *Azovejo*.
- Conjeturas para establecer algunas etimologías de diferentes voces que se usan en España.
- Noticia de varios códices manuscritos y observaciones hechas en su lectura.
- Sobre el origen de la voz *Alajor*.
- Sobre el origen de las voces Escorial, Aranjuez y Balsain.
- Apuntes de los nombres, valores y cotejos de varias monedas españolas antiguas.
- Cartas familiares sobre varios géneros de máscaras.
- Cartas, oraciones y aprobaciones de libros.
- Fragmento de un libro de Juan de Guzman, elogiando á

Pontevedra. Este Juan de Guzman era un sevillano, discípulo del Brocense, catedrático de gramática en Pontevedra y traductor de las Geórgicas de Virgilio, en verso castellano.

Apuntes para la vida de D. Antonio Mouriño de Pazos, presidente de Castilla y natural de Pontevedra.

Sobre el origen de los Maldonados y de los Velloso.

Sobre los Arzobispos de Sevilla.

Sobre historia natural, al Marqués de Valdelirios.

Proyectos geográficos á D. Gaspar Urquizco.

Sobre varios libros, al Inquisidor general.

Sobre donacion de un rey Ramiro.

Discurso sobre toda literatura sagrada acerca de los tres reinos de la naturaleza.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

(Concluirá.)





EL MECANISMO

DE LA

NATURALEZA Y LA LIBERTAD DEL ESPÍRITU.



FORTUNADAMENTE podemos equivocarnos. Hasta los materialistas se reían cuando há pocos años algunos centenares de ancianos declaraban infalible por votacion á uno de entre ellos para cuando hablase desde la Silla papal; que la madera del sitial comunicara su infalibilidad á quien en él se sienta, parecía cómico áun á aquellos que se ven obligados á admitir que cada cerebro segrega sus pensamientos por necesidad natural.

De esta manera triunfa la verdad de las suposiciones falsas. Los materialistas no se limitan á consignar simplemente los diversos resultados de la máquina pensante, admirándose á lo sumo de que la nutricion prepare representaciones tan distintas bajo la influencia de las mismas leyes químicas; más bien tratan de buscar la verdad, hablan de errores de sus adversarios y hasta de sus amigos, mientras sus corazones creen instintivamente en la libertad del espíritu, que sus bocas suelen negar. Es cierto que el Sr. von Hellwald dice en su libro, destinado á resolver la historia de la civilizacion en un proceso natural: «El proceso del pensamiento que se desarrolla en el cerebro no es otro para los pensamientos erróneos que para

los exactos.» De lo que se sigue que las opiniones de Hellwald y los dogmas del *Syllabus* son igualmente verdaderos é igualmente falsos, pues dependen de secreciones cerebrales, que se verifican en todas las cabezas conforme á las leyes de la mecánica; invocar la existencia de cerebros normales y anormales sería mero subterfugio, pues unos y otros se forman y trabajan bajo el imperio del mecanismo natural con la misma necesidad. A pesar de esto, Hellwald llama errores á los ideales, verdad al materialismo y, sin embargo, concede que, á consecuencia de una ley interior inflexible formamos las ideas de lo perfecto, que en todo tiempo se han referido al espíritu.

Pero ¿la ley de la naturaleza puede producir algo falso? ¿Qué le autoriza á burlarse del orden moral del mundo, si éste se me presenta necesariamente en la conciencia? Los materialistas más consecuentes y más francos no han declarado, sin embargo, hasta hoy, mala á la virtud, sino tan buena como el pecado, pero Hellwald enseña que: «Es deber de la ciencia destruir todos los ideales, demostrar la vaciedad y nulidad de los mismos y probar que son engaños la creencia en Dios y la religion, mentiras la moralidad, el amor, la libertad y los derechos del hombre.» ¿Pero no son segun Hellwald productos del mecanismo natural? Y en este caso no son precisamente ni mentiras ni verdades, sino hechos inevitables de la dependencia causal de las cosas; un error necesario naturalmente sería un hierro de madera. Tampoco podríamos equivocarnos, si nuestros pensamientos fuesen tan sólo un proceso de desarrollo lógico de las ideas, si únicamente consideráramos el movimiento espontáneo de las nociones y si, por lo tanto, tuviéramos el saber absoluto como quería Hegel. Pero el movimiento espontáneo no pertenece á categorías, sino á las fuerzas vivas individuales, y la *suidad* (*das Selbst*) no puede explicarse ni por el encadenamiento de las cosas ni por los pensamientos, pues se refiere á sí frente á ellas, siendo sólo posible y real por un acto voluntario propio.

Pero el *yo* existe. El único hecho primitivo que conocemos es nuestra conciencia; sólo en ella sabemos de otros. Y la *suidad* no puede ser hecha de fuera, pues esto contradiría á su nocion, segun la cual tiene que comprenderse por fuerza y

existencia propias internas, alcanzando de esta manera el sér por sí, el manifestarse como yo; ningun otro puede pensar y querer por mí, es preciso que yo mismo lo haga; hecho por otros ó creado por Dios yo no sería yo, porque no puedo serlo en tanto que no me determine como tal.

Es error, así de la manera usual de considerar las cosas en la vida, como del dogmatismo, suponer que el mundo fenomenal ó coloreado existe completo fuera de nosotros, y que únicamente los percibimos á la manera que un espejo las imágenes; pera la luz y el sonido son sensaciones nuestras, son actos de la vida de un sér que existe y siente por sí, á los cuales es con todo excitado, pero que se originan en él, que no existen fuera de él: esto enseñan de comun acuerdo el idealismo filosófico y las ciencias naturales de nuestros dias. Para explicar nuestro mundo interior, nuestras representaciones y sensaciones, recurrimos — atendiendo á nuestras leyes lógicas de la causalidad — á causas externas á nosotros que toman parte en aquéllas; las cosas en sí son en efecto algo cuando las excluimos de nosotros, pues inmediatamente no percibimos más que nuestros estados propios; son cosas pensables, pero no por eso tan sólo algo pensado por nosotros, como quería Fichte, ni incognoscibles como Kant decía; son el antecedente necesario en el pensamiento (*die denknothwendige Vsoraussetzung*) de nuestro mundo pensable, y fijando la ciencia la parte de nuestra subjetividad en el mundo fenomenal, el resto queda para la objetividad de las cosas; los físicos la designan como átomos y sus movimientos; ondas de los átomos del éter, de magnitud, velocidad y vibración determinadas, llegan á nuestro ojo y excitan en nosotros la sensación de la luz, del color rojo ó del verde; las ondulaciones del aire se convierten por medio del oído en sensaciones sonoras. Las cosas en sí son fuerzas, de lo contrario no podrían actuar sobre nosotros dándose su existencia á conocer precisamente en las relaciones que tienen tanto en sí como con nosotros.

Fuera de nosotros existen átomos y fuerzas con sus combinaciones y movimientos regulados, pero como un mundo mudo y oscuro; sus vibraciones tropiezan con séres que existen por sí, ú organismos, los cuales forman con aquéllos un

mundo de luz y de sonidos, de sabores y de olores, el mundo fenomenal, resultado de la acción mútua entre nuestros sentidos y nuestra inteligencia y las cosas; y esto, sentido interiormente, percibido, lo referimos á las cosas en sí que en nosotros lo originaron, que nos dieron el impulso necesario y hablamos del oro amarillo y sonoro, del vino dulce y de la rosa roja y odorífera.

Nosotros significamos y comprendemos el mundo desde nosotros mismos. Por el grito que nos hace proferir una sensación juzgamos el estado moral de los hombres y animales, que nos hacen oír un sonido análogo; las actitudes y gesticulaciones de los demás nos hablan, porque recordamos el estado moral en que tomábamos la misma posición ó el objeto con que ejecutábamos análogos movimientos. De este modo nos sentimos en las cosas, tomando sus formas por el expresivo aspecto de sus estados interiores y de sus fuerzas formadoras. A la manera que nosotros obramos conforme á nuestros instintos y representaciones, que nuestra voluntad produce los pensamientos, que nuestro humor es llevado y expresado por el odio ó el amor, explican los fenómenos naturales el sentido pueril y la mitología. Simpatías ó antipatías aproximan ó separan las cosas, espíritus presiden al brotar de las fuentes y al crecimiento de las plantas como fuerzas impulsoras, y si los astros siguen sus órbitas fijas es porque inteligencias superiores ó dioses, que reinan majestuosamente en el cielo y obran desde allí sobre la tierra, empujan los luminosos cuerpos celestes. Por medio de su propia entidad espiritual cree el hombre poder entrar en relaciones con ellos y hacérselos propicios. El acaso y el milagro se burlan de la ley, los demonios ocupan el sitio de las fuerzas naturales, los magos el lugar de los investigadores, y la creencia en la brujería coloca en el universo la quimera del espectro del diablo.

Así sucedió hasta el fin de la Edad Media. Sólo hace algunos siglos que ha empezado una nueva época en el desarrollo de la humanidad. En el lugar que ocuparan aquellos espíritus y sus sentimientos y voluntades, encuéntrase hoy las leyes naturales con su fatalidad, el mecanismo de la presión y del impulso, la multiplicidad de formas del movimiento de los

átomos y la metamorfosis de la fuerza. Los anteriores ensayos, encaminados á explicar naturalmente la naturaleza, permanecieron aislados; el genio de Galileo y de Newton hizo nacer la nueva concepcion del mundo, que nuestro tiempo lleva á la conciencia popular. No se quiere ya fantasear sobre la realidad, sino observarla; se le dirige una pregunta por vía de ensayo, y se espera á ver si la contesta; se quieren dominar las fuerzas de las cosas, haciéndolas obrar segun sus propias leyes para los fines humanos. La necesidad ideal de las matemáticas, de esa ciencia creada por fuerza intelectual, que encadena y demuestra por estrictas deducciones sus verdades dependientes de sí mismas, sustituye á los espíritus especiales á que se atribuía lo significativo, lo armónico, lo conducente de los fenómenos. La actualidad ve lo divino en el orden natural y en su no interrumpida dependencia de causas y efectos sometidos á leyes fijas, y no en su quebrantamiento por los milagros, por las causas exteriores á la naturaleza.

Una bola impulsada rueda primero con rapidez, luégo lentamente, y finalmente se pára; asimismo nos fatigamos nosotros al andar y al correr, no podemos ir más allá y necesitamos reposo; esto enseña la vista, eso nos dice nuestra conciencia y eso fué tomado por la manera de ser del movimiento. Pero Galileo probó que la bola rueda con tanta mayor regularidad y tanto más tiempo cuanto más liso es el suelo, que sólo la resistencia de otros cuerpos la paraliza por el roce y la vuelve gradualmente al reposo. Halló la ley fundamental de la física: todo cuerpo permanece en su estado de movimiento ó reposo miéntras otras fuerzas no actúen sobre él. Y esto no dice otra cosa que lo expresado en la primera ley racional de la lógica: $A=A$, todo sér es igual á sí mismo. Nuestro tiempo, añade, que no se pierde ni desaparece, el movimiento que cesa por la resistencia del roce; los cuerpos frotados se calientan y el calor es movimiento sensible, una vibracion de las partículas materiales; y si la bola se enfría como tambien las piedras rozadas en su camino, esto depende de que su movimiento calorífero se comunica á los cuerpos inmediatos.

Si una pluma y una piedra caen á un mismo tiempo de una torre, la piedra reposa há tiempo en el suelo cuando la pluma

viene á reunírsele; el cuerpo denso, pesado, parece caer con mayor rapidez que el ligero y poco denso. Galileo demostró que ambas tienen que vencer la resistencia del aire, y que en el vacío caen con igual rapidez; pero la velocidad es tanto mayor cuanto más se aproximan á la tierra. Por la observacion y la experiencia halla el investigador que un cuerpo corre 15 piés en el primer segundo, 45 en el siguiente y 75 en el tercero; en dos segundos desciende $15+45=60$, en tres $60+75=135$ piés; en cada segundo corre dos unidades de espacio más que en el anterior, y por lo tanto, en el segundo, tercero, cuarto y quinto camina 3, 5, 7 y 9 veces 15 piés respectivamente. Si se suman los espacios recorridos se verá que el grave recorre en dos segundos 4 veces 15 piés, en tres 9 y en cuatro 16 veces el mismo espacio; es decir, que en cada unidad de tiempo corre dos unidades de espacio más que en la anterior, siendo los espacios recorridos en diversos tiempos desde el principio directamente proporcionales al cuadrado de los tiempos.

La caída de la piedra depende de la atraccion de la tierra que obra sin interrupcion; continuando la piedra por sí el movimiento recibido en el primer segundo, y siendo continua la atraccion, tenemos necesariamente la aceleracion citada que el matemático calcula y demuestra, y que el físico halla y confirma. Donde se encuentran la experiencia y la necesidad ideal, allí tenemos la ciencia exacta. Pero sus resultados pueden tambien deducirse lógicamente. Una fuerza que obre de continuo debe necesariamente producir un efecto creciente, puesto que en la segunda unidad de tiempo se encuentra ya la velocidad comunicada al cuerpo en la primera, sumándose por lo tanto la nueva velocidad con la ya adquirida. Lo que el cuerpo recorra ménos de $7\frac{1}{2}$ piés en el primer medio segundo, tendrá que andar de más en la otra mitad; su velocidad média sería de 13 piés, es decir, el número intermedio entre 0 y 30; siendo 30 su velocidad final si el movimiento fuese uniforme, en el segundo siguiente correría 30 piés, ó sea doble que en el primero; pero como la atraccion continúa actuando lo mismo que en el primero, cae en el segundo $30+15=45=3\times 15$ piés. Su velocidad final ha crecido tam-

bien no sólo 13 piés como en el primer segundo, sino 30, siendo por lo tanto de 60, de modo que en el tercer segundo, aumentando 15 piés, es de $75=5\times 15$. El grave ha recorrido, pues, en un segundo 15 piés, en dos ($2\times 2=4$) 4×15 , en tres ($3\times 3=9$) 9×15 . Que los cuerpos caen 15 piés por segundo en la superficie de la tierra sólo lo podía enseñar la experiencia, sucediendo otra cosa en el sol ó en la luna; pero que los espacios recorridos sean proporcionales á los cuadrados de los tiempos, se deduce con necesidad lógica de la noción de la fuerza de acción continua y del movimiento acelerado que resulta.

Los movimientos en el mismo sentido se suman; en dirección opuesta se paralizan mutuamente, obteniendo nosotros el resultado si restamos el más débil del más intenso. Ambas conclusiones nos son dichas por la razón y confirmadas por la experiencia en la naturaleza. Si arrojamos una piedra desde una torre, aquélla se sostiene mientras la fuerza del brazo basta á vencer la resistencia del aire; pero no por eso cae sólo entonces rápidamente á tierra, sino que la atracción de ésta obra continuamente sobre aquélla; en cada instante está á tanta distancia como la ha llevado la fuerza impulsora, y tan baja cuanto la atrae la gravedad; se inclina formando una línea curva, una parábola. Primero anda con más rapidez y luego desciende más aprisa, porque el movimiento de descenso se acelera, y el obstáculo que opone el roce dificulta y finalmente paraliza el movimiento de avance. Si las fuerzas motoras tienen una dirección diferente, producen conforme á la razón una línea intermedia en que se deja ver la acción de ambas. Newton sentó esta proposición después de haber Huygens reconocido que la acción es igual á la resistencia: que un objeto opone tanta resistencia como presión ejercemos sobre él; que un caballo es retenido por la carga en la medida de la fuerza que emplea para arrastrarla; que no sólo la tierra atrae á la piedra, sino también ésta á aquélla en proporción de su masa. También esto es puramente lógico. Si la carga no ofreciese resistencia alguna, si no detuviese al caballo, éste no tendría que hacer fuerza alguna; si es más fuerte vencerá la resistencia, pero dará á conocer la fuerza contraria que ésta representa. La mayor predomina tanto más en

su acción cuanto más considerable es su masa ó su magnitud, siendo la atracción más intensa de cerca que de lejos. Hemos visto que la piedra cae con mayor rapidez á medida que se aproxima á la tierra, acelerándose su movimiento de tal modo que las unidades de espacio recorridas son proporcionales á los cuadrados de los tiempos. También esto se deduce necesariamente de la razón pura, puesto que la gravedad obra desde el centro de la tierra en todos sentidos como un foco luminoso que se extiende en superficies esféricas siempre crecientes. De ahí se sigue que repartiéndose la misma cantidad de fuerza en superficies cada vez mayores, deben disminuir sus efectos á medida que se extiende. Las superficies esféricas son proporcionales á los cuadrados de sus radios; esa es la relación de las superficies á las líneas. El cuadrado resulta cuando una línea se eleva sobre sí misma como base de su altura propia. El radio representa la distancia del centro de la fuerza; la atracción y la velocidad de la caída son, pues, tanto mayores cuanto más cerca del centro se halla el cuerpo, siendo ambas proporcionales al cuadrado de la distancia.

Newton descubrió estas proposiciones y fundó sobre ellas una teoría completa del movimiento. Para comprobarla se valió del sistema planetario, colocando la masa solar en el centro, los planetas y la luna con sus magnitudes y distancias en los puntos que la observación y el cálculo habían hallado, y todo lo encontró de la manera exigida. Lo que Kepler había descubierto tenía que ser así. Imaginémonos dos cuerpos de diferente tamaño flotando libremente en el espacio; el menor tendrá que caer sobre el mayor. Y si el primero recibe un impulso, rodará en esta dirección indefinidamente, si la gravedad no le atrajera hacia el centro del mayor. Si ambas fuerzas son iguales y el impulso se aplica en el centro, se conservará el equilibrio, el cuerpo menor girará á una distancia siempre igual del mayor, describiendo en igualdad de tiempo las mismas órbitas alrededor del centro de atracción. Pero si la fuerza impulsora no obró perpendicularmente á la dirección de la atracción, y si no es completamente igual á la velocidad de la caída, determinada por la posición del cuerpo, la línea en que éste se mueva no será un círculo, sino una elipse. El sol se

halla colocado en el foco de una de estas curvas. Los planetas tienen necesariamente que moverse algo más aprisa en las inmediaciones que léjos de él; por esta razon, como Kepler ha demostrado, describen los planetas en igualdad de tiempo los mismos segmentos de elipse; donde la curva es menor y el movimiento más lento, son mayores las distancias del foco y vice-versa. Newton logró tambien demostrar que los cuadrados de los tiempos de revolucion de varios planetas debían ser proporcionados á los de sus ejes máximos, no dependiendo de la estructura, sino de su masa y distancia, que unos planetas se muevan con más ó ménos velocidad. La misma gravitacion que atrae hácia la tierra la manzana del árbol y que levanta el mar hácia la luna, hace girar ésta alrededor de la tierra y ésta en rededor del sol. En esa época precisamente se empezó á poner en duda la exactitud de las leyes de Kepler, pues se hallaban siempre pequeñas diferencias, cuando Newton demostró su necesidad, puesto que todos los cuerpos del sistema planetario obran sobre los demas, debiendo tomarse en consideracion la atraccion de la tierra y de Júpiter, á que ademas de la solar está Marte sometido, para explicar la desviacion observada en su órbita. Las mismas leyes de movimiento que en la tierra, son válidas en todas partes; las estrellas andan como se lo marca el cálculo de las matemáticas, y si se presenta un trastorno, como se observó en nuestro siglo respecto de la órbita de Urano, el astrónomo deduce que se trata de una razon conforme con la ley; la determina por la magnitud de la desviacion á que da lugar en el sistema planetario establecido sin tenerle cuenta, y el telescopio encuentra á Neptuno en el sitio que le corresponde. En lugar de secretas simpatías y antipatías, se verifica la ley igualmente clara de la atraccion, segun las masas; en lugar de los dioses ó de las inteligencias, que empujaban las esferas celestes, se ha colocado el espíritu de la cosa y las sencillas nociones de la extension, peso y movimiento, no siendo los movimientos particulares de los astros una disposicion establecida voluntariamente, sino la manifestacion de una ley natural que expresa el sér de la cosa con necesidad lógica. Por esa razon llegué á decir en mi libro sobre el arte: el descubrimiento de Newton es la más gloriosa con-

firmacion de la idea que las leyes de nuestro pensamiento son al mismo tiempo las del mundo. Y si las formas y categorías de nuestro pensamiento no correspondiesen á las disposiciones y normas de la realidad, si no hubiese ninguna inteligencia en las cosas, y nuestro espíritu no estuviese enlazado en la realidad del mundo, no existiría tampoco ningun conocimiento.

Pero desde ese momento la ciencia de la realidad ocupa el sitio de los mitos y los símbolos, en que la fantasía de los hombres se había imaginado el mundo hasta entónces; el pensamiento de un orden natural inquebrantable pasa de la astronomía al dominio de otras ciencias, á la física, á la química y á la fisiología. Segun las leyes de la atraccion, de la oscilacion del péndulo y del movimiento de las ondas, se investigan así el sonido, la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el cambio de materia entre la naturaleza inorgánica y la orgánica, como la contraccion de los músculos y la corriente de los nervios, persiguiendo el ideal de encontrar aquí tambien la misma necesidad en circunstancias y condiciones diferentes. Hasta donde la investigacion alcanza subsisten idénticos elementos químicos en todos los movimientos fenomenales, y se conserva la misma cantidad de materia, siendo sus componentes los mismos en la tierra que en el sol y otras estrellas fijas, como lo demuestra el análisis expectral. Tampoco se destruye ninguna fuerza ni movimiento alguno, transformándose únicamente, como sucede cuando por frotacion producimos calor; esto mismo no es más que la sensacion de un movimiento interior que dilata los cuerpos. El calor del agua caliente que se evapora está tomado del movimiento del carbono y del oxígeno, que forman una combinacion química en el proceso de la combustion; el movimiento de éstos se transmite á la càldera y vuelve de nuevo á ser movimiento en las ruedas de la máquina que nos conduce velozmente, sin que tampoco se pierda: calentando los rails y el aire, los pone en movimiento ondulatorio. La cantidad de fuerza capaz de actuar permanece siempre la misma, variando sólo las formas en que se presenta. Luz, calor, electricidad, magnetismo y procesos químicos se producen mutuamente, tienen el poder de provocar manifestaciones de los restantes, ya sea que diversas fuerzas se ori-

ginen recíprocamente y que la actividad de una se convierta en un efecto equivalente de la otra, ya que sólo sean manifestaciones de diferentes modos de movimiento. Para las fuerzas que actúan conforme á leyes, y los movimientos, descomposiciones y combinaciones resultantes en los cuerpos vivos, subsiste el mismo orden que en la naturaleza inorgánica.

Y estas sustancias y fuerzas obran y dominan también en el organismo. Respiramos oxígeno y aspiramos ácido carbónico; la combinación de aquél con el carbono produce el calor animal; no podemos formar de la nada la cal para nuestros huesos, el ácido fosfórico de nuestro cerebro y el hierro para nuestra sangre, sino que hemos de tomarlos de la alimentación. La sangre se mueve en nuestras venas como un líquido fuera de nosotros; la corriente eléctrica de nuestros nervios no es otra que la de los hilos telegráficos. Fácil es, pues, tomar toda la vida, incluso la espiritual, la moral, por un mero resultado de las sustancias y fuerzas materiales y de su estrecha dependencia causal, no ver más que efectos de procesos físicos y químicos, y de su curso necesario incluir la misma historia de la humanidad en el mecanismo de la naturaleza y declarar quimeras á todos los ideales. De este modo parece fundado el sistema materialista, y el que sepa que la cultura avanza por extremos y que cada principio nuevo aparece con la pretension de ser el único y de poderlo todo, no se admirará de que se trate hoy de explicar el espíritu por la naturaleza—como ántes la naturaleza por el espíritu,—esforzándose en derivar mecánicamente el pensamiento y la voluntad con toda la esfera de la moral y del derecho, con la artística, la religiosa y la científica, de la conjunción de sustancias y fuerzas ciegas y de sus movimientos y cambios necesarios, y refiriendo el amor y el odio á la atracción y repulsión de los átomos materiales, al modo que ántes se quisieron hacer aquéllas comprensibles por las simpatías y antipatías de un principio anímico existente en la naturaleza.

El ensayo, como tal, está absolutamente justificado, siendo hasta hoy su más completa ejecución el *Systeme de la nature*. Los principios no deben multiplicarse, no siendo precisos dos, cuando uno basta. El mecanismo de la naturaleza es una sólida conquista del pensamiento y la investigación; lo que le

contradiga no puede subsistir, pudiendo sólo contar con el asentimiento la concepción del mundo que le comprenda; pero tampoco es permitido sentar afirmaciones en lugar de pruebas, negar lo que no se deja explicar mecánicamente. Ambas cosas se hacen con demasiada frecuencia, siendo el valor de la frase no ménos dominante entre los materialistas que entre los teólogos conciliadores. Dos cosas nos protegen contra esa pretensión: la fuerza de los hechos y la lógica, la necesidad ideal. Donde ambas se encuentran allí hacemos pié, allí tenemos el punto de apoyo para la palanca ó el de partida para ulteriores conclusiones. Los conocimientos adquiridos por la ciencia exacta son un tesoro pequeño, pero seguro, de la verdad; á él nos asimos con firmeza, y partiendo de él investigamos y deducimos el fundamento y objeto de la vida. ¿Basta el mecanismo natural á explicar el espíritu, la libertad y el mundo moral; se toleran uno á otro ó se contradicen y es preciso sacrificar éstos á aquél? Estas son las grandes cuestiones de la ciencia actual, y la filosofía tiene que ejercer el poder de deslindar territorios, buscando al mismo tiempo la unidad que incluye en sí á lo diferenciado; tiene que llevarlo á la armonía.

Lo sabido inmediatamente somos nosotros mismos, son nuestras observaciones internas, nuestras sensaciones y pensamientos. De ambas distinguimos nuestro yo, lo sensible, lo pensante y activo de su actuar y sentir, teniendo, por lo tanto, inmediatamente en nosotros la categoría de la causalidad, la norma para distinguir los conceptos de causa y efecto. Concebimos nuestro yo como la causa de lo que es por nosotros originado pensando; pero para todo lo que se nos impone sin nuestra cooperación, para nuestras sensaciones, como la de la luz, que no podemos producir voluntariamente de noche, y que hemos de tolerar por el día estando provistos de ojos que ven, suponemos una causa exterior que las produce en nosotros ó, para hablar con más precisión, que las produce de consuno con nosotros. No tenemos percepción inmediata de fuerzas externas á nosotros, pues aquélla sólo nos viene de las modificaciones de nuestro propio estado, el cual tampoco es esplicable hasta que se presupone un mundo exterior, siendo sus fuerzas una deducción racional, constantemente com-

probada por la experiencia. Así sustancia y materia no son algo absolutamente primitivo, sino más bien un fenómeno, una representación que nosotros formamos de las sensaciones, que resultan del choque de las fuerzas exteriores con nuestra fuerza propia. La fuerza es el poder de mostrar actividad, y lo activo mismo, y esto precede á los hechos y manifestaciones, tanto en el mundo de lo inteligible como en el real. En la noción de la fuerza tenemos una base única y general para una concepción del mundo que no encierra contradicción (*eine in sich einige Weltanschauung*); pero el mundo no es una unidad idéntica é indiferenciable (*unterschiedslose Einerleiheit*); para la gran diferencia de lo interior y lo exterior, de lo subjetivo y lo objetivo, del espíritu y la naturaleza, encontramos la misma diferencia en las fuerzas: todas son reales, pero mientras unas carecen de existencia propia (*selbstlos*), otras existen por sí mismas y comprenden su propio ser. Si tropezamos con un muro, decimos que es resistente; llamamos sustancia de las cosas á lo que se nos opone; pero lo que percibimos es únicamente la fuerza que actúa sobre nosotros; es en este caso la repulsión, el obstáculo. Por medio de choques, presión y ondulaciones, es decir, de manifestaciones de la fuerza y movimiento, el mundo es sensible y perceptible para nosotros.

En los tiempos modernos fundó Kant una concepción dinámica de la materia; la determinaba como producto de dos fuerzas distintas en equilibrio, la atracción y la repulsión que hallamos en todas partes. La sola atracción ó sea la centralización, obrando hácia adentro lo haría desaparecer todo en un centro comun; la repulsión ó movimiento dirigido hácia el exterior lo descompondría todo, destruyendo toda consistencia (*würde alles in's Wesenlos zerstreuen*), en ambos casos no sería posible ninguna extensión continua, la cual resulta de que ambas fuerzas obran á un tiempo completándose. Nos atreveríamos á añadir que precisamente la fuerza centrífuga y la atracción reunidas separan el sol y los planetas tanto como los unen, y que hacen girar estos últimos alrededor del primero. Se acostumbra á oponer esta opinión á la atomística y mecánica, que considera la materia como un todo compuesto de pequeñísimas partículas indivisibles: pero solamente su-

poniendo que éstas son masas inertes, cuya fuerza y movimiento vienen del exterior, resulta entre ambas maneras de ver una contradicción imposible de otro modo. Hasta me parece que cada una de las dos necesita de la otra para completarse; pues qué ¿todo átomo no es ya materia? Y ¿por qué el oxígeno, el carbono y el oro han de ser una masa homogénea y no un agregado múltiple (*eine vielgliederte Vereinigung*) de partes iguales entre sí? Ulrici dice con razón: «La noción de todo incluye el constar de partes, y la de parte el no ser ya divisible.» Los cuerpos son divisibles, como demuestra la experiencia, pues se quiebran ó se rompen; pero las unidades de que constan, son como tales partes ó todos.

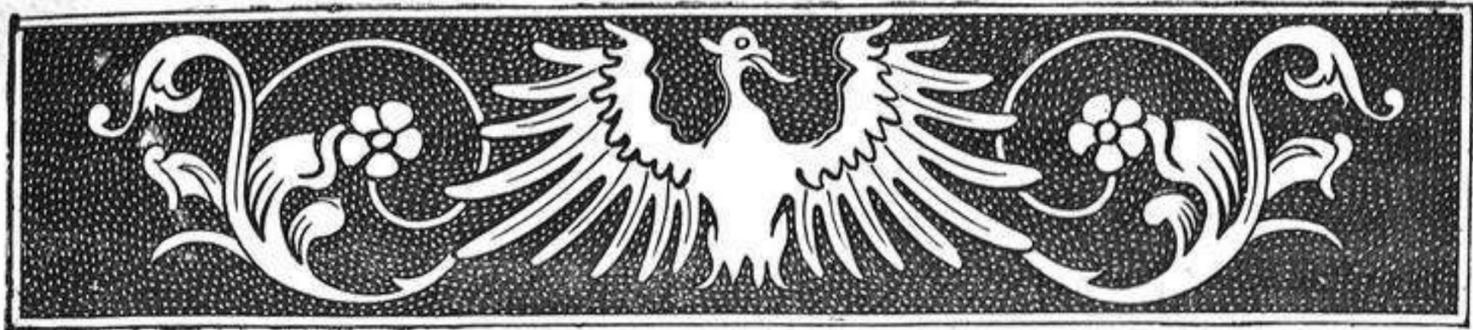
Los químicos y los físicos no pueden dejar de admitir los átomos para explicarse los fenómenos naturales. La teoría de las ondulaciones está firmemente fundada, pero presupone los átomos, siendo estos un momento necesario en la ciencia de las cosas. Todos los alimentos que sirven para formar la sangre, contienen carbono, nitrógeno y los elementos del agua; la cafeína, la estricnina y la quinina se componen precisamente de las mismas cantidades de estas partes, y sin embargo, la primera es un alimento, un terrible veneno la segunda y un medicamento inapreciable contra la fiebre la tercera. Esto se puede comprender, suponiendo que los mismos átomos de aquellas sustancias se unen en una posición y en un orden distintos en cada caso, resultando de este modo formas y acciones del todo diferentes. Todas las partículas de cinabrio contienen azufre y mercurio; estas partículas se llaman moléculas; pero de cada molécula de cinabrio separa el químico azufre y mercurio, cuyas pequeñísimas partes son los átomos. Nadie ha visto ni tocado hasta hoy los átomos, que la razón ha deducido para explicar la naturaleza, como sólidos puntos de partida para la construcción de las manifestaciones de la misma; son un elemento metafísico, suprasensible, admitido por los físicos para comprender lo sensible. Algunos naturalistas de reconocida inteligencia están lejos de considerar los átomos como masas inertes de la menor extensión posible, viendo en ellos centros de fuerza, y derivando de sus atracciones y repulsiones las manifestaciones de la materia. Si

consideramos la fuerza como la sustancia de las cosas, como ya hizo Leibnitz, y si tomamos el todo por un sistema de fuerzas, aquel será activo. Para mí la condicion fundamental de todo lo real es mantenerse diferenciado de todo lo restante. Esto solo es posible oponiendo á todo lo restante una resistencia invencible y demostrando por ende su realidad, rechazando de su propia esfera todo lo restante, no dejando ocupar al mismo tiempo por otro el espacio en que se muestra, y persistiendo en su manera de ser. Cada sér se desarrolla desde su interior, desde un centro, y se mantiene en torno al mismo; es irradiacion del punto central y dependencia del punto central.

Es menester que una vez para todas nos convenzamos de que lo real y existente por sí no es lo general sino lo individual. Las cosas no son productos de nociones generales (el potro no es originado por la especie caballo, sino por un caballo y una yegua), las almas no son manifestaciones en el proceso lógico de las categorías, sino séres aislados; los átomos, las almas, las fuerzas independientes y con existencia propia son lo primitivo. Pero tienen formas comunes de ser y de actuar, segun las cuales nosotros las agrupamos en ideas generales que reconocemos como sus necesarias normas de actividad. Pensar, sentir, querer no son reales por sí, sino los actos de la vida, el actuar de una subjetividad capaz de sentir, querer y pensar; el movimiento presupone un motor ó algo movido. La ley designa la naturaleza persistente de una realidad y de su accion como inconcebible sin un algo, para el cual es ley. Ninguna imposicion extraña rige las cosas, ninguna necesidad exterior impone á las fuerzas acciones determinadas, sino que de las fuerzas mismas se derivan determinados modos de actividad de una manera uniforme. El mundo no se desarrolla partiendo de leyes é ideas, sino de fuerzas individuales; pero su desarrollo tiene formas fijas y se verifica conforme á leyes, siendo el mecanismo de la naturaleza la expresion de las condiciones y consecuencias necesarias á la relacion de las fuerzas atómicas en accion.

(Se concluirá.)





EL AMOR DE LOS AMORES

ó

LA FE CRISTIANA.

COMPOSICION POÉTICA HECHA EN CUATRO HORAS CON MOTIVO DEL RÉGIO ENLACE DE S. M. DON ALFONSO XII CON DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBON.



I.

— *Sine fide non est amor.*
— *Non amat qui in Deum non credit.*

— *Vreus amor, quicumque is est, ex divina fide efflorescit.*

(El amor verdadero, cualquiera que sea, dimana de la fe divina).

Nada de pena ni llanto;
tan sólo quiero narrar
en este mi pobre canto,
el amor más puro y santo
que puede el hombre abrigar.

Canto el amor á mi Dios,
y cantára el de mi Rey
y el de mi patria, y en pos
el que de un sér hace dos
conforme á la sabia ley;

Mas mi musa no se atreve;
y ya que me nuestro aleve,

pues tal empresa arrostré,
ser breve procuraré,
y así siquiera tendré
el mérito... de ser breve.

II.

Ese inmenso anillo de oro
que al universo ilumina;
esa diadema argentina
que sobre el mundo, un tesoro
derrama de luz divina;

Esos refulgentes astros;
esas estrellas brillantes,
que ora fijas, ora errantes,
más blancas son que alabastros,
y más bellas que diamantes;

Y el hermoso cielo azul
en que esos planetas giran;
y las aves que suspiran
y en el espejo se miran
de ese transparente tul;

Y este ameno y fértil suelo,
de agua y de tierra formado,
tan hermoso como el cielo,
de tantos seres poblado,
dicha del hombre y consuelo;

Toda, en fin, esta hermosura,
sol y luna, cielo y tierra,
tanta y tanta criatura,
todo cuanto el orbe encierra,
¿de quién, de quién es hechura?

¿De la materia quizá?
¿del azar?... Yo lo disputo:
¿Con que el hombre morirá
y reducido estará
á la condicion del bruto?...

¿Será, como éste, animal,
y en la vida solamente,
que pasa tan fugazmente,

le sirve el ser *racional*
y *libre* é inteligente?...

Si así es, yo, desde luego,
que profeso otra creencia,
maldigo mi *inteligencia*,
de mi *libertad* reniego,
reniego de mi existencia.

Si es así, yo, á los autores
de esa rara teoría
tan absurda como impía,
oid, oidme, señores,
por favor, les rogaría.

Si del acaso salió
todo cuanto tiene nombre;
si Dios jamás existió;
si el hombre engendró á otro hombre,
¿quién al primero engendró?

Si Dioses os proclamais,
y si espíritu celeste
la humana razon Hamais,
¿por qué, por qué no creais
otro mundo como este?

Creo que atraerme os cuadre
á vósotros; si es así,
¿por qué no dais vida al padre,
á la idolatrada madre
y á los hijos que perdí?...

Si el egoismo os cegó,
¿por qué no volveis la vida
á la persona querida
que la guadaña homicida
de los brazos os quitó?...

¡Incrédulos, os callais!...
¿á mi ruego enmudeceis?...
¿porqué los labios sellais?...
¡Ah, sí, porque, aunque querais,
convencerme no podeis!...

No hareis tal milagro, nó;
porque, aunque sois *racionales*,
(si la *razon* no os dejó),
al cabo sois tan mortales
como todos... como yo!...



Deponed, pues, la altivez,
dejad ese orgullo nécio
que no comprendo, ¡pardiez!
y que altamente desprecio
al ver vuestra pequeñez.

Pues si sólo sois materia
sin espíritu inmortal,
como un sér *irracional*
á quien venden en la feria
por un pequeño caudal;

Cuando llegueis á perder
esta vida baladí,
(¡mal que os pese, así ha de ser!),
cuenta que os han de roer
los gusanos... como á mí!...

Y que despues de gozar,
(ó más bien, de padecer),
instantes que han de pasar
para nunca más volver,
ni un átomo ha de quedar
de vuestro mezquino sér!

Pero no, no, ¡voto á briós!
no cometais tal pecado,
y decid conmigo: ¡Oh Dios,
vos sólo sois, solo vós,
el Autor de lo creado!

Infinitamente bueno,
pío, sabio, omnipotente,
de gracia y virtudes lleno,
único que entre la gente
salió de virginal seno!

«Cuando ver la luz quisísteis,
y un pesebre preferísteis
para vuestro hogar y templo,
á los hombres digno ejemplo
de sin par humildad disteis!

Los reyes dictan sus leyes
en magníficos palacios,
y Vos, ¡oh Rey de los reyes!
allí regís los espacios,
allí gobernais las greyes!...»

Vos me habeis dado la vida

y unos padres, que no vi,
há tiempo, dejando herida
mi alma asaz dolorida
por la dicha que perdí!..

Pues bien; ¡oh Dios de clemencia!
cuando apagueis mi existencia,
ya que la debo perder,
dejad que en vuestra presencia
otra vez los vuelva á ver!..

Desde niño me enseñaron
á creer, y creo, en Vos;
por la senda me guiaron
de la virtud, y mandaron
que confiara en mi Dios.

Y en Vos creo, en Vos confío,
porque si en Vos no creyera,
está vida pasagera,
llena de abrojos, Dios mio,
mil veces la maldijera!

O si no, la adoraría,
porque tambien tiene flores,
y en una noche de orgía,
entre placeres y amores,
dulce fin á ella pondría.

Mas no haré tal, porque espero
en otra vida mejor;
dulce esperanza que quiero
conservar; sin ella muero;
¡no me la quiteis, Señor!...

Tan siquiera este placer
grande, celestial, divino,
dejádmelo poseer,
y marchar por el camino
del honor y del deber;

Para que en el valle eterno
donde el mal no se conoce,
de vuestra presencia goce,
y nunca mi alma se roce
con las que van al Infierno!..

Mas... dejadme preguntar,
si no os habeis de enojar:
¿por qué me disteis la vida

y una familia querida
si ambas me habeis de quitar?..

Si es muy triste no nacer
y el mundo no conocer,
mucho peor es vivir
y gozar ese placer,
para enseguida morir!..

Pero no, no, yo os bendigo!..
el pensarlo me enloquece!..
yo no sé lo que me digo!..
¡no me impongais el castigo
que mi osadía merece!

Porque el amor, la creencia
que me inspirais, gran Señor,
es el consuelo mayor
de la pena y el dolor
que acibaran la existencia!..

Vos me habeis dado además
una patria, la *española*,
la que yo venero más,
porque se basta á sí sola
para no envidiar jamás!..

Envidiada en todas partes,
y asombro de las naciones
por sus ínclitos varones
en ciencias, industria y artes,
por sus gloriosos pendones;

Por su valor y nobleza,
por su virtud y riqueza,
por ser mansion de placeres,
y por la sin par belleza
de sus graciosas mujeres...!

Vale mi nacion por tres;
modelo es de sabias leyes
la patria de Hernan Cortés,
En una palabra, es
la de los *Alforzados reyes*!..

Al *presente*, Dios amado,
ya que acierto le habeis dado
para elegir por esposa
á una infanta tan hermosa
cual de virtudes dechado,

Dádselo, Señor, tambien,
para que la España rija
como buen padre á su hija,
para que el mal no le aflija,
para que sea un eden;

Para que cuente la historia
y los niños, de memoria
digan:—«*Nadie desconoce
que el reinado de más gloria
fué el de Don Alfonso Doce!* (1)

Madrid y Enero de 1878.

LUIS CORTÉS Y SUAÑA.

(1) En vez de *duodécimo*; permítase al autor esta licencia poética.





LA LIBERTAD DE LA CIENCIA

EN EL ESTADO MODERNO.

(Conclusion.)

La historia de la ciencia ofrece numerosos ejemplos que nos llevan siempre y aún más y mejor á las mismas conclusiones. Debemos limitar, pues, en el más extricto sentido, el alcance de nuestros teoremas al campo sobre que hemos podido efectivamente comprobarlos y no debemos generalizar, por vía de induccion teorías que están comprobadas á lo más, en algunos casos. En ningun caso ha sido mayor la necesidad de esta reserva que en el terreno de la embriología. El problema de la formacion de los primeros séres orgánicos, cuestion que sirve de base al darwinismo avanzado, es uno de los más antiguos problemas que el hombre ha planteado. ¿Quién ha buscado por primera vez una solucion, cualquiera que ésta fuera? Es cosa que no se sabe. Pero si consideramos las antiguas teorías, segun las que todos los séres vivos posibles, plantas y animales, podian nacer de un puñado de tierra, habremos de recordar al mismo tiempo que la famosa teoría de la *generatio æquivoca*, de la epigenesis, está extrictamente ligada con aquéllas, y por tanto, existe miles de años hace. Con el darwinismo la cuestion de la generacion espontánea se ha vuelto á poner sobre el tapete; no puedo negar que hay algo seductor en coronar de este modo la teoría de la descendencia, y despues de haber establecido toda la serie de las formas vitales desde los

protistas más inferiores hasta el organismo humano, relacionarlos en último análisis con el mundo inorgánico. Depende esto de la tendencia á la generalización tan humana, que en todas las épocas desde los tiempos más lejanos ha ocupado un lugar importante en las especulaciones de todos los pueblos. Incontestablemente experimentamos la necesidad de no separar el mundo orgánico como un reino distinto del resto del Universo, sino ántes por el contrario, nos sentimos impulsados á afirmar el lazo que le une al gran Todo. En este sentido encontramos ciertas satisfacciones en admitir que el grupo de átomos, carbono y Compañía (expresión tal vez demasiado atrevida, pero exacta en tanto que el carbono representa el principal papel), se haya separado en un momento dado del carbono ordinario, y en determinadas circunstancias haya dado origen al primer plastídulo y que esto suceda hoy mismo. Sin embargo, es preciso observar en oposición á lo precedente, que nuestro conocimiento científico real de los fenómenos vitales lo hemos alcanzado por un camino completamente distinto. Nuestro conocimiento real y efectivo del desarrollo de los organismos superiores data del día en que Harvey formuló la celebre proposición *Omme vivum ex ovo*. Esta proposición, según ahora sabemos, es inexacta en su generalidad. Hoy no podemos considerarla como firmemente establecida. Conocemos, por el contrario, una multitud de generaciones que se realizan sin el intermedio de un huevo. Desde Harvey hasta nuestro ilustre amigo Siebold que nos ha revelado por completo la partenogénesis, hay una serie completa de restricciones cada vez mayores que muestran que la proposición *Omme vivum ex ovo* no es exacta en su generalidad. Sin embargo, sería dar una prueba de la mayor ingratitud, no reconocer en esta proposición opuesta por Harvey á la antigua *generatio æquivoca*, el mayor progreso de la ciencia por este camino. Después se ha llegado á conocer una numerosa serie de nuevas formas de reproducción de las diferentes especies de seres vivos, la segmentación directa, la gemación y la generación alternante. Todas estas formas de generación con la partenogénesis, son otras conquistas que nos han obligado á abandonar la idea de un esquema único para la generación de

los individuos orgánicos. En lugar de la fórmula unitaria se han establecido varias fórmulas ofrecidas por la experiencia. En el momento presente no tenemos una fórmula única que nos permita explicar de una vez para siempre, á cualquiera, cómo comienza un nuevo animal vivo.

La *generatio æquivoca* tantas veces combatida y refutada, continúa, sin embargo, frente á nosotros. No se conoce, es verdad, *un solo hecho positivo* que permita afirmar que una sola vez siquiera se ha verificado una generacion espontánea, que una inorgánica, ni aún de la Sociedad carbono y Compañía, se haya transformado nunca en masa orgánica. No obstante confieso, que si *se propone* uno imaginar de qué modo el primer sér orgánico ha tenido origen, no hay otro medio que apelar de nuevo á la generacion espontánea. ¡El caso es evidente! Si no quiero admitir una teoría de la creacion, si no quiero creer que haya habido un creador especial que habiendo cogido un puñado de tierra lo ha animado con un soplo vivificante, si en este cáos pretendo hacerme un *versículo*, debo recurrir á la generacion espontánea. *Testimu non datur*. Una vez dicho: «no admito la creacion pero quiero una explicacion» nos hallamos en la primera tesis; pero es preciso llegar á la conclusion y añadir: «*Ergo* admito la generacion espontánea.» Mas no tenemos por esto ninguna prueba positiva. Nadie ha presenciado la generacion espontánea, los que dicen lo contrario son refutados por los científicos y no por los teólogos.

Señores, he citado este ejemplo para poner de relieve nuestra imparcialidad, lo que algunas veces es muy necesario. En nosotros y entre nosotros hallamos siempre cuanto es necesario para combatir aserciones injustificadas.

Digo, pues, que debo reconocer el valor teórico de una fórmula de este género. Cuando se *desea tener una fórmula*, cuando se dice: «tengo absoluta necesidad de una fórmula, debo darme cuenta y quiero formarme una idea del conjunto de las cosas,» es necesario optar entre la generacion espontánea y la creacion; no existe una tercera alternativa; francamente hablando, se debe confesar que los científicos podrian tener alguna preferencia por la generacion espontánea. Encontrar una prueba sería una gran fortuna.

Mas debemos reconocerlo; la generacion espontánea no está demostrada todavía. Aún faltan pruebas. Si surgiera una demostracion cualquiera, ante ella nos inclinaríamos. Aun en este caso, nos quedaría por determinar los límites en que la generacion espontánea sería admisible. Habriamos de proseguir tranquilamente nuestras investigaciones, pues á nadie puede ocurrírsele que la generacion espontánea sea aplicable al conjunto de todos los séres orgánicos. Por el contrario, tan sólo podría aplicarse á limitado número de séres vivos. Mas creo que aún tenemos tiempo de esperar esta demostracion. Recordando cuán tristemente han hecho *fiasco* en últimos años todas las tentativas de hallar un lugar para la generacion espontánea, entre las formas más elementales del paso del reino inorgánico al reino orgánico, parecerá doblemente peligroso exigir que una teoría tan poco dilucidada sirva de base á todos los conceptos del hombre sobre la vida. Supongo que la historia del Bathybius es bastante conocida de todos los sabios. Con el Bathybius ha desaparecido una vez la esperanza de demostrar la generacion espontánea.

Por tanto, en mi sentir, en este primer punto, respecto al lazo de union entre el reino orgánico y el reino inorgánico debemos reconocer sencillamente que en realidad no sabemos nada.

Nosotros no podemos ofrecer una hipótesis bajo la forma de una certidumbre, un problema bajo la forma de una teoría establecida; tal procedimiento no es admisible. En el desarrollo de las teorías de la evolucion ha sido mucho más seguro, más fructífero dividir parte por parte, la teoría originariamente única; del mismo modo debemos reducirnos al antiguo método analítico para distinguir cuidadosamente, primero los fenómenos orgánicos de los fenómenos inorgánicos, y no confundirlos prematuramente. Nada es tan peligroso, señores, en las ciencias naturales, nada ha comprometido más su marcha y su posicion en la opinion de los pueblos como las síntesis prematuras. Insistiendo sobre este punto, podría demostrar hasta qué extremo nuestro padre Oxen ha desmerecido en la opinion, no sólo de sus contemporáneos, sino tambien de la generacion siguiente, precisamente porque pertenecía al nú-

mero de los que conceden en su sistema un excesivo espacio á la síntesis, mayor aún que á la observacion de un método riguroso. Señores, no desdeñemos el ejemplo dado por la escuela de los filósofos de la naturaleza; no olvidemos que cada vez que una teoría que se presenta como segura, demostrada, aceptable y de una aplicacion general, llega á ser demostrada falsa en sus rasgos capitales ó arbitraria en sus grandes y esenciales direcciones; cada vez, repito, hay una multitud de hombres cuya fe en la ciencia se disipa y destruye. Entónces comienzan las objeciones: «Vosotros no estais seguros de vosotros mismos; vuestras teorías son verdad hoy y mentira mañana; ¿cómo os atreveis á exigir que sean el objeto de la instruccion y la base de la concepcion general?» En semejantes enseñanzas descubro que si queremos continuar atrayéndonos la atencion pública debemos combatir en nosotros mismos la tendencia á colocar en primer lugar nuestras hipótesis, construcciones puramente teóricas y especulativas, y abstenernos de querer deducir de ellas la concepcion del universo. Si, como ántes he dicho, es exacto que la semi-ciencia es propia de todos los sabios; si muchos de ellos, aún la mayor parte, sólo son semi-científicos en las ramas accesorias de su propia ciencia; si, como he afirmado despues, el verdadero científico se reconoce en que distingue exactamente los límites de lo que sabe y de lo que no sabe, comprendereis claramente, señores, que debeis, respecto del público, limitar vuestras pretensiones á pedir la introduccion en la enseñanza general de aquello que cada sabio en su camino, en su ciencia puede señalar como la verdad general, admisible para todos.

En esta demarcacion de nuestra ciencia debemos ante todo recordar que las llamadas ordinariamente ciencias naturales se componen, como todas las demás, de tres elementos completamente distintos. Ordinariamente se limita la distineion á separar la ciencia *objetiva* y la ciencia *subjetiva*, miéntras nosotros hallamos además un elemento intermediario, á saber: la *fe*, que existe del mismo modo en la ciencia que en la religion, aunque se aplique á diversos objetos. En mi sentir, es en cierto modo una desgracia que la palabra *fe* haya sido acaparada por la Iglesia de tal modo, que apénas es posible aplicarla á

materias no religiosas sin peligro de no ser entendido. Sin embargo, hay en la ciencia un campo reservado á la fe, campo en el cual el individuo no exige la prueba de la verdad del objeto mostrado, sino que se mantiene en el camino de la pura tradicion, exactamente igual á como sucede en la Iglesia.

Por el contrario, podría hacer notar, y en mi sentir, sin temor de la contradiccion de la Iglesia, que en ella no se enseña sólo la fe. Las teorías religiosas tienen tambien sus aspectos objetivo y subjetivo. Ninguna religion puede ménos de desarrollarse en las tres direcciones designadas: en medio la ancha vía de la fe, á un lado un cierto *quantum* de verdad histórica objetiva, del otro una série variable de conceptos subjetivos, frecuentemente muy fantásticos. Bajo este punto de vista las teorías religiosas y las científicas son iguales. Esto depende de que el espíritu humano es simple y en último análisis sigue el mismo método en todas las regiones abiertas á su actividad. Pero en cada momento se debe estar exactamente informado sobre la extension efectiva de los tres elementos de cada cuerpo. En materia religiosa (donde es más fácil la demostracion) hallamos el dogma particular, lo que se llama la fe positiva, de la que no tengo necesidad de hablar. Mas cada Iglesia tiene además su contingente histórico particular. Así dice: tal cosa se ha realizado, se ha producido tal suceso. Esta verdad histórica no es comunicada simplemente por revelacion, sino que aparece bajo el aspecto de una verdad objetiva con pruebas determinadas. La religion cristiana es respecto de este punto como la turca, judía ó budista.

Por el otro extremo hallamos la otra fase, el ala izquierda en donde en cierto modo se despliega el subjetivismo; allí es donde se agitan los ensueños de cada cual, las visiones, las alucinaciones de los individuos. Cierta religion los provoca mediante drogas particulares, otra por el ayuno, etc. Así se establecen corrientes subjetivas, individuales, que de vez en cuando llegan á ocupar un lugar como fenómenos completamente independientes al lado del dawinio hasta entónces propio de la Iglesia, y en otras ocasiones son rechazadas como heréticas y bastante á menudo se mezclan con los dogmas de la Iglesia reconocida.

Todo esto se halla tambien en las ciencias naturales. Aquí tambien tenemos la corriente del dogma y las corrientes de las teorías objetivas y subjetivas. Tambien el nuestro es complicado y difícil. En primer lugar nos esforzamos en disminuir y restringir la corriente dogmática. El objeto principal á que se encamina la ciencia hace muchos siglos es reforzar más y mejor el lado derecho, la parte conservadora. Aquella parte que acumula *los hechos ciertos con la plena conciencia de las pruebas que considera la experiencia como la más elevada forma de la prueba*, que forma el tesoro particular de las ciencias, esta parte se agranda y crece cada dia á expensas de la corriente dogmática. En efecto, si nos limitamos á considerar las conquistas de la ciencia desde el fin del siglo anterior, hallaremos que se ha realizado una increíble revolucion.

En ninguna parte es la verdad de esta observacion tan evidente como en la medicina; porque ésta es la única ciencia que tiene una historia no interrumpida desde tres mil años há próximamente. Nosotros los médicos somos en cierto modo los patriarcas de la ciencia, en tanto que hemos mantenido durante más largo tiempo la corriente dogmática. Y ha sido tan fuerte, que hasta el final de la Edad Media la Iglesia católica la admitía en su seno y el pagano Galeno aparecía ante la mente de los hombres como un padre de la Iglesia; sí, si leemos los poemas de los primeros tiempos de la Edad Media lo hallaremos á menudo representado en la posicion de un santo personaje. El dogma médico se ha perpetuado hasta los tiempos de la reforma. Al mismo tiempo que Lutero se han presentado Vesalio y Parascelso; ellos han comenzado las grandes tentativas para restringir el dogma; ellos han clavado los primeros pilones del dique y han reducido la corriente dogmática á un arroyuelo. Desde el siglo xvi hasta nosotros ha disminuido más y más y ha convertido en un hilo de agua para uso de los terapéuticos.

¡Sic transit gloria mundi! Hace treinta años se hablaba todavía del método hipocrático como de algo tan elevado, tan importante que no podía imaginarse nada más sagrado. Hoy dia se debe decir que este método se halla reducido á su más simple espresion. Por lo ménos es usar de una excesiva corte-

sía y benevolencia el decir que un clínico obra todavía como Hipócrates. En efecto, si se compara la medicina de hoy día con la medicina de 1800 (por casualidad el año 1800 es un punto de division muy importante en esta ciencia) se halla que se ha transformado completamente en el curso de estos setenta últimos años. Entonces fué cuando bajo la impresion de la revolucion francesa se formó la gran escuela de París, y es justo rendir homenaje al génio de nuestros vecinos que se han hallado en ocasion de establecer de un solo empuje las bases de una ciencia completamente nueva. Si vemos hoy día á la medicina acelerar más y más su marcha en el sentido de la ciencia objetiva, no debemos olvidar nunca que los franceses han abierto el camino en esta época como habían hecho los alemanes en la Edad Media.

Mediante el ejemplo de la medicina me propongo mostrar brevemente de qué modo los métodos y el tesoro científico se transforman. Estoy convencido de que en la medicina sólo quedará al final de este siglo una cañería de arcilla por la que podrán escurrirse las últimas gotas de la corriente dogmática. Por lo demás esa corriente objetiva habrá reemplazado verosímilmente á la corriente dogmática.

Tal vez esta subsiste al lado de la otra; tal vez tambien más de un ingenio se mece en sus hermosos ensueños. El campo de los hechos objetivos en medicina, aunque se ha extendido considerablemente, deja todavía á su lado tan gran número de terrenos accesorios que cualquiera que tenga gran tendencia á la especulacion hallará seguramente y en cada momento numerosas ocasiones de satisfacer su aficion. Hay muchos libros que no hubieran podido escribirse si se vieran reducidos á ocuparse de las cosas objetivas. Pero la necesidad subjetiva es tan poderosa todavía, que creo poder afirmar que podría anularse la mitad de nuestra literatura médica actual sin que resultase inconveniente para la parte objetiva de la ciencia.

En la enseñanza no podemos, segun mi opinion, considerar este aspecto subjetivo como el objeto esencial de la ciencia. En la actualidad formo parte del grupo de profesores más antiguos de medicina; enseñé mi ciencia desde hace treinta años, y puedo decir que en estos treinta años me he esforzado, tra-

bajando honradamente en alejar y extinguir el elemento subjetivo y en reforzar más y mejor la corriente objetiva. Sin embargo, reconozco que me es imposible sustraerme por completo al imperio de las consideraciones subjetivas. Todos los años me apercibo que aún en los mismos puntos en que me juzgaba libre, he conservado un gran número de ideas subjetivas. No mantengo la pretension sobrehumana de que cada cual manifieste sus ideas sin ninguna mezcla subjetiva; pero afirmo que debemos proponernos como principal objeto de nuestros esfuerzos ofrecer en primera línea la ciencia objetiva, y si no vamos más allá, decir cada vez á nuestros discípulos: «esta es mi opinion, mi idea, mi teoría, mi especulacion.»

Esta conducta, por lo demás, sólo podemos seguirla con los ingenios cultos y ya desarrollados. Es imposible transportar el mismo método á la escuela popular; no podemos decir á los campesinos: «esto es un hecho, se sabe positivamente; esto otro sólo se puede suponer.» Por el contrario, lo que se sabe y lo que se supone se confunden de tal modo en un sólo todo, que el elemento hipotético aparece como principal en tanto que ocupa un segundo término el conocimiento real. Nosotros que llevamos la ciencia, que vivimos en la ciencia, tenemos el deber, más imperioso para nosotros que para nadie, de guardarnos de meter en la cabeza de los hombres (é insisto particularmente sobre este punto), en la cabeza de los maestros de escuela lo que en nosotros sólo se halla en estado de suposición. Esto no obstante, sería inconveniente, cuando no imposible, mostrar sólo los hechos como material bruto. Es necesario disponerlos en cierto orden. Pero no debemos estender esta ordenacion más allá de los límites de lo estrictamente necesario.

He aquí una objecion que podría dirigirse á Naegeli por ejemplo.

En su discurso, Naegeli ha tratado, por cierto con mucha frescura y como lo vereis al leerlo, de un modo muy filosófico, la difícil cuestion que se habia propuesto. A pesar de todo ha dado un paso que considero extraordinariamente peligroso. En otra discusion ha repetido lo que se había hecho en pro de la generacion espontánea. Exige no sólo que el cam-

po de los asuntos psíquicos se extienda hasta los animales y las plantas, sino que también en último análisis pasemos del reino orgánico al reino inorgánico con todas nuestras ideas sobre la naturaleza de los fenómenos espirituales. Este método de pensar, que está representado por grandes filósofos, es asimismo muy natural. Cuando se quiere establecer el lazo de unión entre los fenómenos psíquicos y los demás fenómenos del universo, sucede por necesidad que se comienza por atribuir á los animales más inferiores las facultades psíquicas que se hallan en el hombre y en los vertebrados superiores; después se hace gracia á las plantas de un alma; la célula siente y piensa, y por fin, se hallan transiciones para llegar hasta los átomos que se odian ó se adoran unos á otros, que huyen entre sí ó se buscan. Todo esto es muy lindo, muy curioso y tal vez también muy verdadero. *Puede ser verdadero.* ¿Pero tenemos realmente necesidad, existe una necesidad científica y positiva de extender el campo de los fenómenos psíquicos por fuera del círculo de los cuerpos en que se encuentran realmente? No me opongo á que los átomos de carbono tengan también su alma ó que puedan adquirirla por su alianza con la sociedad plastídula; pero no comprendo *en qué podríamos reconocer que efectivamente es así.* Es un simple juego de palabras. El conceder que la atracción y la repulsión son fenómenos espirituales, psíquicos, es simplemente arrojar á Psique por la ventana á la calle, porque deja de ser ella misma. Se puede acabar por explicar químicamente los fenómenos del espíritu humano; pero por de pronto, en mi sentir, no debemos proponernos confundir estos dos campos. Antes por el contrario, nuestra misión es fijar rigurosamente el límite que los separa. He considerado siempre muy importante que no se comenzase por buscar las *transiciones* del reino orgánico al reino inorgánico y que se hicieran observaciones sobre su *contraste*; del mismo modo pretendo que es la única conducta provechosa; y tengo la profunda convicción que podemos adelantar un poco si no limitamos el campo de los fenómenos espirituales al lugar mismo en que hallamos efectivamente fenómenos de este género, si no nos abstenemos de *suponer* su existencia donde su existencia es *posible*, pero donde no percibi-

mos ningun fenómeno visible, auditivo ó sensible que pueda considerarse como correspondiente á aquella categoría. Está fuera de duda para nosotros que la suma de fenómenos psíquicos ofrecidos por ciertos animales no se halla de nuevo por completo en el conjunto de los seres orgánicos, ni aún en todos los animales; es este un punto que afirmo sin temor. Actualmente no tenemos razon alguna para atribuir á los animales más inferiores facultades psíquicas; sólo las hallamos en los animales superiores y aún en cierto modo sólo en los que son completamente superiores.

Confesaré de buena gana que se pueden hallar ciertas gradaciones, ciertas transiciones graduales, ciertos puntos por donde se pasa de los fenómenos espirituales á los fenómenos de naturaleza física propiamente dicha. No pretendo en modo alguno que sea para siempre imposible reunir en una misma categoría los fenómenos psíquicos y los físicos. Tan sólo digo que no tenemos razon alguna, *por el momento*, de erigir en realidad científica la posibilidad de aquella reunion; y me opongo resueltamente á que en este sentido se apliquen prematuramente nuestras doctrinas y que de nuevo se ofrezca en el primer término de la enseñanza una investigacion cuya vaciedad ha sido frecuentemente demostrada. Nos toca distinguir cuidadosamente entre la *enseñanza* y la *investigacion*. Lo que investigamos son problemas. No tenemos necesidad reservarlos para nosotros; podemos comunicarlos al mundo y exclamar: Hé aquí el problema que intentamos resolver del mismo modo que Colon, que al partir para el descubrimiento de las indias, no hizo de ello misterio; mas acabó por descubrir la América en vez de las Indias. Tambien nosotros partimos para descubrir ciertas proposiciones que suponemos verdaderas y por fin nos encontramos con algo completamente distinto y en que no habíamos pensado. La investigacion de tales problemas, en los que puede tomar interés la nacion entera, no puede ser prohibida á nadie. En esto consiste la *libertad de la investigacion*. Pero el problema no debe ser objeto de la enseñanza. Cuando nos sentamos en la cátedra, debemos mantenernos en las regiones estrechas y á la vez bastante extensas que poseemos real y efectivamente.

Señores, imponiéndonos á nosotros mismos esta reserva y proclamándola á la faz del mundo, estoy convencido que podremos sostener victoriosamente la lucha con nuestros adversarios; toda tentativa de transformar un problema dudoso en proposición cierta, de proponer nuestras hipótesis como bases de la enseñanza, y particularmente la tentativa de desposeer á la Iglesia y sustituir su dogma con una religion de la descendencia, son tentativas condenadas á desgraciado éxito, y su descalabro llevaría consigo los mayores peligros para la posición de la ciencia en general.

Por tanto, señores, moderémonos, ejercitémonos en la reserva, demos siempre como problemas, los problemas, aún aquéllos que más interesan, repitamos cien veces si es preciso, no considereis tal proposición como una verdad inconcusa, esperad saber que podría ser de otro modo; nosotros en el momento presente abrigamos tan sólo el pensamiento de que *podría ser así*.

Añadiré además un ejemplo para aclarar mi pensamiento. En el momento presente hay pocos naturalistas que dejen de admitir que el hombre se refiere al conjunto del reino animal, y que si no por medio de los monos, existe tal vez otro punto como hoy día piensa C. Vogt por donde sería posible establecer aquella relación.

Reconozco frecuentemente que este es uno de la *desiderata* de la ciencia. Estoy completamente preparado para ello y no experimentaré ni espanto ni admiración si llegase á ser demostrado que el hombre tiene un precursor entre los vertebrados. Todos sabéis que ahora trabajo con predilección particular la antropología precisamente. Sin embargo debo declarar que cada uno de los adelantos positivos que hemos alcanzado en el campo de la antropología prehistórica nos ha alejado más y más de la prueba de aquel parentesco, En este momento la antropología estudia el problema del hombre fósil. Nos encontramos todavía en el hombre del *período actual de creación* de la época cuaternaria; en la que Cuvier afirmaba calorosamente que aún no existía el hombre. En nuestros días la existencia del hombre cuaternario es un hecho generalmente aceptado. No es ya un problema sino un hecho verdaderamente

científico. Por el contrario, la existencia del hombre terciario es cuestionable y constituye además un problema que está materialmente puesto á discusión. Poseemos ciertos objetos sobre los que se discute para saber si pueden ser considerados como prueba de la existencia del hombre en la época terciaria. No establecemos conjeturas sobre este punto, sino discutimos sobre cosas de terminadas para averiguar si puede juzgarse por ellas de la presencia del hombre. Según se estimen ó no estas pruebas objetivas, materiales, como suficientes, se resuelve la cuestión por la afirmativa ó por la negativa. Hasta hombres reueltamente religiosos como el abate Bourgeois están convencidos de que el hombre ha vivido en la época terciaria y para ellos el hombre terciario es una fórmula realmente establecida. Por lo que respecta á nosotros, da un carácter más crítico; el hombre terciario es todavía un problema, más debemos reconocer al mismo tiempo que es un problema maduro, ya para la discusión.

Provisionalmente nos atenemos al hombre cuaternario que verdaderamente hallamos en la realidad. Si estudiamos el hombre cuaternario fósil que debiera acercarse más á nuestros primeros antepasados en la serie descendiente ó mejor ascendiente, hallamos, sin embargo, un hombre como nosotros.

Hace poco más de diez años, si se encontraba un cráneo en la turba, en las estaciones lacustres ó en las antiguas cavernas, se creía reconocer en él caracteres singulares, atestiguando cierto estado salvaje incompletamente desarrollado. Faltaba poco para hallarle los aires de un mono. Mas todo esto se ha disipado gradualmente. Los antiguos trogloditas, los habitantes de los palafitos, los hombres de la turba se nos ofrecen hoy como una sociedad y compañía del todo respetable. Tienen la cabeza de tal tamaño, que muchos individuos actualmente vivos se juzgarían dichosos de tener la suya semejante.

Nuestros colegas franceses han aventurado la consideración de que no se debía fiar mucho en las hipótesis basadas en las dimensiones que aquellos cráneos, que podría muy bien suceder que no contuvieran sólo sustancia nérvea; que los cerebros tuvieran en otro tiempo más tejido intersticial que en la actualidad, y que, á pesar del tamaño del cráneo, la sustancia

nervea se hubiera mantenido en un estado de inferior desarrollo. Mas esto sólo se ha dicho en conversacion amistosa y para tranquilizar un tanto los espíritus miedosos. En suma, debemos reconocer que ninguno de los tipos fósiles ofrece realmente el carácter marcado de un inferior desarrollo. Es más, si comparamos el conjunto de los fósiles humanos hasta hoy conocidos con lo que nos muestra la época actual, podemos pretender audazmente que entre los hombres vivos en la actualidad se hallan individuos realmente inferiores en mayor número que entre los fósiles en cuestion. No me atrevo á suponer que sean los grandes genios de la época cuaternaria los únicos que hayan alcanzado la felicidad de ser conservados hasta nosotros. Ordinariamente se induce de la disposicion de un sólo objeto fósil la de la mayoría de los demás no hallados todavía. No obstante, no quiero proceder de este modo. No pretendo que la raza entera fuese tan hermosa como la minoría cuyos cráneos poseemos. Mas debo decir que no se ha encontrado nunca un cráneo fósil de mono ó de hombre-mono que haya pertenecido efectivamente á ningun hombre. Cada progreso realizado materialmente en la discusion nos ha alejado constantemente de la solucion propuesta. Por el momento no se puede renunciar á la suposicion de que existe tal vez un punto particular sobre la tierra en que haya existido el hombre terciario. Esto sería tan posible como el descubrimiento notable que se ha hecho durante estos últimos años en la América del Norte de los antepasados fósiles del caballo, precisamente en comarcas donde el caballo ha desaparecido por completo desde hace mucho tiempo. Cuando se descubrió la América, el caballo no existía allí, ni siquiera en los parajes donde han vivido sus antepasados. Del mismo modo pudiera haber existido el hombre terciario en la Groelandia ó en Lemuria y podría ser hallado tambien en otra parte á una profundidad cualquiera.

Pero en cuanto á los hechos positivos, debemos reconocer que subsiste todavía una línea de demarcacion resueltamente trazada entre el hombre y el mono. *No podemos enseñar, no podemos considerar como un hecho conquistado por la ciencia que el hombre desciende del mono ó cualquiera otro animal.*

Tan sólo podemos establecer esta proposición, citar el carácter de proposición problemática, siquiera ofrezca una cierta probabilidad.

Las experiencias del pasado debieran habernos enseñado que nos hallamos en el deber de no sacar inútilmente consecuencias prematuras y de no ceder á la tentación. Esta es, señores, la mayor dificultad de todo sabio que habla en público. Cuando se habla y se escribe para el público se debería, en mi sentir y precisamente hoy día, examinar maduramente, en cuanto interviene la verdad realmente científica, en lo que se dice ó se escribe. Se debería procurar, tanto como fuera posible, imprimir en caracteres distintos ó en nota todos los desarrollos puramente inductivos, todas las conclusiones simplemente analógicas y no dejar en el texto más que la verdad realmente objetiva. Entónces, señores, llegaríamos á adquirir un número siempre creciente de partidarios y colaboradores. El público ilustrado nos ayudará más y de modo más fructífero como ya ha sucedido en la mayor parte de las ciencias naturales. De otra manera, señores, temo que exajeremos nuestras fuerzas.

El viejo Bacon ha dicho con razon: *Stientia ut potentia*. Pero él ha definido también la ciencia, y la ciencia en que él pensaba y á que él se refería no era la ciencia especulativa, la ciencia de los problemas; sino la ciencia objetiva, la ciencia de los hechos.

Señores, juzgo que usariamos mal nuestro poder y comprometeríamos nuestras fuerzas si en la enseñanza no nos encerramos en el terreno perfectamente sólido, claramente definido en que todo es cierto.

Desde allí podremos como investigadores hacer correrías al país de los problemas, y estoy seguro que cada tentativa de estas encontrará entónces la seguridad y los auxilios necesarios.

R. VIRCHOW.

Profesor de la Universidad de Berlin,





LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES.

APUNTES CRÍTICOS.

EL que acostumbrado á visitar exposiciones de Bellas Artes fuera de España recorre alguna de las que entre nosotros se celebran, recibe al pronto una impresion agradable que suele trocarse muy luego por otra ménos favorable. Esto depende principalmente de que nuestros artistas son ante todo coloristas; la vista se ve halagada por cierta igualdad en el modo de comprender la entonacion, y con frecuencia por una brillantez que no es general en los artistas de otros países, al ménos en el grado que lo es en los nuestros. Pero cuando se trata de profundizar qué es lo que hay detras de aquella brillante corteza, es harto frecuente hallar una desilusion, un desencanto, tanto más doloroso cuanto mayor haya sido lo agradable de la primera impresion. Y es que, pródigamente dotados por la naturaleza, es muy frecuente el que nos valgamos de lo que naturalmente tenemos para no cuidarnos de alcanzar aquellas cualidades que no se obtienen más que á fuerza de estudio meditado y de profunda observacion. El dibujo es poco cultivado por nuestros artistas; aún lo son ménos las reglas de la composicion, para ser casi nula la aplicacion de los fenómenos psicológicos y morales que suponen una observacion sagaz y paciente del natu-

ral en lo que tiene de interno. Lo contrario sucede en otras partes; es poco frecuente tropezar con coloristas, ménos frecuente que entre nosotros; pero en cambio lo es mucho más encontrar cuadros pensados detenidamente, compuestos con arte y dibujados con firmeza. Y créanlo nuestros artistas; cuando el color no sirve más que para encubrir la falta de otras cualidades, el color, léjos de ser un bien, es un gran mal; y así como puede haber y hay, sin duda alguna, obras pictóricas en gran número que, careciendo de la belleza del colorido, conmueven y arrebatan, no hay ninguna que pueda pretender general admiracion si detras de una brillante capa de color no se encuentran más que figuras desdibujadas y fisonomías mudas. La falta de elevacion casi siempre, y cuando no la incompleta manifestacion del pensamiento, son faltas frecuentísimas en nuestros pintores. Preciso es confesar que la enseñanza de las Bellas artes no es suficiente en España; los jóvenes artistas suelen salir de nuestras academias sin tener sino una base incompletísima, sobre la cual es punto ménos que imposible que puedan descansar los cimientos de una reputacion artística merecida. Esto hace casi siempre que, cuadros de un asunto meditado, poético, elevado, no exciten en el público el sentimiento de admiracion á que tal vez hubieran sido acreedores si el pintor hubiera sabido presentarlos con las condiciones, sin las cuales una obra artística no puede tener más que una vida efímera; las pasiones del momento pasan, y lo que ayer era admirado ruidosamente hoy duerme en el olvido. Esto mismo hace en algun modo la defensa de los artistas; la excesiva impresionabilidad de nuestro público, que no sabe más que admirar ó despreciar, sin término medio, y que generalmente se prenda de lo brillante para despreciar lo noble, lo bueno, si no le es simpático á primera vista, cosa que desgraciadamente sucede con frecuencia, explican si no disculpan, el que los artistas traten de seguir la corriente de la moda; pero el artista que valiéndose de este pretexto se convierte en cortesano del público, desconoce la elevada mision que está llamado á cumplir; él es el que debe educar al público en vez de adularle; él es el que debe despertar en todos los sentimientos delicados, los elevados pensamientos, tal vez adormecidos por las pasiones

poco nobles, por los apetitos malsanos que son nuestro ali-
ciente continuo, si ya no están asfixiados por el deletéreo am-
biente que respiramos.

¿Intenta la generalidad de nuestros artistas elevarse á la
altura de esa civilizadora mision? Una visita á la Exposicion
inaugurada pocos dias hace, y el recuerdo de lo que han sido
las anteriores bastarán, creo yo, para que se decidan todos por
la negativa; claro es que por muy motivada que esta sea, hay
honrosísimas excepciones que señalar; hablamos de los artis-
tas en general, y es preciso confesar que las excepciones, aun-
que existen, son cortas en número; algunos intentan cumplir
su cometido, pero desgraciadamente casi ninguno de estos dis-
pone de los medios suficientes para poderlo hacer con prove-
cho; de poco sirve tener un elevado pensamiento, si trasla-
dado al lienzo resulta una cosa informe y ridícula, por haberse
negado la mano, poco educada, á trazar con claridad y arte la
idea que nació en la imaginacion del artista. Si el pintor, el
poeta, el orador, cualquier artista en una palabra, han de lle-
var el convencimiento al ánimo, es preciso que sepan cap-
tarse la atencion del público por medio del arte y de la verdad
reunidos, que no hay arte donde no hay verdad. Pues bien,
para esto es preciso tener una sólida educacion, una observa-
cion constante y reflexiva de la naturaleza, y una idea clara y
precisa de la belleza. Tal vez el medio ambiente en que vivi-
mos se oponga á la eflorescencia de estas cualidades; no estoy
léjos de atribuir gran parte del mal á esta causa, tanto más,
cuanto que hemos visto siempre, y vemos hoy mismo, la supe-
rioridad por que se distinguen las obras de los que han tenido
la suerte de poder producir en otros países; ¡pero de qué nos
sirve que nuestros pensionados en Roma, por ejemplo, nos
prueben de lo que son capaces, si terminados los cortos años
en que gozan de su pension vuelven á perder entre nosotros
la sávia que consiguieron adquirir fuera de su país! ¡Cuántas
esperanzas no han hecho concebir en otras épocas nuestros
pensionados, y qué pocos han sabido, no digo progresar, sino
ni conservar siquiera las cualidades que en ellos admirábamos,
una vez reintegrados á su pátria! De todos modos, es evidente
que si nuestra patria ha producido artistas que han sabido ha-

cerse admirar sin reserva dentro y fuera de España, á Roma lo debemos en gran parte; allí se hizo Rosales, allí se hizo Fortuny; esto solo habla bien alto en favor de nuestra academia de Roma, tan para nuestra honra restablecida pocos años hace por uno de los hombres más ilustres de nuestro país.

Pero ya es hora de que nos ocupemos de la actual Exposición; ella nos ha dictado las ligeras y mal perjeñadas observaciones que preceden; á ella sobre todo se refieren.

Si tratamos de clasificar los géneros admitidos segun la importancia y el número de las obras que á cada uno de ellos pertenecen, entre las que componen el certámen de este año figurará en primer término el género histórico, é inmediatamente despues el paisaje. En tercer lugar figurará el género *anecdótico* (denominacion que si no es todo lo exacta que fuera de desear, dice algo más que la de *género*, con que generalmente se denominan las obras que á él pertenecen); los cuadros de perspectiva vienen despues, dejando el último lugar á los retratos y á la naturaleza muerta.

Este es el órden que deberíamos seguir en nuestro exámen; pero es tanta la intimidad que hay entre los cuadros de figura á cualquier género que puedan pertenecer, que no nos ha parecido conveniente introducir en ellos soluciones de continuidad que se hubieran llenado con el paisaje y la perspectiva; nos ocuparemos, pues, de estos dos géneros despues de pasar en revista todos los de figura, dejando para lo último la naturaleza muerta.

GÉNERO HISTÓRICO.

El cuadro histórico más importante de este año es sin duda alguna el del Sr. Pradilla, pensionado de España en Roma desde hace tres años, y cuyo último envío es el que figura en la Exposición. Precedido de universales hiperbólicas alabanzas, de esas que se prodigan tan fácilmente á la primera obra notable de un artista y que tanto se escatiman á las siguientes, por buenas que sean, el cuadro de Pradilla tenía que ser muy bueno si había de satisfacer las esperanzas de los que, sin haberlo visto, oían resonar por todas partes el eco de tamaños

elogios ; afortunadamente el cuadro cumple lo que prometía su fama. Como no pienso detenerme más que delante de las obras que indisputablemente me parezcan dignas de exámen, no extrañaré el que me ocupe con mucha detencion de algunas de ellas, miéntras tan sólo diré unas cuantas palabras de otras ; el cuadro de Pradilla, merece cual ninguno, un detenido exámen, pero debo advertir que lo voy á juzgar como crítico y no como poeta, puesto que por malos de mis pecados, soy lo primero, aunque indigno, y no lo segundo.

El cuadro que nos ocupa (núm. 300) retraza un episodio del viaje de doña Juana la Loca conduciendo el cadáver de su marido á Granada. En medio de un camino, y sobre una parihuela que ocupa el centro del cuadro, descansa el rico féretro que contiene los restos mortales de D. Felipe el Hermoso ; dos velas casi acabándose tratan de luchar, aunque en vano, contra la blanca luz de la mañana ; á un lado del féretro una dama sentada, con un libro de rezo en la mano, en el cual no lee ; á su izquierda un fraile arrodillado orando. Al otro lado del féretro, en el lugar más aparente del cuadro, en pié, vestida con trage de terciopelo negro y raso morado, la reina contempla tristemente la caja que encierra, con los restos de su esposo, toda su felicidad y hasta su juicio... Detras de la reina una hoguera encendida á cuyo alrededor están colocadas varias damas sentadas en diversas actitudes, unas durmiendo, otras mirando con aire compasivo á la reina. Detras de las damas grupos de nobles y prelados, y por fin, en lontananza, á la izquierda, el resto de la comitiva describiendo una elegante línea en silueta sobre un cielo anubarrado y triste, que ilumina la escena con su fria luz ; el fondo es un paisaje sencillo y tratado con sobriedad, pero acertadísimo ; á lo lejos, á la derecha, unas construcciones ; la columna de humo que despide la hoguera, empujada por el viento, envuelve á su paso varias figuras y aventaja notablemente á la de la reina, á la cual sirve en parte de fondo. Este cuadro se hace desde luego simpático por el asunto, admirablemente elegido para conmover al espectador ; la perfecta armonía que existe entre lo triste de la escena, la desnudez del paisaje que le sirve de fondo y la luz que lo ilumina, todo esto contribuye tanto ó más al efecto que

causa, como puede contribuir su acertada y pintoresca composición, su armoniosa entonación y la firmeza y sobriedad del dibujo. ¿Cómo no se han de perdonar, en medio de tantas bellezas, los defectos que indudablemente tiene el cuadro? Pero aunque estos sean pocos y muy excusables, preciso es indicarlos, con tanto más motivo, cuanto que ninguno de ellos puede comprometer la obra. Por de pronto la mayor parte de las figuras están poco modeladas; no tienen, á mi juicio, todo el vigor y el relieve todo que deberían tener; la figura de la reina, la más importante sin duda alguna, no cae bien de aplomo; para razonar esa postura tan apartada de la vertical, hubiera sido preciso indicar por medio de un movimiento del vestido, que una de las piernas hacía el oficio de puntal al resto del cuerpo, y no sucede así; el grupo de prelados y nobles del fondo del cuadro, junto al árbol, resulta algo pesado por exceso de figuras; si estas fueran ménos se verían trozos de cielo entre las restantes que aligerarían considerablemente este grupo. Todos estos defectos son de muy poca monta y están sobradísimamente compensados por las relevantes bellezas que abundan en el cuadro; más grave es el defecto que vamos á apuntar, y éste es tanto más sensible cuanto que no existiría si el Sr. Pradilla hubiera sido tan sóbrio con la pluma al explicar su cuadro como lo ha sido con la paleta al pintarlo. Y aquí me he de permitir con este motivo una ligera digresión. ¿Qué utilidad sacan los artistas de esas relaciones tan largas que algunos se creen obligados á poner como de comentario á sus cuadros? Si no es más que el gusto de darnos una leccioncita de historia de cualquier parte ó de ilustrarnos con algun trozo de romance ó drama, la cosa es pueril por demas, áun suponiendo que nos dijeran con eso alguna novedad, que es mucho suponer; si el artista se inspirara en algun hecho histórico desconocido y de que él hubiera tenido noticia por la lectura de algun recóndito manuscrito, comprendería la cita y hasta sería muy de agradecer, puesto que si nó tal vez nadie comprendiera el asunto del cuadro; pero cuando vemos que los artistas toman sus asuntos de libros tan vulgares como una historia de España cualquiera, ó del *Romancero*, en verdad que es suponer en el público una dósis

de ignorancia crasísima el propinarles la cita *in extenso* como vemos que se repite con mucha frecuencia. Esto sin contar con que esas relaciones no aumentan valor alguno al cuadro si es bueno, y hasta le pueden perjudicar á veces, como sucede en el caso que motiva estas observaciones; y si el cuadro es malo, entónces sí que decididamente le perjudica, incitando en gran manera al escarnio y dando armas á la crítica más despiadada. Darian, creo yo, una prueba de buen gusto los artistas si prescindieran de esa rutina, que no es otra cosa, y sobre todo en los cuadros históricos; que al fin se comprendería á veces que lo necesitara uno del género anecdótico, y sin embargo estos no lo tienen nunca; en suma, cualquiera que sea el asunto de un cuadro, si el pintor ha conseguido por los medios artísticos de que dispone hacerse comprender, para nada le sirve la explicacion; si no lo ha conseguido, que no se canse en enmendarlo por medios ajenos al arte; sería en vano.

Volvamos á Doña Juana la Loca; su autor precisa en el catálogo su asunto de tal suerte, nos dice de una manera tan terminante lo que ha querido hacer, que con eso se ha privado de la libertad que Horacio reconoce á los artistas, libertad que aún conservan, aunque no tan amplia. Según el Sr. Pradilla, la comitiva que conducía el cadáver del rey viajaba de noche y descansaba de dia en el sitio más á propósito que encontraba; pero una vez, al entrar en un convento para pasar en él el dia, se apercibió la reina de que el monasterio era de religiosas; esto bastó para excitar sus celos hasta el punto de no querer demorar un momento más entre las monjas; dió orden á su séquito para que se trasladara el cadáver al aire libre, y allí se dispusieron á pasar las horas de descanso. Este es el momento escogido por el artista; pues bien, el efecto que hace su cuadro á cuantos lo ven por primera vez, es que la comitiva ha pasado allí la noche y se dispone á emprender de nuevo la marcha; nadie busca allí su sitio, todos parecen estar en posesion del que ocupan desde hace mucho tiempo; y los que están en movimiento, allá á lo léjos, están ordenados ya para la marcha; si acabaran de llegar seguramenté que todos se hubieran desbandado en busca del sitio más á propósito para descansar;

las hachas que alumbran el féretro están acabándose; la dama sentada junto al fraile arrodillado está cansada ya de leer en el libro que tiene medio cerrado en la mano, y mira á la reina como si esperara la órden de ponerse en marcha... Repito que esta censura dejaría de ser justa si Pradilla se hubiera contentado con poner una línea ó dos de título á su cuadro; esto prueba que en nada desmerece éste por ello; el catálogo desaparecerá en pasando la oportunidad, y el cuadro de Pradilla quedará con todas sus bellezas y sin que nadie se preocupe de la importuna cita con que le ha querido exornar su autor. Éste ha conseguido con su cuadro ponerse á la cabeza de cuantos artistas están representados en el certámen, y lo ha conseguido sin gran esfuerzo, favorecido en gran parte por la indiferencia ó la desidia del que parecía mejor dotado para disputarle la palma; si el Sr. Pradilla tiene la suficiente energía para seguir el rumbo que le traza su *Doña Juana la Loca*, con facilidad podrá conquistar de una manera definitiva el centro que dejó caer de su mano el gran Rosales al bajar tan prematuramente al sepulcro; tan sólo necesita para eso adquirir la habilidad de ejecucion y lo apurado del modelado que creo no ha llegado á poseer aún en la medida que se puede exigir para que sus figuras tengan la vida y el relieve apetecibles.

Hemos aludido poco hace á un artista perfectamente dotado para pretender con éxito al honor de sustituir á Rosales; todos habrán adivinado que me refería á D. Emilio Sala. Siendo todavía casi un niño, presentó este artista su cuadro del *Príncipe de Viana*, lleno de defectos á la verdad, desproporcionado y poco castigado de dibujo, pero grande de promesas para el porvenir por la valentía de ejecucion y la brillantez de color que en su jóven autor revelaba. Desde entónces, Sala ha producido mucho, y ha probado que podian no ser vanas las esperanzas concebidas; pero los años van trascurriendo, dos exposiciones han pasado desde entónces sin que Sala haya dado indicios de quererse elevar á la altura que le estaba reservada; hoy nos presenta la serie de *panneaux* decorativos que pintó para la Cantina Americana, demostrando con esto que se tiene en muy poco, ó que rinde admiracion más que exagerada á las producciones de su pincel; los lienzos en cuestion, buenos,

buenísimos para decorar las paredes de un establecimiento público, son indignos de figurar en una Exposicion, tanto por los asuntos como por la manera de estar presentados y pintados. Otro cuadro tiene Sala en la actual exposicion, que sin ser una novedad para nadie, puesto que ha estado expuesto al público desde que se pintó, es, sin embargo, de suma importancia; su título: *Guillen de Vinatea delante de Alfonso IV, haciéndole revocar un contrafuero* (núm. 345), y felicitamos agradecidos al Sr. Sala por no haber aprovechado tan plausible motivo para propinarnos un par de páginas de la historia de Aragon. A pesar de sus reducidas dimensiones, creo que este cuadro merece ocupar, y ocupa sin duda alguna, el segundo lugar entre los de su género. De correcto y firme dibujo, compuesto con arte brillantísimo, de color, aventaja á los demas cuadros históricos, más que por todo esto, por la habilísima ejecucion que ostenta. Por lo demás, el cuadro está léjos de ser perfecto; tiene defectos, y defectos no insignificantes; así por ejemplo, sobra un buen trozo de fondo entre Vinatea y sus compañeros; si el artista hubiera traído más á la derecha la puerta, la unidad del cuadro sería mucho más completa; otro defecto encuentro, y es que salvo Vinatea y el rey, los demás personajes no están en la accion, sobre todo las damas, que no se han ocupado más que de la postura que debian adoptar para que su hermosura resaltara más; á la verdad, son muy bonitas y están colocadas de una manera muy coqueta, resultando que componen el grupo más elegante y fino del cuadro, y aquel en que más ha lucido el artista su pasmosa ejecucion; pero si las damas son guapas ¡Dios mio, qué feos son los hombres, y sobre todo qué narigudos! El que ménos da punto y raya en esto al escudero del Caballero de los Espejos; esos señores son ademas ordinarios á cual más, empezando por los protagonistas; de éstos hemos dicho que hacían excepcion á la indiferencia con que los demas miran la escena, y es verdad; erguido y noble Vinatea, fija su severa mirada en el rey, el cual, á su vez, en una postura llena de expresion y movimiento y con su mirada entre airada y extrañada, indica bien los distintos movimientos internos que le causa la interpelacion atrevida que le dirigen. Como expresion,

estas dos figuras no tienen tal vez rivales en ninguno de los otros cuadros del certámen, y cuenta que es este el escollo mayor de la pintura, la última palabra; el artista que sabe expresar, exteriorizándolos, los movimientos del alma, prueba que para él no puede tener grandes dificultades el arte. Pues bien, si con estas cualidades consiguiera el Sr. Sala elevarse un poco, dedicándose á hacer á conciencia una obra de Exposición, yo creo que no sería fácil luchar con él; ahora mismo tiene este artista una ocasión de dedicarse durante algunos años al cultivo del arte por el arte; abierto está el concurso trienal para cubrir las plazas de pensionados en Roma, y el Sr. Sala no tiene más que llegar, ver y vencer., y esto lo sabe él demasiado; como pintor joven y que no ha sido aún pensionado, puede pretender una plaza de número, y si no quiere esto, como pintor de reconocido mérito y de reputación bien establecida, pocos ó ninguno será capaz de disputarle una plaza de mérito. Si Sala se decidiera á seguir nuestro consejo, creo que ganaría mucho en nombre, y muchísimo el arte español.

Los demás cuadros históricos son inferiores á los dos que hemos estudiado ya; algunos son, sin embargo, notables y merecen que nos ocupemos de ellos siquiera sea brevemente. El más importante por el asunto y por el tamaño es el *Origen de la República romana* (núm. 275), por D. Casto Plasencia, pensionado en Roma como Pradilla. Plasencia ha comprendido su asunto como hubiera podido hacerlo un discípulo de David; este modo de presentarnos la escena es anacrónico, defecto grande para una obra de arte y mucho más cuando no está compensado por grandes cualidades; el cuadro de Plasencia tiene algunas; hay animación y movimiento en aquel grupo de ciudadanos que juran vengar la honra y la vida de Lucrecia; algunos están apuntados con gran firmeza y acierto, por ejemplo el que, casi vuelto de espaldas, ocupa el centro del cuadro, que es vigoroso y proporcionado; pero el grupo principal es poco feliz, y sobre todo la obra en conjunto es pobre de ejecución y de modelado y el color terroso y monótono. Al ver este cuadro cree uno comprender que el artista lo ha hecho á disgusto, y nada más que para cumplir un artículo del reglamento de pensionados; así se explicaría la ejecución

torpe y pobrísima de casi todas las figuras, y un sin número de descuidos que afean notablemente la obra.

Mucho más pensado y mejor ejecutado, si bien á la verdad más fácil sin comparacion, es el cuadro de Ferrant, pensionado de mérito. Representa, no el *entierro*, sino la *extraccion del cadáver de San Sebastian, de la cloaca Massima*; la entonacion de este cuadro es agradable, pero fria; la luz cenital que ilumina la escena contribuye sin duda alguna á este efecto; hay que señalar un desnivel grandísimo entre los dos grupos que componen el cuadro, unidos por una figura cuyo único papel es de servir como de guion entre ellos; miéntras el grupo de la derecha, el principal, está bien compuesto, dibujado con maestría y hábilmente modelado, el de mujeres, de la izquierda, es pobre, desdibujado y mal compuesto; la mujer arrodillada, más que esto parece una enana en pié; Lucina tambien es desgraciada de proporciones, siendo mejor sin duda la figura que vigila al pié de la escalera, á pesar de ser mucho ménos importante. En suma, el cuadro de Ferrant es una obra hecha á conciencia, que prueba lo que su autor ha adelantado durante su estancia en Roma, pero que hace presumir tambien que ha llegado á la plena madurez de su talento, y que ya no podemos esperar de él grandes adelantos; deseo vivamente equivocarme en esta apreciacion.

El Sr. Martinez Cubells presenta un cuadro de grandes dimensiones, cuyo título es la *Educacion del príncipe D. Juan*, hijo de los Reyes Católicos; importante por su tamaño, lo es ménos por el asunto, que parece no debía ser tratado en dimensiones tan grandes; este cuadro es el primero de composicion que su autor presenta, y como tal merece ser mirado con indulgencia, tanto más cuanto que su autor anuncia en él una noble emulacion, siempre muy digna de aplauso; bien sabido es que el Sr. Martinez Cubells era y es restaurador, y restaurador de indisputable mérito: esto lo probó en la restauracion acertadísima del *San Antonio* de Murillo, y hoy mismo lo demuestra en su notabilísimo traslado á lienzo de las pinturas murales con que en sus ratos de ocio adornaba Goya las paredes de su quinta, junto al Manzanares: lo que es cuestionable es si las tales pinturas merecían el trabajo de ha-

cerlas pasar á la posteridad. Pues bien, Martinez Cubells no se contenta con ser el primer restaurador de España; quiere además conquistar un puesto honroso é importante entre los pintores contemporáneos, y me parece que lo va consiguiendo, por más que su cuadro sea muy defectuoso; su mayor falta es que se ve en él mucho más la paleta que el artista; la composición es rebuscada y muy igual de líneas; el dibujo poco esmerado, y la ejecución fofa é insegura; en ninguna de sus figuras se ven determinados los contornos, y parece que las pinceladas, no teniendo nada que las sujete, pugnan por separarse unas de otras; el color no alcanza á ser tan brillante como sin duda ha querido su autor, en parte por estar repartidos los tonos vivos sin gran preocupacion de la armonía y de la unidad. Debemos esperar que el Sr. Martinez Cubells no se desanimará porque su primer ensayo no haya alcanzado todo el efecto apetecible, y que dentro de tres años veremos una nueva obra suya, de seguro superior á la que hoy nos presenta. Aconsejaríamos al artista que varíe sus modelos un poco más que en esta ocasion, pues de lo contrario resultan extraños parecidos entre príncipes y pajes y entre otras figuras, que no son de muy buen efecto.

El Sr. Villodas, convencido sin duda de que por el camino que parecía querer seguir no se va á ninguna parte, ha tomado una senda más modesta, pero mucho más segura en su obra de este año (núm. 393). Sin ser bueno en todas sus partes, tiene el cuadro figuras muy bien pintadas, como la del cardenal Cisneros, de un carácter y de una expresion dignas de gran elogio; el personaje de primer término á la derecha es tambien bueno de dibujo, aunque toda la figura resulta algo seca; lo demas del cuadro es inferior, y el color sombrío y no muy justo.

Brillante de luz, si bien duro y agrio de color, el cuadro del Sr. Pellicer, *Llegada del cónsul de España á Dizful* (número 279) es sobre todo digno de elogios por lo movido y equilibrado de la composición; es uno de los cuadros mejor dispuestos de la exposicion, con ser uno de los mas difíciles de componer; no saldría tan bien librado su autor si se examinara el detalle del cuadro, que contiene trozos bastante mal dibu-

jados y otros inexplicables, como por ejemplo el toro inmolido, á la derecha, que todo puede ser mejor que una res descuartizada.

En la *Prision de Riego*, de Borrás, notamos apreciables cualidades; la composicion es acertada, y de dibujo, la figura del protagonista es bastante buena; tambien hay expresion en algunas cabezas. El color es pesado y pobre.

El Sr. Nin ha adelantado desde la última exposicion; pero su cuadro *Muerte de Ofelia* está concebido como una escena de drama en un teatro de tercer órden; la luz está mal distribuida, y el cuadro resulta desentonado á fuerza de colorines.

Tampoco ha estado feliz el Sr. Beulliure en su *Escena del Gólgota*, vulgar de composicion y de un asunto á todas luces superior á las fuerzas del artista. Los demas cuadros históricos son inferiores; los hay de artistas ya conocidos y alguno de verdadera reputacion; por eso mismo prefiero no hablar de ellos.

Si comparamos los cuadros históricos de este año en conjunto con los de la pasada exposicion, vemos un adelanto grandísimo; esto debido principalmente, como ya habrán observado nuestros lectores, á nuestros pensionados en Roma, y en parte tambien á un mayor grado de sensatez en los no pensionados; no se ven este año aquellos telones desafortadamente embadurnados con colorines que tanto daño hacían á la vista del que los miraba, y más aún á los cuadros que tenían cerca; por ello nos felicitamos, deseando no se vuelvan á reproducir orgías como las que todos sabemos.

GÉNERO ANECDÓTICO.

El género anecdótico, ó sea el que generalmente se llama, no sé por qué, género *género*, no está tan bien representado este año como el histórico; sin embargo, hay cuadros muy acertados, entre otros, desgraciadamente los más, que no lo están tanto; tambien sucede aquí que hay un término medio entre lo bueno y lo malo, en el cual pueden caber la mitad por lo ménos de las obras que á este grupo pertenecen; si fuéramos á tratar de todos ellos no acabaríamos nunca; tén-

gase por lo tanto en cuenta que sólo vamos á hablar de los seis ú ocho pintores cuyas obras nos parezcan mejores entre todas.

Empezaremos por el Sr. Lizcano, cuyo cuadro es el más importante de los de este grupo, tanto por lo dramático del asunto como por las dimensiones en que está pintado. *Cogida de un diestro* se titula el cuadro; el herido está en el suelo en el callejon de la barrera, asistido por otros dos toreros y por un individuo en traje de paisano; un trozo de plaza lleno de gente sirve de fondo; las figuras principales están bien dibujadas, sobre todo la del herido que está algo escorzada; los trajes de los diestros, pintados con soltura y muy acertados de tonos, hacen resaltar más el defectuoso modelado de las manos, cuya anatomía no se adivina bajo la capa de hinchada carne que las cubre; pero el mayor defecto del cuadro está en el arreglo del grupo, compuesto del herido extendido en medio con un diestro arrodillado á cada lado, estos dos inclinando la cabeza hácia la de aquél; esta igualdad de postura en las dos figuras hace mal, porque el efecto es el de una série de líneas curvas monótonas, que desde luégo llaman la atención del espectador; el alguacil que señala al grupo, en segundo término, está bien, y el fondo muy bien de color, por más que no haya, sobre todo en el tendido, la animacion que debía resultar dada la dramática escena que entre barreras pasa; parecía que todos debían dirigir su atención con vehemencia hácia el grupo de primer término, pero no es así; los que miran, que son unos cuantos, lo hacen como gentes acostumbradas á presenciar tales escenas sin conmoverse. Afortunadamente para el artista, su asunto emociona más á los visitantes de la exposicion que al público por él reproducido; buen cuadro, en suma, muy superior á cuantos conocíamos del señor Lizcano.

De lo dramático pasaremos á lo cómico sin transicion alguna; este es el mundo, y esta es la crítica en materia de cuadros. *Una aventura del Quijote* se titula un saladísimo cuadro debido al pincel del Sr. Moreno Carbonero; la aventura es la que le *sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la Muerte*, y el artista ha sabido tratarla con

gracia y originalidad ; sobre un fondo de paisaje, no muy feliz por cierto, y sobre un cielo azul uniforme más desgraciado aún , se dibujan las figuras que componen el cuadro, dispuestas de esta suerte: D. Quijote á la izquierda, en un término algo lejano ; más allá Sancho remolcando su jumento y dando voces á su amo ; á la derecha, junto al marco, y en la parte más elevada de una desigualdad del terreno, la carreta, de la cual baja la reina ayudada por otro personaje, mientras los demas forman el ala defensiva y ofensiva de que habla Cervantes. Nada más pintoresco que la distribucion de estas figuras, cada una en ademan diverso ; la muerte erguida, extendiendo el brazo hácia D. Quijote ; otro personaje, con los brazos cruzados, le mira con aire provocativo ; otros cogen piedras, todos en posturas muy variadas, muy expresivas, dibujados con gracia y soltura, y, sobre todo, vestidos con mucho acierto, con trages muy adecuados para cómicos de la legua ; D. Quijote, algo caricatura, tiene tambien gracia en su enjuta figura, sobre la triste estampa de Rocinante, y Sancho á lo léjos está muy caracterizado ; por fin, la carreta, con los accesorios que contiene, muy bien apuntada, dibujándose sobre el cielo ; hasta los cardos del primer término están tocados con habilidad ; es lástima que el resto del paisaje, sobre todo el fondo y el cielo, no sean mejores. Pero en cuanto á las figuras, no podía encontrar Cervantes mejor intérprete que el señor Moreno Carbonero, que se ha penetrado bien de toda la gracia que tiene el capítulo en que se ha inspirado, teniendo además la habilidad de saberlo expresar por medio del pincel. Esperemos un digno *pendant* de este saladísimo cuadro para la próxima exposicion.

Inmediatamente detrás de Moreno Carbonero me encuentro en el catálogo á Muñoz Degrain y no le suelto ; este artista no tiene este año más que un cuadro en la exposicion (no cuento el histórico á pesar de su tamaño), pero que brilla por las cualidades de delicadeza y sentimiento que suelen distinguir de las demas á las producciones de este artista original. *Los secuestradores* es el título del cuadro ; en un elegante jardin, y junto á una rica balaustrada adornada con bustos y jarrones que se destacan en silueta sobre un cielo crepuscular, un niño,

rendido por el cansancio, se ha quedado dormido sobre un banco de piedra, dejando sus juguetes esparcidos por el suelo; sin duda no es la primera vez que esto sucede, porque una pareja de prójimos, de malísima catadura, viene provista de una manta y de cuerdas para secuestrar á la inocente y confiada criatura; los secuestradores, que se han descalzado para no despertar á su víctima con el ruido de los pasos, están ya junto al banco, la mujer á los piés con la cuerda, y el hombre preparándose á echar la manta al niño para sofocar sus gritos; pero la llegada de los criminales ha asustado á dos golondrinas que descansaban cerca del banco, y que huyen piando á refugiarse en sitio más seguro. Este incidente tan natural turba á los criminales que se quedan parados, atónitos, mirando volar á los pajarillos; tal efecto hace en las conciencias intranquilas la ocurrencia más sencilla, siendo imprevista. De la ejecución de este lindísimo y sentido cuadro no diremos gran cosa, pues bien sabido es que no es ese el lado favorable al Sr. Muñoz Degrain; este año se ha dedicado á pintar á restregones, de donde podrá resultar tal vez una economía de colores para el artista, pero de donde resulta también que sus figuras no tienen modelado ni relieve alguno. El color es falso, pero simpático y tranquilo, y la disposición del cuadro acertada; es sensible que este precioso cuadro no esté colocado en sitio más á propósito para ser visto con comodidad y á mejor luz.

Vamos á ocuparnos ahora de un pintor cuyas obras son poco conocidas del público español, pero que goza de una reputación bastante grande fuera de España; el Sr. Leon y Escosura es el artista al que nos referimos. Tres cuadros presenta en esta Exposición, y preciso es confesar que no han hecho buena impresión aquí. Esto depende en gran parte del color acaramelado y falso con que están pintados, y de la manera de hacer, nimia y poco franca que los distingue; sin embargo, es preciso convenir en que el Sr. Escosura posee una ejecución habilísima y un dibujo esmerado y correcto cual pocos artistas pueden jactarse entre nosotros; en cuanto á los asuntos predilectos de este autor, tan sólo diremos que están elegidos, ante todo, con el fin de poder lucir en ellos la erudición del artista;

en esto declara Leon Escosura que es discípulo de Gérôme; pero el maestro conserva sobre él una gran superioridad en la eleccion de asuntos, cuidando mucho de que sean interesantes, cuando no dramáticos, que es lo más frecuente; el discípulo del eminente artista francés no se siente, por lo visto, con fuerzas bastantes para imitar al maestro más que en la parte externa, la más fácil, teniendo abundantes modelos como dicen que tiene el Sr. Leon y Escosura, cuyas colecciones de telas, trajes y muebles gozan de una fama universal.

De los tres cuadros de este artista que figuran en la Exposicion, el más importante, á mi juicio el mejor, es el de *Felipe II en Hampton Court*; este cuadro tiene defectos que no tienen los otros dos, pero en cambio hay en él trozos superiormente pintados, y dificultades vencidas que no existen en aquellos. La multitud de objetos, sobre todo de cristal, que adornan las mesas, son de una ejecucion y de una exactitud pasmosas; las figuras están tambien muy bien de ejecucion, siendo muy notable por esto y por la gracia con que están dibujadas y compuestas las de los músicos que ocupan la tribuna. A la verdad para un pintor de pretensiones arqueológicas, no están muy en carácter los reyes; de poco sirve que esten vestidos con exactitud, si tratándose de personajes tan conocidos por admirables retratos contemporáneos, resulta que no se parecen; Felipe II puede pasar, pero María Tudor está completamente desconocida, al ménos si nos guiamos por el retrato suyo que pintó Antonio Moro y se conserva en el Museo del Prado; el cual retrato bien sabido es que fué pintado poco ántes de la boda de la reina de Inglaterra con el príncipe español, es decir, precisamente en la época en que Leon Escosura la ha querido representar.

En la misma sala hay un cuadro del Sr. Peyró, el único que este artista ha expuesto este año. *¡A las armas!* es su título: la escena es animada y bien dispuesta; pero el protagonista adopta una postura exajerada que no hace bien. Por lo demas el cuadro es agradable de color y está bastante apurado de ejecucion sin que haga nimio.

Señalaremos tambien en esta sala dos cuadros anecdóticos del Sr. Beulliure, más felices que su cuadro grande; el mejor

es el *Interior de una posada*, lleno de carácter y expresión, bien compuesto y agradable de entonación, por más que ese color deslabazado y frío del Sr. Beulliure tenga aún más de falso que de agradable; si pudiera conseguir más tono este artista, ganarían mucho sus obras y no se transparentarían sus personajes, como parece que ahora sucede, sobre todo en los cuadros de asunto militar.

Un italiano, el Sr. Branbilla, ha remitido dos preciosos cuadros, reminiscencias de Watteau, muy bien dibujados y ejecutados hábilmente, sobre todo la *Leccion de piano*, que es además el mejor de color y de luz; ¡con qué delicadeza están pintados los muebles, por menudos que sean de detalle! El veladorcito de *Un amargo desengaño*, sobre todo, está tocado con mucho acierto. De color son tristes, parece que el tiempo les ha quitado la brillantez extendiendo sobre ellos una capa de patina; realmente parecen pintados estos cuadros, al pronto, en la época á que aluden.

El Sr. Perez-Rubio está mucho mejor representado este año que el anterior; tiene cuadros anecdóticos, floreros y un retrato, todos muy apreciables y finos de color; por supuesto que los cuadros anecdóticos de este artista son, como siempre, bocetos; uno de ellos, el núm. 288 titulado *Mal encuentro*, está bien; en el otro ha conseguido Perez-Rubio aproximarse algo á los Goyas puestos en lienzo por Martinez Cubells; los bueyes de la carreta, sobre todo, están dibujados de un modo que no lo hubiera hecho peor Goya en sus malos momentos.

Para terminar con los asuntos anecdóticos, citaré dos cuadros del Sr. Santa Cruz, uno de ellos bastante importante; se titula *Llorando á su ama*, y representa unos lacayos jugando á las cartas, bebiendo ó durmiendo al lado de un catafalco rodeado de luces, sobre el cual yace su difunta ama. El asunto es de mal gusto y es lástima, porque el cuadro es agradable de color y está pintado con franqueza; la ventana de la derecha es lo peor del cuadro, con un pesado cielo, y además no razona nada, porque el cuadro está iluminado como si tal ventana no existiera, ó como si fuera mucho más de noche. El otro cuadro no tiene importancia y además está peor pintado.

Otros muchos cuadros del género anecdótico hay en la Ex-

posicion, pero todos ellos inferiores á los citados; en esta seccion se nota la ausencia de algunos pintores que han sabido conquistar un lugar eminente tratando asuntos de esta índole, como Mérida, Franco y otros; á pesar de esto hay cuadros que seguramente serán admirados por el público y por los artistas; por ejemplo, y cada uno en su género, *La cogida de un diestro*, de Lizcano; *Una aventura del Quijote*, de Moreno y Carbonero; *Los secuestradores*, de Muñoz de Grain, y otros. Por lo tanto, no es despreciable la actual Exposicion bajo el punto de vista de los cuadros anecdóticos.

Mucho más pobre sin comparacion es en retratos, pudiendo decirse que no hay más que uno de importancia, que es el de señora de cuerpo entero y tamaño natural, que presenta Don Francisco Masriera. El modelo está sentado en una postura arriesgada que deja bastante que desear bajo el punto de vista del buen gusto; la única pierna que se adivina está cruzada sobre su invisible compañera, dejando ver el pié; apoya la cabeza en una mano mientras la otra cae sobre el cuerpo; vestido de raso negro con pieles y fondo teatral con columnas, flores, telas y todo el lujo que requiere el argumento. Aparte del mal gusto que respira todo el cuadro, el retrato y sus innumerables accesorios están bien pintados; la cabeza tiene vida y está bien dibujada; no sucede lo mismo á la mano izquierda, que está muy desdibujada y mal modelada; el vestido y sus pieles bien; y el pié de la retratada, detalle importantísimo, es bonito y está bien escorzado y pintado con cariño.

(No puedo menos de llamar la atencion del público hácia una *Odalisca* del mismo autor, cuadro pintado con gran pastosidad y maestría, colocado no lejos del retrato.)

Los demas retratos son muy inferiores como importancia y como arte al del Sr. Masriera; esceptuando el de *D. Pedro Avial en su lecho mortuorio*, muy parecido y bien pintado: el Sr. Nin y Tudó es su autor, y por eso, y mucho más aun por el recuerdo triste que evoca este cuadro, lo colocamos entre los retratos.

El Sr. Rouzé tiene varios retratos que prueban lo mucho que adelanta este artista; le deseamos que siga progresando,

y en este caso podremos contar con un buen retratista más.

Esto es todo lo que hay en el grupo de retratos ; en esto fué muy superior la exposicion pasada á la presente ; todos recordarán con placer los importantes cuadros de este género firmados Navarrete, Suarez-Llanos, Cubells, etc., firmas todas que faltan con gran sentimiento nuestro en este cértamen; ex- peremos que no faltarán en el próximo.

PAISAJE, MARINA Y PERSPECTIVA.

El pasaije es, con el género histórico, el mejor representado este año; muchos son los cuadros de este género que adornan las paredes del Pabellon Indo, y algunos de relevante mérito; en esto es indudable que se ha adelantado mucho en España; á poco que se recuerde lo que sucedía hace diez ó doce años nada más, que por casualidad se veía un paisaje que recordara algo el campo, y se compare con el aspecto del natural que tienen muchos de los que ahora se presentan, se comprenderá fácilmente que la buena escuela va haciendo preciosas conquistas entre nosotros; es sensible, sin embargo, que los paisajistas en general presuman que basta con el color para hacer un cuadro; el color en paisaje es mucho más importante que en cualquier otro género, tanto, que no hay paisaje posible sin una gran verdad en el colorido, miéntras puede haber, como ántes apuntábamos, cuadros históricos ó anecdóticos muy buenos, áun siendo medianos de color, y retratos parecidísimos y llenos de expresion aunque de entonacion desagradable; á pesar de esto, es preciso partir del principio de que sin un correcto dibujo no puede un cuadro, aunque sea paisaje, gustar mucho tiempo; desde el momento en que se apercibe uno de que la línea de horizonte no es paralela al marco, de que los árboles no conservan cada uno su proporcion, de que las construcciones, si las hay, se caen, desde ese momento la mágia del color no es ya parte á conseguir dominar el ánimo del espectador; esto lo digo porque desgraciadamente se marca mucho entre nuestros paisajistas la tendencia á no dibujar, como veremos áun en los paisajes más dignos de elogio; como los de Morera, por ejemplo.

Desde luégo se puede asegurar que el mejor paisaje de este certámen es el de D. Cárlos de Haes, tanto porque es bellísimo de color, cuanto porque es el único al cual no es posible aplicar la censura que antes dirigiamos á la generalidad. No se puede pedir dibujo más correcto ni ejecucion más hábil que la que ostenta en sus *Cercanías de Vreeland* (n.º 158) el eminente artista. El asunto está muy bien escogido; es un rio de agua turbia como todos los de los Países-Bajos, cuyas risueñas márgenes están pobladas de árboles; unos juncos brotan del agua en primer término; el viento que sopla de la derecha inclina con violencia los árboles y los juncos hácia la izquierda, miéntras mueve el agua y precipita su corriente. El cielo anubarrado deja pasar á trechos los rayos del sol, miéntras otros sitios del cuadro, los más, están en sombra. Este cuadro resulta lleno de movimiento y de verdad; el cielo brillante y bien compuesto con su hermoso partido de nubes, completa el efecto total; todo está encajado y dibujado con maestría, una cosa nada más quita efecto al cuadro, y es que en primer término está algo falto de vigor; por este y otros indicios parece resultar que el cuadro hubiera necesitado uno ó dos dias más de trabajo, y no sería extraño que la precipitacion del artista dependiera de la necesidad de acudir en el plazo dado para la entrega de las obras; si esto es así, no le habrán hecho mucha gracia al Sr. Haes y algun otro que se encuentre en el mismo caso, las prórogas y suspensiones que ha sufrido la apertura de la Exposicion. Tambien es posible que el artista haya dejado su cuadro así con fundado motivo; sabido es que el viento aplana las masas de tal suerte que las hace más iguales de color al hacerlas más compactas; de todos modos, los primeros términos, sobre todo el árbol de la derecha, resultan algo planos; defecto insignificante en un paisaje por lo demas tan acertado y tan bien hecho como el del Sr. Haes.

Despues de éste, el paisaje más hermoso de la Exposicion es el del Sr. Morera, *Orillas áel Wahl*, acertadísimo de color pero algo desconcertado de líneas; el cielo de este cuadro es frio, en cambio el agua es transparente y valiente de entonacion, con sus plantas acuáticas que dan interés al primer término, y una barca que hace contraste con los tonos de un

blanco gris del río; la ejecución en este cuadro, lo mismo que en el otro del mismo autor que reproduce también un paisaje de Holanda, es por demás rudimentaria; en los árboles grandes sobre todo, que son un manchón muy justo de color pero sin modelado ninguno, se nota más esta falta; dado el tamaño que tienen, debía verse en ellos de un modo determinado y seguro su estructura, y no parecer humo verde como parecen; pero si se entorna la vista para mirar el cuadro, como se hace con una impresión poco trabajada del natural, la frescura de tintas y la tranquilidad y armonía de entonación cautivan al espectador y le impiden reparar en los defectos del cuadro; tal es el aspecto de verdad que tiene este lindo paisaje. Los otros dos del mismo Morera, sobre todo el de Italia, son muy inferiores, y hasta podríamos decir de este último que es malo, con sus tonos duros y aquellos manchones carminosos que sin duda han querido ser amapolas, pero que hacen el efecto de cualquier otra cosa. No así el de Holanda, que es muy fresco de color.

Urgell ha estado desgraciado en esta ocasión; de los dos cuadros que expone, el mejor, que es una puesta de sol, naturalmente tiene un primer término y unos cipreses en él, hechos de una manera pobre y torpe que haría poco honor á un principiante; de color es acertado y tranquilo, siendo indudablemente lo más justo de tonos, y lo mejor hecho la tapia con nichos que limita la perspectiva; y aún me parece censurable el haber dibujado esa tapia paralela al marco y á la línea de horizonte.

Urgellés en cambio está lo mismo que siempre, huyendo del sol como un enfermo de la vista, y sin que falte en alguno de sus cuadros la correspondiente pareja marchando de espaldas al espectador.

En cambio es brillante de color el cuadro del Sr. Ferriz *Después del aguacero* (Madrid), que es como debe leerse su título y no *Después del aguacero en Madrid* como reza el Catálogo; conste que en Madrid no sucede nada de particular que no pase en cualquier otro lado; lo que ocurre es que se moja el piso sobre manera, y que hay un artista que sabe copiar ese difícil efecto con suma verdad. El cielo de tarde es muy bueno

de color, y muy verdad, que no todas las puestas de sol se han de hacer con rojo de saturno sobre fondo azul; el cuadro del Sr. Ferriz es uno de los más luminosos de la Exposicion; los otros del mismo artista están á gran distancia de éste bajo todos conceptos, resintiéndose unos y otro de falta de dibujo.

De entonacion completamente distinta, pero muy acertado tambien y muy luminoso, es el paisaje de *Orillas del Manzanares*, por D. Aureliano de Beruete; es un efecto de nublado bien estudiado, mereciendo especial mencion el léjos de Madrid por lo justo de tono y por su elegante y característica silueta. Lo que hace mezquino en este cuadro es la figura y las vacas con que su autor ha animado el asunto; las vacas, sobre todo, hacen pequeñas, sin que por eso gane en grandiosidad el resto del cuadro.

Indicaremos por fin tres paisajes muy acertados de luz, del Sr. Masriera, uno finísimo de tonos de Armet, otro bien dibujado del Sr. Carta, y un cuadro importante de Lhardy, cuyo léjos de montañas es inmejorable; tal vez hayamos olvidado algun paisaje importante, falta muy excusable siendo tantos los dignos de mencion que figuran en la actual Exposicion; rogamos á sus autores nos dispensen el olvido, y vamos á ocuparnos de las marinas del Sr. Monleon, únicas que merezcan amar la atencion entre las que se han presentado. La mayor es á la vez la mejor de las dos que expone el Sr. Monleon; es la *Rada de Vlissinguen* (y no *Ulissuguen* como se lee en el catálogo); un mar movido sobre el cual se mecen dos barcos, y á lo léjos un muelle, este es el cuadro; el agua es transparente y el oleaje muy bien entendido y ejecutado; los barcos tan bien dibujados y tan en carácter como todos los que pinta Monleon; en cambio el muelle es pesado de color, pero es un detalle en el cuadro; la entonacion de este se me hace algo azul. Esta importante marina es muy superior á la otra del mismo autor que representa el antiguo muelle de madera sobre el Escalda, en Amberes; pero si este cuadro es inferior á aquel, no es por eso despreciable, ántes al contrario, tiene trozos muy bien pintados, y el agua misma muy característica con sus tonos blanquecinos; sin embargo, esta marina está completamente aniquilada por la de Holanda.

El Sr. Monleon sigue siendo nuestro único marinista ; así, pues, pasamos á ocuparnos de los cuadros de perspectiva.

Tambien en este género sucede algo análogo á lo que decíamos de las marinas ; hay un Gonzalvo, y cuando éste no expone puede decirse que no hay cuadros de perspectiva en una exposicion ; eso sucedió en la pasada, pero no en ésta, en la que figura el Sr. Gonzalvo nada ménos que con trece obras, algunas de grandes dimensiones. Entre los de reducido tamaño los hay muy acertados, como el ángulo (150) y la galería baja (147) del Palacio Ducal de Venecia, y otros que no lo están tanto, como los dos de San Vicente de Avila ; pero no debemos ocuparnos de los cuadritos, teniendo dos importantísimos de que hablar ; y es preciso que tratemos de los dos, porque no es fácil decir cuál es preferible, teniendo cualidades y defectos ambos. El más igual es indudablemente el que reproduce el *Interior de la Seo de Zaragoza*, muy bien puesto en perspectiva con sus numerosos haces de elegantes columnas ojivales, y sus arcos apuntados en todas direcciones ; de color está bien, pero algo de entonacion tirando á siena tostada contribuye á hacer un tanto pesadas las tintas ; la caprichosa caja del órgano está bien de color y hace pintoresca allá en segundo término. Pero hay que advertir que este asunto es mucho más fácil de tratar, y sobre todo para el Sr. Gonzalvo, acostumbrado tiempo hace á pintar interiores ojivales, que el *Interior de San Marcos de Venecia*, con sus pinturas murales y la multitud de detalles que le dan tanto carácter ; pues bien, este es el asunto del otro cuadro grande que presenta Gonzalvo. Desde luego diré que no ha estado acertado en el trazado de los arcos, y que los tonos dorados de las paredes son algo iguales, resultando de estos dos defectos que la parte alta del cuadro es poco feliz ; y como esto se ve desde luego, la impresion desagradable que causa influye sobre el ánimo del que mira el cuadro y le hace tal vez no ser justo con la parte baja, que es sin duda alguna lo mejor que creo haya pintado Gonzalvo. Por de pronto, es lo más difícil, con aquella riquísima balaustrada de mármoles coronada de estátuas, que hace el oficio de reja delante del altar mayor, y con tantos otros detalles tan variados de color como allí hay, todos ellos pintados con

maestría y muy justos de color y de luz; la lámpara que cuelga de la cúpula central es un portento de verdad; mírese atentamente toda esta parte del cuadro, y despues júzguese cuál es mejor en absoluto, si el *San Marcos de Venecia* ó la *Seo de Zaragoza*; yo me decido por los dos.

Las demas perspectivas de esta exposicion son insignificantes; la del Sr. Herencia, que es la más importante, es fria y deslabazada, y muy inferior bajo todos conceptos á la que presentó en el anterior certámen.

NATURALEZA INANIMADA , DIBUJO Y GRABADO EN LÁMINAS.

En este género sigue ocupando el primer lugar el Sr. Gessa; sus pescados (núm. 130) son admirables de color y de ejecucion; no creo que se pueda hacer más como verdad; no me gusta tanto su otro cuadro, más importante sin embargo, pero á mi juicio más fácil. Lo que merece fijar la atencion en estas dos obras de Gessa es lo adecuado de los títulos; uno de los cuadros se titula *Tentacion y olvido*; no hace falta ver el cuadro para comprender que se trata de un florero y otros accesorios reunidos al acaso; en cuanto al de los peces, tambien es muy expresiva su denominacion de *Fuga frustrada*; si el señor Gessa ha expresado alguna elevada idea en estos cuadros, confieso que soy tan torpe que no la alcanzo; si no ha tenido más intencion que reproducir admirablemente tres pescados en un cuadro y varios objetos en el otro, me parece que hubiera podido escoger títulos más adecuados para uno y otro.

El Sr. Jimenez ha estado más acertado en esto, titulando su cuadro *Un tibor japonés, frutas y animales*; este cuadro es el más importante de los tres que presenta Jimenez, y lo siento, porque este artista raya mucho más alto pintando las difíciles escenas de animales vivos que le han dado nombre, que no estos asuntos de naturaleza inanimada, cuyo mayor mérito suele consistir en la brillantez de color y en lo vigoroso de la ejecucion, que son precisamente las cualidades por las que no se distingue mucho el Sr. Jimenez: si me atreviera aconsejaría á este artista que dejara este género para no ocuparse más que de aquel más elevado que ha cultivado siempre con tanto éxito.

El *Estudio de flores* de D. Roberto Laplaza es un cuadro

notabilísimo por lo bien dibujado y ejecutado, pero cuyo pálido colorido no atrae las miradas. Lo contrario sucede á los floreros de Perez Rubio, que son sólo manchas de color muy agradables y finas.

Lo que los franceses y los ingleses llaman obras en *negro y blanco*, es decir, los dibujos y los grabados en madera, en cobre, á buril y á punta, no merece entre nosotros una clasificación especial por ser muy reducido su número; así es que figuran en el catálogo mezcladas con las obras de pintura; nosotros las reuniremos aquí para señalar nada más aquellas que nos hayan parecido más importantes y mejores.

Entre los grabados, el buril de D. Bartolomé Maura que reproduce el *Testamento de Isabel la Católica* de Rosales, bien de claro oscuro y de factura, pero algo desdibujado, principalmente en las cabezas; por lo demás, grabado serio y hecho á conciencia como estamos acostumbrados á vérselos hacer al Sr. Maura.

Al agua fuerte merecen citarse los del Sr. Galvan, sobre todo su retrato de Goya muy finamente grabado, y la reproducción de algunos dibujos de Alenza hecha con mucho carácter por el Sr. Rosell.

En madera no hay nada que pueda citarse como muy superior á lo que se hace todos los días para nuestras revistas y periódicos ilustrados.

Por fin, entre los dibujos citaremos los apuntes á la pluma de vistas de Roma, por el Sr. Ferrant, buenos de mancha; la hermosa colección de croquis relativos á la guerra de Oriente, hechos en el sitio mismo de los sucesos por el Sr. Pellicer, y unos estudios de paisaje, de Casanova, muy inspirados en Calame.

ESCULTURA.

La exposición de escultura este año es más pobre que la del año anterior, á pesar del refuerzo recibido de Italia; á la verdad, los tres escultores italianos que han remitido obras no prueban en ellas más que la práctica grande que poseen en el manejo del mármol; el más artista de los tres es sin duda Tanttardini, y no raya muy alto en la expresión de sus figuras ni por el estudio del natural.

Entre los escultores españoles hay algunos bien representados; nuestro pensionado en Roma Sr. Bellver expone una estatua en yeso de atrevida concepcion titulada el *Angel caido*, que señala en este artista un adelanto colosal; hay que corregir sin embargo defectos notables de dibujo, como por ejemplo el brazo derecho del ángel que es muy corto, como si el autor se hubiera preocupado al hacerlo de la perspectiva simulada; de líneas generales esta escultura es buena y de un aspecto muy decorativo.

El grupo del Sr. Samsó *La Virgen Madre* es delicioso de delicadeza y sobrio de dibujo; parece una Madona de Rafael en su actitud sentida y correcta; el Niño es un buen estudio del natural elevadamente interpretado; si, como yo creo, no se debe buscar la originalidad á todo trance en la creacion de asuntos religiosos en nuestros dias de eterna duda, porque se podría caer en lo grotesco al querer ser original; si la copia de lo hecho anteriormente es lícita en ciertos casos, el grupo del Sr. Samsó merecerá los aplausos de todos; pero los que quieran ver interpretado este asunto tan usado ya, de una manera nueva y original, esos censurarán con justicia al Sr. Samsó, que no ha hecho más que copiar una vírgen italiana del siglo XVI.

El Sr. Oms nos presenta en mármol su delicioso grupo *El primer paso*, que ya conocíamos en yeso; este recuerdo hace mucho daño al mármol de Oms, que no ha reproducido la encantadora ejecucion que tanto valor daba á su grupo en yeso.

La Muerte del general Concha, del mismo artista, es un grupo bastante desgraciado, y cual no se podía esperar de un escultor tan ventajosamente conocido.

La estatua que indudablemente atraerá la atención del público este año es la del Sr. Sanmartí, *La Pesca*; es un muchacho casi desnudo, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas, y en actitud de poner el cebo en el anzuelo. Deliciosamente plantado, en una postura llena de naturalidad y gracia, esta estatuita tiene además una grandísima expresion y una correccion de dibujo y de proporciones que no dejan nada que desear.

Terminaré citando un buen busto en mármol de Pio IX,

por el Sr. Pajes y Serratosa, muy sentido de expresion y de una ejecucion franca y apurada; y por fin, dos bustitos de tierra cocida, llenos de carácter y de vida, del Sr. Gilabert.

No citaré más esculturas; sólo diré que no son tan frecuentes este año las obras disparatadas que tanto suelen afean este departamento en otras exposiciones.

Sólo me queda ya hablar de la arquitectura; seré muy parco en esto; en primer lugar porque no tengo la suficiente competencia en la materia para poder criticar con conocimiento de causa trabajos que requieren un detenido estudio de la materia en el que los pretenda juzgar, y en segundo lugar porque me siento fatigado ya y creo que estarán en el mismo caso los que hayan tenido la bondad de seguirme en este paseo á través de los salones del Pabellon Indo.

Tan sólo me permitiré hacer una observacion; y es que, por escasa que sea mi competencia en arquitectura, veo que hay varios proyectos que no me parece que merecen ocupar tanto sitio como necesitan; nunca ha sido tan numerosa la exposicion de escultura, ni creo que tan desigual; ocupa todo el inmenso salon que ántes se destinaba á la escultura y ha rebasado al de entrada, privando de una colocacion mejor á las obras en blanco y negro que ocupan en esa sala el sitio que no han llenado los proyectos de arquitectura. Yo creo que si, relacion guardada, se hubieran presentado al jurado de pintura tantos cuadros como proyectos se han presentado este año al de arquitectura, aquel hubiera sido más severo en la admision de obras que lo ha sido este.

Esto, por este año, no tiene remedio; es inútil por lo tanto insistir; y si se me pregunta cuáles son las obras que en esta seccion merecen atraer más la atencion, diré como en la seccion de pintura: las de los pensionados; el estudio de restauracion del templo de *Apolo Epicurio* por D. Anibal Alvarez, y el estudio del estado actual del templo de *Horus* de D. R. Amador de los Rios me parecen obras dignas de ser admiradas.

Madrid, Enero 1878.

E. ROUGET.



MARIANO FERNANDEZ.



elebradísimo era Juan Rana en España y aún fuera de ella dos siglos há; no lo fue ménos Damian de Castro, célebre en las comedias de figuron; Miravet, valenciano, hizo desternillar de risa al público de Madrid y al de las provincias por donde anduvo, y Alonso de la Vega y Sebastian de Prado fueron, á la vez que los ídolos populares, los protegidos de la nobleza y de la córte; todos ellos cómicos famosos.

Cada siglo ha tenido los suyos desde que el teatro fue entre nosotros espectáculo organizado. En el actual ha habido dos comediantes aplaudidísimos del público español, y en particular del madrileño. Era el uno Guzman, de inolvidable memoria; el otro se llama *Mariano*.

Porque si en los carteles se le llama *D. Mariano Fernandez* y entre bastidores Mariano Fernandez, y él quisiera llamarse Ilmo. Sr. D. Mariano Fernandez (pues hasta comendador de Isabel la Católica le hizo un gobierno), pese á las leyes de la cortesía y á las ilusorias categorías mundanas, el pueblo que le ha dado la primacía entre los cómicos de su tiempo, no pasa por el tratamiento que le pudieran dar los hombres de su época.

Es *Mariano*, el delicioso *Mariano* á quien va la gente á oír cantar la jota y bailar si es preciso y transformarse en pavo en las comedias de magia, con su encomienda y todo.

No le hay más popular entre los actores de su tiempo: difícil será que al verle por la calle deje de sonreír el transeunte recordando alguna de las comedias en que le ha aplaudido; y por más que él se empeñe en guiar su coche con la seriedad de un banquero cuando va por la tarde al paseo del Retiro, detrás de aquel caballero particular tan grave y tan erguido, nosotros hemos de ver siempre al artista sin igual que en cuanto aparece en la puerta del foro arranca un murmullo de satisfacción y una carcajada general con que el público saluda al que le va á hacer feliz durante la noche.

Mariano Fernandez, como Matilde Diez, es madrileño. Estudió en el Conservatorio, donde le enseñaron los rudimentos de su arte Perez, Caprara, Latorre y García Luna, pero no pasó de un año su estancia en aquella Academia. Obtuvo la medalla de primera clase y entró *á prueba*, como era entónces uso, en el teatro de la Cruz, el año de 1833. Sólo, sin recomendacion prévia, y en tiempos en que *la claqué* era desconocida, hizo su primer ensayo ante el público con el *Perico* de la *Mogigata*. Los aplausos de aquella noche y de la siguiente fueron tantos, que á los dos dias le contrató D. Juan Grimaldi, director del teatro, para la próxima temporada.

Es curioso este primer ajuste que da una idea de los tiempos y de los progresos del teatro. Mariano Fernandez firmó su contrato *como segundo de Guzman* y con el sueldo de veinte reales diarios.

Al lado de Guzman aprendió mucho.—*Marianillo*, le decía el gran actor, no seas vanidoso y aprenderás; no me imites á mí, imita á *ese*. *Ese* es un actor y los demas no somos nada.

Ese era Julian Romea.

Tenía sin embargo Mariano más que aprender de Guzman, actor cómico en boga, que del eminente actor sério. *Marianillo* había comenzado por ser un cómico del patio, un amigo de la gente que va al teatro á divertirse, y para esto se necesita ser de la madera de los mismos que aplauden, identificarse con el pueblo, improvisar coplas de circunstancias, rendir culto á la actualidad, y hasta ser miliciano nacional cuando reina la bullanga. Mariano era todo esto, y el pueblo le tomó entrañable cariño.

A los dos años se halló con su padre enfermo y su renta escasa, y aceptó un contrato para Cádiz, donde se le presentaba ocasion de ser *primer actor cómico*, categoría que entónces se conquistaba lentamente, y ganar más sueldo que el *triste duro* del teatro de la Cruz. Salió, pues, para Andalucía, y en Cádiz y otros puntos pasó cuatro años.

En Cádiz estrenó *La pata de cabra*, que tantas ocasiones le ha ofrecido de improvisar canciones. En esta comedia y en *Los polvos de la madre Celestina* es donde el popular actor luce su gracia de poeta popular y chistosísimo representante. Desde los tiempos en que Damian de Castro salía al tablado y decía versos de su cosecha, improvisados y atrevidos, no se ha visto actor de desparpajo semejante ni más ocurrente en materia de improvisacion (1). En los comienzos de su vida artís-

(1) En las bodas del rey Luis I con la duquesa de Montpensier, hubo comedia en el Buen Retiro con asistencia de los reyes. Salió Damian de Castro y comenzó una relacion que decía:

Ea, señor don Felipe,
señora doña Isabel,
señor don Luis y madama
de Asturias y Montpensier,
ya estamos todos acá...

tica se inició como poeta y cómico, y desde entónces no perdona el vulgo ocasion de poner á prueba su facilidad y su descaro.

Vuelto á Madrid el año de 40, siendo Romea empresario del teatro del Principe, tornó á ajustarse. Tambien estaba allí Guzman, y en cuatro años que juntos hicieron las delicias del público, quedó afirmada la reputacion del segundo, que era mucho lograr en pleno auge del primero.

El 44 volvió á Andalucía, y desde entónces hasta el 56, es decir, durante doce años, Mariano fué no sólo actor, sino cantante.

La Zarzuela había invadido los teatros, y los empresarios la preferían á toda obra dramática, porque era el género de moda.

¿Y quién la había puesto de moda sino el mismísimo Mariano Fernandez?

¡La primera zarzuela que se habia cantado en el presente siglo era suya!

El, traspasando los límites de la tonadilla y dando á ésta un carácter más concreto de obra cómico-lírica, escribió ántes de esta segunda excursion *La castañera*, obra famosísima, de la cual sería imposible calcular el número de representaciones que se han dado. *La castañera*, que todos hemos cantado de niños; *La castañera*, en fin, cuyo protagonista hizo en el teatro del Príncipe... Matilde Diez, con el autor que la escribió y la estrenó, y con el célebre Perico Sobrado, inmortal entre bastidores!

¿Qué mucho que los empresarios de provincias vieran en Mariano Fernandez un zarzuelero popularísimo? Cantó todo el repertorio, desde *El valle de Andorra* hasta *Los diamantes de la corona*, y volvió á Madrid con una aureola de popularidad indisputable.

Ya una vez aquí, se dedicó á la comedia en toda su pureza. Julian Romea, su íntimo amigo, le apartó de lo lírico, y el actor popular fué artista de gran mérito cuando quiso serlo. Desde entónces acá nadie ha sabido hacer como él los graciosos del teatro antiguo, prueba difícilísima para un comediante; porque no hay nada más peligroso para un actor moderno que hacer aplaudir á los contemporáneos el lenguaje especial y en mil ocasiones grosero de aquellos criados y escuderos que dos siglos atrás aparecian impunemente en el corral de la Pacheca ó en medio de la calle. Mariano da un colorido especial á estos papeles, los *borda*, como suele decirse en la jerga de telon adentro, y los declama con entonacion *sui géneris* que ningun otro ha creado. Es, indudablemente, en lo que ha sobresalido como artista notable. Cubas y Guzman comenzaron á iniciar esta declamacion *ad hoc*, y Mariano Fernandez la ha heredado. No se anuncia en los carteles *El desden con el desden* sin que los contemporáneos de Guzman asistan á la representacion para ver en Mariano á los dos actores juntos: al muerto en lo discreto y al vivo en lo gracioso.

Gran triunfo suyo fué la interpretacion del *Perich de Na-*

clara de la *Venganza catalana*. En aquella noche dobló su reputación el actor popular y ocupó digno puesto entre los primeros *galanes*. Viéndole hacer á los pocos días *El memoria-lista*, comedia en que todo lo que dice es ya suyo, se pudo asegurar que Mariano dejará un gran vacío el día que su voz no suene en la escena.

El público le quiere con delirio y él le corresponde dignamente. No hay acontecimiento en que su nombre no tome parte.

Y es á veces tan delicado y sentimental como no pudiera esperarse.

Por ejemplo: cuando Julian Romea despues de una enfermedad grave se presentó en la escena del teatro de Variedades á recibir la ovación más grande que hemos visto hacer á actor alguno, Mariano, terminada la representación del *Hombre de mundo*, le dijo:

De lágrimas un raudal
me hiciste verter un día
enfermo en el Escorial,
y hoy, que el bien se trueca en mal,
lloro, Julian, de alegría.

Y estas lágrimas que yo
se que al alma han de llegarte
son del que siempre te amó,
del que contigo estudió
este tan difícil arte.

• • • • •
¡ Sigue, gloria de tu edad
enseñando esa preciosa
difícil facilidad,
escuela de la verdad,
creacion tuya famosa!

Y así por el estilo sigue diciendo delicadas frases. Pero donde suele echar, como vulgarmente se dice, *el resto*, es en el género festivo.

Canta el *Trípili* con la Cairon y Romea (*Julianito*, para diferenciarle de su tío), y le piden coplas? Pues no hay cuidado, que á él se le ocurrirá decir en el acto:

Yo soy una cardelina
y Julian un rui señor,
y la Cairon un canario...
¡ Canario con la Cairon!

¿Se habla en Madrid de atropellos, desórdenes y desmanes de cierta partida famosa? Pues él sin miedo á nada, canta en el tercer acto de los *Polvos*:

Si así continúo dando
vöces como una cotorra,
el público va á mandarme
la partida de la Porra!

Y el teatro se *viene abajo* como dicen de telon adentro.

Se inaugura el viaducto de la calle de Segovia y ha de pasar por él la comitiva que conduce los restos de Calderon á la sacramental de San Nicolás? Pues aquella misma noche sale Mariano á la escena del teatro Español y lee estos versos que ha hecho por la tarde:

No en vano al número trece
consideran los mortales
como engendrador de males,
pues casi siempre aparece
en circunstancias fatales.

Hoy tropezó CALDERON
con esta fecha funesta
al tornar á su panteon,
y vino á aguarle la fiesta
el agua de un chaparron.

Y un murmullo singular
repetía en todas partes:
¿quién ha mandado sacar
este muerto á pasear
en dia *trece* y en *martes*?

Yo que iba de aficionado
aguantando el remojon,
fijé la vista pasmado,
y ví, lo que no ha notado
nadie de la procesion.

Ví que la hermosa Talía
al sarcófago tocaba,
que el sarcófago se abria,
y la Musa saludaba
al muerto que dentro había.

Éste alzó la calva frente,
miró asombrado, y ¡Dios mio!
exclamó:—¡ó estoy demente
ó me hallo encima de un puente
que abajo no tiene rio!



Así continúa toda la composicion, una de las más festivas que ha hecho en su vida.

Y á fe que en su vida hay sucesos tan dramáticos como no los habrá experimentado nadie.

Dos hijos de diez y ocho y veinte años perdió en el breve espacio de pocos dias, él, que era amorosísimo padre; y áun no enjuto el copioso llanto que tan dolorosa pérdida le causára, hubo de salir á la escena del teatro Español á representar una de las obras en que más alegre y expansivo debía de mostrarse. Fue entonces cuando con lágrimas en los ojos dijo, al escuchar la salva de aplausos con que el público, que no tiene otro lenguaje que el de las manos, le saludó al verle en el tablado.

¿Cómo podré demostrar
lo que en mí siento, decid,
si en la vida podré hallar

la manera de pagar
al público de Madrid?

.....
Dos hijos perdí en un día
ya mozos; eran mi amor,
los únicos que tenía;
¡juzga, para el alma mía,
si cabe mayor dolor!

Pinta su desconsuelo, dá las gracias al público y ofrece no ser ingrato jamás, y concluye diciendo, ya con el entusiasmo de su arte:

Jamás pienso despedirme
de tí, que alivias mi pena:
siempre aquí firme que firme...
el día antes de morirme
abandonaré la escena!

Es, en efecto, Mariano el actor más entusiasta que hemos conocido. Todos sus disgustos con las empresas se fundan en que siempre cree que trabaja poco. Quisiera hacerlo todo, ensayarlo todo, hablarlo y cantarlo todo; y su carácter es tal, que no reconoce obstáculos para salvar las dificultades; él puede hacer el galán y el barba y el gracioso; acaba la temporada en Madrid haciendo festivos papeles, y se va á las provincias á hacer los protagonistas de los dramas.

Es cómica su vida y milagros; sus vuelcos (los de su coche) le rompen los huesos y se ocupa de ello todo el mundo; propietario en Pozuelo, ha labrado allí una finca que es su monomanía; allí se pasa todas las horas que el trabajo se lo permite; allí se va siempre que ha de tomar la limonada *popular* del doctor Simon, de que hace uso frecuente (!!!); allí le han ido á buscar más de cuatro empresarios, y le han encontrado como á Cincinato ó á Espartero, pasando tranquilas horas entre las hortalizas; y por mucho que las ame, nunca ha dicho que no cuando se le ha ido á buscar para volver á la escena del teatro Español.

Ocupa siempre el cuarto que tuvo Guzman; y en él, vestido ya de almogávar ó de *D. Junípero*, aprovecha el entreacto para jugar á la béciga con su mujer y un par de amigos. Calderon y Lope le contemplan desde la pared donde los tiene colocados en bustos de yeso. En aquel cuarto ha tenido siempre modesta tertulia de amigos íntimos que han admirado su buen natural y sus sombreros.

¡Oh! Los sombreros de Mariano Fernandez son ya célebres. Posee una colección inapreciable. Para cada obra de las mil de su repertorio tiene uno, que procura sacar siempre oculto, para lo cual finje que lleva las manos cruzadas atrás, y cuando el público ménos lo espera se planta una de esas chimeneas de inaccesible altura, que producen tanta sorpresa como efecto. Hombre singular, cómico delicioso y ciudadano pacífico, nadie le ha censurado, nadie le ha disputado su mérito, nadie

le ha mordido... escepto un perro que le embistió hace dos años entre Pozuelo y Madrid, y dió ocasion á la prensa para muchos sueltos, hijos de la duda de si estaría ó no rabioso.

A los pocos dias se averiguó que el que estaba rabioso era Mariano, no de hidrofobia, sino de no poder cantar una tonadilla de su invencion, que luégo se ha hecho y que se llama *El loro y la cotorra*.

Esta tonadilla comienza... pero no, no hay para qué cantarla; id á verla y aplaudid á Mariano Fernández, autor, actor, músico y danzante, en el buen sentido de la palabra.

EUSEBIO BLASCO.



EN LA MUERTE DE VICTOR MANUEL

REY DE ITALIA.



Por civiles contiendas estenuada,
rota en pedazos, en aciago dia
heredaste con pobre monarquía
no ya un cetro real, sino una espada.

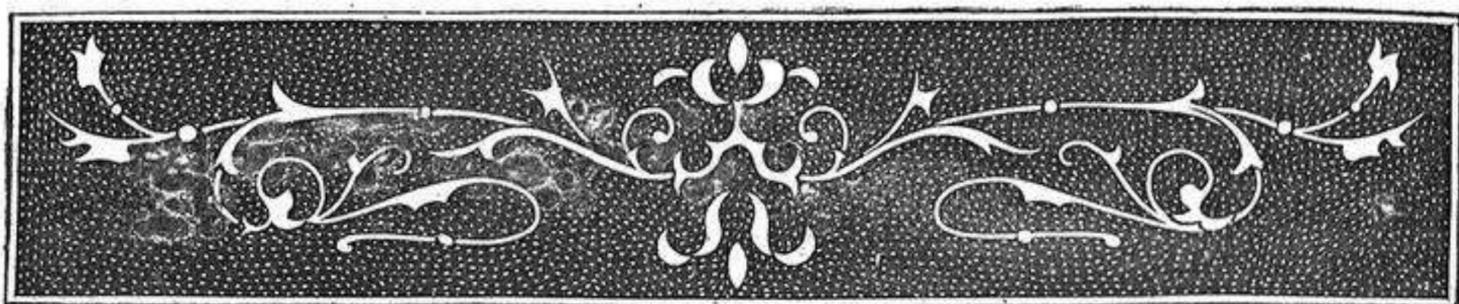
En cien y cien combates fulminada,
sirviendo al bueno de estandarte y guía,
pronto la noble Italia, que dormía,
pudo alzarse otra vez regenerada.

Hoy que, cumplida ya tu obra gloriosa,
es fuerza que tu sér se restituya
al polvo de que nace toda cosa,

¡No temas que ninguno la destruya!
Ten fe en tu creacion, y en paz reposa:
¡has muerto en Roma, César! ¡Roma es tuya!

MANUEL DEL PALACIO.





REVISTA CRÍTICA.

No hace mucho tiempo que, ocupándonos del Sr. Nuñez de Arce, decíamos que tan preclaro vate sólo pulsaba la cuerda de bronce de la lira poética. Del Sr. Arnao puede decirse todo lo contrario; por más que se empeña, sólo acierta á pulsar la cuerda de seda.

Molestábale, sin duda, al Sr. Arnao escuchar el dicho unánime de la opinion que le consideraba como dulce y correcto, pero no enérgico poeta, y queriendo hacer alarde de profundidad, intencion y energía, ha dado á la estampa bajo el título *Un ramo de pensamientos* un tomo de elegantes sonetos, que, ántes que desmentir, confirman la opinion precitada, y prueban elocuentemente cuán imposible es apartarse del camino que á cada cual traza con dedo de hierro la naturaleza.

A nuestro juicio, el empeño del Sr. Arnao no se justifica, á no ser que sea fruto de aquel afan que todos tenemos por ser precisamente lo que no somos y dedicarnos á aquello para que no servimos. El señor Arnao no necesita ser poeta filósofo á la manera de Campoamor, ni nervioso y varonil al estilo de Nuñez de Arce, para ocupar digno puesto en las letras españolas. La poesía dulce, apacible y delicada no vale ménos que la que posee opuestas cualidades. No es cierto que sólo sea legítima la que encierra elevadas concepciones ó expresa enérgicos y acentuados sentimientos. La inspiracion poética, que sólo excluye lo vulgar y lo repugnante, no tiene esos límites que arbitrariamente le trazan los que confunden el valor estético y el valor social de la obra de arte. Si bajo el punto de vista de su importancia extra-artística pueden preferirse una oda de Fray Luis de Leon ó una epístola de Rioja á una égloga de Garcilaso, bajo el aspecto

del arte tal distincion sería infundada. Cree belleza el poeta, cause en el ánimo del que escucha sus cantos el deleite que lo bello engendra, y habrá cumplido su mision. Si á esto agrega un pensamiento trascendental ó un interés del momento, poseerá, sin duda, una perfeccion más su obra; pero si de ella carece, nada habrá perdido como obra de arte.

La belleza, por otra parte, tiene muchas formas, todas igualmente legítimas y que no se excluyen. Que la tempestad sea bella no obsta para que lo sea el arroyuelo; que lo sea el canto del guerrero no impide que haya belleza en la endecha de la doncella enamorada. Poetas habrá de enérgicos alientos y ánimo gigante que sólo se complacerán en cantar lo grandioso, lo terrible, lo varonil y lo trágico; otros, por el contrario, preferirán inspirarse en la belleza de lo sencillo y de lo tierno. Injusto fuera establecer diferencias entre unos y otros, y negar á los segundos el lauro que se otorga á los primeros.

Por eso ni censuramos al Sr. Arnao por las especiales condiciones de su ingenio, ni creemos que debe esforzarse por modificarlas; lo cual, después de todo, fuera inútil. El Sr. Arnao es un alma dulce y sencilla, dominada por fervoroso misticismo, hostil á las ideas y sentimientos de la sociedad moderna, abierta á todo sentimiento suave y delicado y ajena á lo trágico y lo verdaderamente patético. En filosofía no ha pasado más allá del Catecismo, ni ha visto otra cosa que el ideal cristiano bajo su aspecto sentimental y poético; extraño á la duda y á la agitacion de la conciencia moderna, su existencia es lago tranquilo, nunca turbado sino por los céfiros; es sencillo como un niño, tan delicado como una sensitiva, y su corazon es puro, noble y generoso como el que más. Con tales condiciones, ¿cómo pueden esperarse de él los levantados ó enérgicos acentos que sólo brotan de las almas de bronce, forjadas al calor de esta sociedad tan agitada y turbulenta? Espiritu de otros dias, vive en la bucólica calma de aquellas épocas de cándida fe, en que el alma, suavemente adormida en el seno de tradicionales creencias, sólo veía en la poesía un dulce y apacible canto semejante al gorjeo del enamorado ruiseñor.

Por eso, cuando la fe de sus padres le inspira ó le mueven tranquilos afectos, ó despiertan su musa serenos espectáculos de la naturaleza, sus cantos, siempre correctos y elegantes, resuenan apacibles, causando, si no la honda emocion que las grandes ideas, los vigorosos sentimientos ó las enérgicas pasiones producen, la grata impresion que lo sencillo y lo delicado engendran. No hay en ellos exuberante ó arrebatada fantasía, ni poderoso sentimiento, ni profunda idea; ni el rasgo vigoroso del genio, ni tampoco la estravagancia que á éste suele á veces distinguir, alteran la correccion, un tanto fria, que los caracteriza; nada hay en ellos que disuene, y á igual distancia se mantienen de lo sublime y de lo feo. Producen agrado, pero no impresionan; deleitan sin conmover; gustan sin

entusiasmar ; semejantes á esos tranquilos paisajes, cuyas puras líneas y apacible calma ningun extraordinario accidente altera, ó á esos serenos lagos transparentes, nunca rizados por la más leve ráfaga de viento. Eso es el Sr. Arnao ; esa su poesía, y nunca será otra cosa. Si por ventura alguna vez se aparta de ese camino en algunos de sus *sonetos filosóficos* (de los cuales la mayor parte no merece este nombre) fácilmente se advierte la violencia que hace á su carácter, sin otro resultado que levantarse apenas por cima de lo vulgar ó confundirse con la turbamulta de los poetas ultramontanos. Si intenta apasionarse y se enfada ó satiriza, su cólera de niño ántes deleita que asusta y su látigo de satírico ni siquiera traza señal en la piel del flagelado. Ni áun sabe pintar en sus *sonetos amorosos* una pasión que no siente ; pero siempre acierta á cantar con delicadeza y dulzura y á manejar con correcto primor el habla castellana. Filósofo, político, satírico ó enamorado, constantemente falta en sus obras el fuego divino, el estro del verdadero genio. Es amante ruseñor que canta con arpada lengua sus trovas quejumbrosas ; pero nada tiene de común con el águila que se mece en las alturas.

Volvemos á decirlo : esto no es un defecto, y no por ello censuramos al Sr. Arnao. Tal le hizo la naturaleza, y fuera tan necio censurarle como criticar á la paloma porque no ruje y á la violeta porque no tiene la corpulencia del roble. En el concierto del arte, como en el de la naturaleza, toda voz tiene su propio y relativo valor ; una melodía italiana no vale ménos que una sinfonía germánica ; el arrullo de una tórtola contribuye tanto como el rugido del leon á la belleza de los bosques.

Pero sí diremos que cada hombre nos gusta en aquello para que sirve ; y que, por consiguiente, el Sr. Arnao nos gusta mucho más en sus *sonetos religiosos*, en sus *tipos cristianos y de otra edad* y en sus *sonetos amorosos* que en los *filosóficos*, en muchos de los *históricos* y en algunos de los *varios*. Y no se debe este juicio á las profundas diferencias que en política y filos ofía nos separan del Sr. Arnao ; pues no nos gusta confundir en un solo fallo el fondo y la forma de las obras poéticas. Débese á que creemos que para ser poeta filósofo de la escuela ultramontana se necesitan más profundidad, más intencion, y sobre todo más pasión que las que tiene el Sr. Arnao. Tuviera siquiera el sacro fuego que animaba á Donoso Cortés y Aparisi y Guijarro, la valiente inspiracion de Sanchez de Castro, el estro de Tejado ó la intencion y profundidad de Tamayo, y muy otro sería nuestro juicio.

Por lo que á la forma exterior respecta, nada hay que reprochar á los sonetos del Sr. Arnao. Con ser tantos y tan difícil el género, ninguno hay que pueda calificarse de malo. Todos están escritos bella, elegante y fácilmente, con suma correccion y perfecto conocimiento de nuestra lengua. En muchos, además, justo es decirlo, hay singular delicadeza y ternura, y no pocas veces bellas descripciones y atinados

rasgos. Sobre todo, cuando se inspira en la fe religiosa tiene momentos de verdadera inspiración. La mayoría de los *tipos cristianos*, algunos sonetos biográficos, muchos *tipos de otra edad* y varios de los sonetos amorosos, merecen citarse con elogio, tanto por el sentimiento que los anima como por su forma primorosa. El sabor clásico y castizo de todos ellos contribuye por otra parte á hacerlos agradables. Y no ménos contribuye el misticismo que los inspira, siempre simpático y seductor, salvo en algunos casos en que el sentimiento religioso exaltado lleva al Sr. Arnao á tristes extravíos, harto lamentables en tan apacible poeta. Los sonetos *La nueva ciencia*, *Los nuevos bárbaros*, *Un apóstata*, *Un racionalista*, son, en tal concepto, disonancias que afean el libro del Sr. Arnao, tanto como lo embellecen los *tipos cristianos*; que si el misticismo siempre es bello, la intolerancia es por todo extremo abominable.

Podríamos en prueba de nuestras afirmaciones citar aquí alguna de las bellas composiciones del Sr. Arnao; pero no lo hacemos porque preferimos que el lector las juzgue por sí mismo. No le entusiasmarán ni le conmoverán profundamente, á buen seguro; tal vez (y no sin razón) le parecerán frías en su mayor parte; pero se complacerá al ver reflejados puros y sencillos sentimientos en bien trazados versos, y cuando ménos concederá un aplauso al amor que á la poesía profesa su autor y un homenaje de respeto y simpatía al alma noble y honrada que en ellas se revela.

*
* *

El Sr. Gutierrez de la Vega ha publicado el segundo tomo de *El Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI. En el bien escrito prólogo con que lo encabeza reúne todas las opiniones favorables á su obra que se han manifestado públicamente, expone y refuta con buenas razones las contrarias, deja ya terminada la polémica sostenida acerca de quién fué el autor del libro y completa la bibliografía venatoria que comenzó en el tomo anterior.

Fallada queda ya la cuestión en última y definitiva instancia á nuestro juicio: el libro es de D. Alfonso XI, y nada valen contra esta tésis las razones (si así pueden llamarse) alegadas por los señores Amador de los Rios y Gayangos. Nuestra historia literaria se aumenta, pues, con un nombre más, é ilustre por cierto: y aun habrá de aumentarse con otro y sufrir no pequeña alteración si llega á encontrarse el original de *Los Paramientos de la Caza*, libro atribuido al rey de Navarra, D. Sancho el Sábido, que hubo de escribirlo en 1180, y recientemente publicado en París, según dice el Sr. Gutierrez de la Vega.

*
* *

Los teatros siguen en la misma deplorable decadencia. La única novedad que en ellos se ha representado es una comedia del Sr. D. Miguel Echegaray titulada *Para una coqueta un viejo* y puesta en escena por la compañía del Sr. Mario. Es un juguete inverosímil y falto de gracia, de asunto trivial y manoseado, que debe considerarse como un nuevo pecado del joven poeta que, habiendo empezado con no vulgares alientos, avanza hoy rápidamente por el mal camino y, á seguir así, se confundirá en breve con la turbamulta de autores cómicos que hoy abastecen nuestros teatros de comedias insípidas y absurdas. Lo sentimos, porque habíamos llegado á esperar que el señor Echegaray hiciera algo en pro de la comedia, mucho más corrompida que el drama entre nosotros, pero vamos ya perdiendo la esperanza en vista de sus repetidos desaciertos.

La ejecucion de esta comedia fué esmerada, distinguiéndose el señor Mario.

*
* *

Y como quiera que especiales circunstancias nos impiden juzgar el notabilísimo discurso pronunciado en el Ateneo por el Sr. Pedregal (de quien en dicha corporacion tuvimos la honra y el sentimiento de ser contrincantes) terminaremos esta Revista consagrando un recuerdo al Sr. D. Patricio de la Escosura, estimable dramático, discreto prosista, orador no vulgar y hombre de amenísimo y galano ingenio, cuya muerte lloran hoy las letras españolas, que cada dia pierden uno de sus hijos preclaros de otros tiempos, sin que por desgracia vean llegar á los que han de reemplazarlos. ¡Triste época, por cierto, en que los buenos se van, los malos se quedan y los mejores no vienen!

M. DE LA REVILLA.



Madrid 20 de Enero de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.